

ERLE STANLEY
GARDNER



PERRY MASON

EL CASO DE
LA SIMPATICA
IMPOSTORA



BOSCH



Un cliente nuevo visita a Perry Mason, es una bella mujer pero se niega a revelar su nombre, tan sólo se identifica como «60-90-60». Todo lo que le pide es protección durante unos pocos de días. Ciertamente, la bolsa llena de dinero en efectivo que lleva no es la cesta de la compra. De hecho, su clienta testaruda, va encaminada al desastre no sólo en las garras de un chantajista, también en una trampa mortal de la que la brillante mente de Perry Mason parece incapaz de ayudarla a salir.



Erle Stanley Gardner

El caso de la simpática impostora

Perry Mason # 80

ePUB r1.0

Ronstad 23.04.2013

Título original: *The case of the fabulous fake*

Erle Stanley Gardner, 1969

Traducción: M. Giménez

Editor digital: Ronstad

ePub base r1.0



Guía del Lector

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

ADLEY William: Agente de policía que descubre el cadáver.

BAFFIN Joyce: Empleada joven y bonita de la Compañía Importadora y Exportadora Escobar, de San Francisco.

BAKER: Agente de policía de los Ángeles, no muy seguro de su misión.

BILLARD: Sastre especializado en prendas hechas a medida.

BROWN: Agente de policía, compañero de Baker.

CASSEL Moray: Extorsionista de alto copete.

DOUGLAS Diana: Simpática y bella protagonista de esta historia. Pero tan embustera como bonita.

DRAKE Paul: Dueño de una agencia de detectives, y la mano izquierda del famoso abogado Perry Mason.

ELLIOTT Juez: Hombre muy severo, pero justo.

GAGE Franklin: Propietario de la Compañía Importadora y Exportadora Escobar.

GAGE Homer: Sobrino del propietario de la mencionada Compañía.

GERTIE: Recepcionista de Perry Mason, romántica, curiosa y sensible.

GRIMES Stella: Empleada de la Agencia de Detectives Drake, bella y escultural... y con un revólver metido en su escote.

GURLOCK FLOYD Ralph: Ayudante del fiscal del distrito, antagonista de Perry Mason ante el cual tiene finalmente que rendirse.

MASON Perry: Famoso criminalista, protagonista de esta historia. Dinámico, inteligente y con un caso muy difícil entre manos.

SMITH: Taquillera del aeropuerto de Los Ángeles.

STREET Della: La mano derecha de Perry Mason. Su secretaria particular, siempre enamorada de su jefe.

Prólogo

Durante muchos años, los libros de Perry Mason los he dedicado a los personajes más eminentes en el campo de la medicina legal. En su mayoría, dichos personajes son forenses (médicos legales) y patólogos (expertos en enfermedades y heridas), cuya destreza para determinar la *causa* de una muerte ayuda a condenar al culpable y a proteger al inocente.

La causa de una muerte es siempre una cuestión médica.

La manera de morir, por otra parte, nunca es una cuestión médica. Si, por ejemplo, la *causa* de la muerte es una bala en el cráneo, la *manera* de la muerte es determinar si la disparó la misma víctima, si fue un caso accidental, o si fue otra persona la que perpetró el crimen.

Jack Cadman, director del laboratorio criminalístico del sheriff del condado Orange de Santa Ana, California, es un experto en la determinación de *la manera* de la muerte.

Uno de sus primeros casos trataba de una joven muerta por la espalda con una carabina. Los dos principales sospechosos eran el esposo y un amigo de éste. Cadman pidió las ropas que ambos llevaban la noche del crimen, y halló unas gotitas microscópicas de carne y sangre que habían salpicado el suéter del amigo; éste aceptó su culpabilidad y el caso quedó solucionado sin necesidad de proceso.

Poco después, hallaron muerto en un granero a un conocido «asesino de alquiler». Su aplastada cabeza parecía haber sido pisoteada por un caballo. Jack Cadman examinó el cabello y el cuero cabelludo del difunto, y descubrió diminutos fragmentos de polvo y unas astillitas de madera. Esto inició una búsqueda por entre un enorme montón de leña, en busca de un palo o madero que

Jack sugirió podía tener un metro de longitud. Lo hallaron y el examen al microscopio reveló unas depresiones recientes, causadas por los cabellos de la cabeza al ser comprimidos contra la madera. Los pelos y las microgotitas de sangre de la cabeza de la víctima confirmaron que aquélla era el arma que había causado la muerte.

Se encontró un sospechoso; el robo fue el motivo, y de ello resultó otra confesión de culpabilidad.

Jack Cadman es conocido internacionalmente como inventor del método Cadman-Johns para detectar el alcohol en la corriente sanguínea mediante el empleo del gas cromatográfico. Este método es tal vez el más perfecto de cuantos se conocen hasta la fecha. Puede realizarse el análisis en quince minutos, en lugar de las dos, tres y hasta cuatro horas que requieren los demás.

Cadman se ve muy solicitado como conferenciante en las asambleas científicas y en las universidades del Oeste.

En la actualidad, se ha trasladado a un laboratorio moderno y eficazmente equipado, ilustrando lo que la ciencia puede lograr en las pruebas que atan al criminal al escenario de su crimen.

—La solución del problema de la criminalidad radica en la ciencia —afirma Cadman, mientras vigila sus microscopios esteroscópicos y *ultra-pak*, su refractómetro, sus tablas de investigación y dragado con sus aplicaciones al vacío, y otra docena al menos de instrumentos modernos para la lucha contra el crimen.

Nos hallamos en la era espacial, pero la lucha contra el crimen no mantiene el ritmo con otros descubrimientos científicos realizados desde la Segunda Guerra Mundial. Tan pronto como el pueblo norteamericano esté dispuesto a conceder a este problema la debida atención y la prioridad oportuna, podremos elevar los índices actuales de «solucionado» y «convicto» tal vez desde el 10 al 90 por ciento.

Cuando el crimen verdaderamente no pague dividendos, todo criminal lo pensará dos veces o tres antes de cometer un delito. Cuando sepa que tiene nueve probabilidades contra una de ser descubierto y encarcelado, el crimen perderá para él todo atractivo. Pero hasta que esto ocurra, ¿por qué continúa la gente cometiendo crímenes? ¡Porque es un negocio provechoso!

Por tanto, dedico este libro al eminente experto en el campo de

la ciencia forense:

JACK CADMAN

Director del laboratorio criminalista del sheriff
del condado de Orange, Santa Ana, California.

Erle Stanley Gardner

Capítulo 1

Perry Mason levantó la vista de su escritorio cuando Della Street, su secretaria particular, apareció en la puerta del despacho que comunicaba con la salita de la recepción.

—¿Sí, Della?

—En la sala hay una joven que no quiere dar su nombre.

—Pues no la recibiré —declaró Mason.

—Ya sé cómo piensa usted al respecto —replicó Della—, pero creo que existe una razón para que la joven no quiera dar esa información.

—¿Qué clase de razón?

Della Street sonrió.

—Quizá fuese interesante averiguarlo.

—¿Rubia o morena?

—Rubia. Lleva un bolso negro y plano, como una bolsita, aparte del bolso normal.

—¿Edad? —quiso saber Mason.

—No más de veintidós o veintitrés.

Mason frunció el ceño.

—¿Está segura de que tiene más de veintiuno?

Della meneó la cabeza.

—No es posible saberlo mirando sus dientes —sonrió.

—¿Y sus manos?

—Tampoco es posible averiguar gran cosa de las manos de una mujer hasta después de los treinta —objetó la secretaria.

—De acuerdo —suspiró Mason—, que entre y le echaré un vistazo.

Della Street salió a la sala de espera y regresó rápidamente con una joven que temblaba de excitación al acercarse al escritorio.

—¿Señor Mason?

El abogado sonrió.

—No tiene por qué ponerse nerviosa —dijo—. Al fin y al cabo, yo soy un abogado, y si usted se halla en un aprieto quizá pueda ayudarla.

La joven se acomodó delante de la mesa escritorio.

—Señor Mason... yo... yo... tengo que desaparecer y no quiero que mis parientes puedan encontrarme.

—¿Por qué tiene que desaparecer? ¿Por el motivo de costumbre?

—¿Cuál es el motivo de costumbre?

Mason sonrió y sacudió la cabeza.

—Por favor, no me contrainterrogue, antes permítame interrogarla. ¿Por qué tiene que desaparecer?

—Tengo mis razones —repuso ella—. No creo necesario entrar ahora en detalles, pero es preciso que desaparezca.

—¿Y desea que yo la ayude?

—Quiero que usted se halle en situación de proporcionar, si llega el caso, el eslabón perdido que conecte con mi vida anterior. Pero no quiero que lo haga a menos que yo le dé el permiso y se lo diga, o a menos que se presenten ciertas circunstancias que tornen imperativo que usted se comunique con mis parientes.

Repiqueó el timbre del teléfono de la mesa de Della Street.

—Diga... Sí, Gertie... ¿Ahora mismo...? ¿Es muy importante...? Muy bien, ahora salgo.

La joven miró significativamente a Perry Mason.

—Perdone un momento —dijo, y salió en dirección a la salita de recepción.

Mason contempló fijamente a la visitante.

—Me pide usted que confíe en usted.

—¿No confía en todos sus clientes?

—No del todo. Usualmente sé con quién trato y de qué se trata.

—Y usualmente le dan a usted un anticipo para defender a personas acusadas de un crimen.

—Sí, con cierta frecuencia.

—¿Y cómo comprueba usted que un cliente dice la verdad?

Mason sonrió.

—De acuerdo, ha ganado usted una baza —admitió.

—Usted los acepta confiadamente.

—No del todo —objetó Mason—. Toda persona acusada de un delito, inocente o culpable, tiene derecho a ser defendida. Tiene derecho a una defensa ante el tribunal. Y yo trato de concederle una representación legal.

—Pero usted procura defenderla a fin de demostrar su inocencia.

Mason meditó unos instantes, y luego habló, escogiendo cuidadosamente las palabras.

—Sí, pero sólo trato de que mi defensa sea eficaz. Nada más.

Della Street regresó de la recepción, le hizo una señal a Mason, y cruzó el despacho en dirección a la biblioteca legal.

—Tendrá que disculparme un instante —se excusó Mason—. Por lo visto, hay algún asunto importante que requiere mi atención inmediata.

—Ciertamente.

Mason se levantó del sillón giratorio, dio la vuelta al escritorio y le dirigió a la visitante una sonrisa tranquilizadora.

—Sólo será un momento —manifestó, yendo hacia la biblioteca.

—¿Qué ocurre? —preguntó a Della Street, cuando hubo cerrado la puerta.

—Gertie, en la centralita telefónica —explicó la joven.

—¿Qué le pasa?

—Apenas lo sé. Ya conoce usted a Gertie, que es una romántica incurable. Déle un botón y cada vez lo pegará a un chaleco, y a veces incluso lo hace con un botón imaginario.

Mason asintió.

—Ha observado algo en la visitante, o se lo pareció; en fin, quizá sería mejor que usted hablara con ella.

—¿No puede decirme de qué se trata?

—Claro que sí —replicó Della—, pero no puedo evaluar lo que Gertie me confió, tal como usted quiere. En realidad, se trata de toda una historia.

—De acuerdo —asintió Mason—, veamos de qué se trata.

Cogió a Della Street por el brazo y la condujo hacia la puerta que daba a la recepción.

Gertie, sentada ante la centralita telefónica, se hallaba presa de una viva excitación, masticando chicle de una manera frenética,

indicadora de su nerviosismo interior.

Gertie poseía una curiosidad insaciable. Siempre procuraba enterarse de los antecedentes de los clientes de Mason y con frecuencia, los investía de un ambiente imaginario que, en algunas ocasiones, resultaba extrañamente acertado.

Bastante gruesa, Gertie siempre estaba a punto de guardar dieta «la semana próxima», o «después de fiestas», o «tan pronto como vuelva de las vacaciones».

A pesar de que la salita estaba desierta, Gertie llamó a Mason hacia la centralita y bajó la voz hasta un tono apenas audible.

—La joven que está en su despacho —farfulló.

—Sí, sí... —asintió Mason—. ¿Qué le sucede, Gertie? ¿Ha observado algo raro en ella?

—¿Si observé algo raro? ¡Claro que observé algo raro!

Obviamente, Gertie saboreaba plenamente la situación y el hecho de ser el centro de la atención de sus dos oyentes.

—Bueno —exclamó Della con impaciencia—, cuéntaselo todo al señor Mason, Gertie. Al fin y al cabo, la cliente espera.

—¿Se ha fijado —empezó Gertie— en la cartera negra que lleva, y que coge de manera tan apretada?

—No he observado que la coja de manera tan apretada —replicó Mason—, pero sí he visto que tiene una cartera negra y un bolso de mano.

—Se trata de una cartera para cosméticos, una especie de neceser —explicó Della—. Del tipo que contiene un espejito en el forro de la tapa, visible cuando se abre.

—Y los cosméticos, las cremas y los peines se hallan dentro, ¿verdad? —preguntó Mason.

—No en esta carterita —le atajo Gertie con vehemencia—. Al contrario, se halla materialmente repleta de billetes de cien dólares, muy bien ordenados.

—¿Qué? —exclamó Mason.

Gertie asintió con solemnidad, gozando con la sorpresa de su jefe.

—¿Cómo lo sabes, Gertie? —quiso saber Della—. Vamos, cuéntalo.

—Bueno —explicó la telefonista—, esa chica, quiso sacar o

meter algo del neceser. Lo abrió, y precisamente fue la forma de abrirlo lo que me llamó la atención.

—¿Cómo lo hizo? —se interesó Mason.

—Dio casi media vuelta en su silla, volviéndome la espalda, a fin de que no viese lo que hacía.

Mason sonrió.

—Y al momento, usted alargó el cuello tratando de ver qué ocultaba.

—Bueno... —vaciló Gertie—, supongo que todo el mundo muestra una curiosidad natural, y al fin y al cabo, señor Mason, usted siempre me pide que averigüe lo que pueda de los clientes que le visitan.

—Sólo fue un comentario —se disculpó el abogado—. No se inquiete, Gertie, y diga lo que vio.

—Lo que no comprendió esa chica —prosiguió la recepcionista— fue que tan pronto como me volvió la espalda y levantó la tapa del neceser, el espejo, situado en un ángulo dado, reflejaba el contenido del interior, de modo que mirando el espejo yo veía todo lo que había allí dentro.

—Dígame exactamente qué vio.

—Todo el interior de la carterita —repuso Gertie, de modo impresionante—. Y todo el interior no era más que un conjunto de billetes de cien dólares, muy bien colocados y atados en pilas, tal como los tienen en los bancos.

—¿Vio esto por el espejito?

—Sí.

—¿Dónde estaba usted?

—En mi mesita, al lado de la centralita.

—¿Y la joven?

—Sentada allí.

—O sea, al otro lado de la sala —comentó Mason.

—De acuerdo, pero yo vi lo que vi.

—¿Dice que ella se volvió de espaldas a usted?

—Sí, de manera muy ostentosa.

—¿Y luego abrió la cartera?

—Sí.

—Y cuando la tapa llegó a una angularidad de unos cuarenta y

cinco grados aproximadamente usted divisó el contenido de la carterita.

—Exacto.

—Bien, dígame ahora: ¿sostuvo ella cuidadosamente la tapa abierta a aquel ángulo para que usted pudiera continuar mirando al interior de la cartera, o abrió la tapa hasta su máxima altura?

Gertie meditó unos instantes antes de responder.

—Pensándolo bien, creo que la abrió por completo, pero estaba tan asombrada por lo que había visto que hasta que usted lo ha mencionado no me he dado cuenta de todos sus gestos.

—Sin embargo, esa joven sostuvo la tapa en cierta angularidad el tiempo suficiente para que usted pudiese ver el contenido de la cartera.

—Creo que sí, señor Mason —concedió Gertie—. No se me ocurrió esto hasta que... ¡Dios mío, de qué manera contrainterroga usted!

—No quiero contrainterrogarla, Gertie —rió Mason—, pero sí deseo averiguar lo sucedido. Debe usted reconocer que si la joven levantó la tapa de la cartera y sostuvo el espejo en un ángulo dado para que viera usted el contenido, más bien debía esa muchacha estar ansiosa de que atisbara usted los billetes y no por ocultarle lo que había en el neceser.

—Nunca se me hubiese ocurrido mirarlo de este modo —confesó Gertie.

—Pues a mí sí. ¿Cómo sabe —añadió Mason tras una pausa—, que eran billetes de cien dólares, Gertie? A esa distancia no pudo ver la cantidad...

—Bueno... parecían billetes de cien... muy lisos y...

—Pero podían ser de cincuenta dólares solamente, ¿verdad? —preguntó Mason, mientras Gertie vacilaba—. O de veinte dólares...

—Tuve la impresión de que se trataba de billetes de cien dólares, señor Mason.

—Y por lo mismo, puesto que todo lo vio a través del espejito y desde tanta distancia —prosiguió Mason—, también podían ser billetes de un dólar.

—Oh, estoy completamente segura de que no eran billetes de dólar.

—¿Por qué está tan segura?

—Por el aspecto que tenían.

—Muchas gracias, Gertie. Le agradezco que nos haya advertido. Se ha portado usted muy bien.

El semblante de Gertie se iluminó.

—Oh, pensé que había metido la pata, por el modo como me estaba usted interrogando.

—Sólo trataba de poner las cosas en claro —replicó Mason—. Olvídelo, Gertie.

—¡Olvidar una cosa así! —exclamó Gertie—. Señor Mason, esa joven es... bueno, sé que va a ponerle en un compromiso. No es una cliente ordinaria.

—Cierto —admitió Mason—. No es una cliente ordinaria, motivo por el cual su caso me intriga.

El abogado palmeó la espalda de la recepcionista.

—Buena chica, Gertie —añadió—. Procure vigilar siempre a todos mis clientes, y si observa algo fuera de lo corriente, no dude en avisarme.

Mason y Della Street regresaron a la biblioteca.

—¿Qué opina, jefe? —indagó Della.

—Creo que Gertie vio el contenido de la cartera y que ésta está llena de billetes. Pero que sean de un dólar o de cien, nadie puede afirmarlo. No creo que Gertie haya podido ver la cantidad desde esa distancia, mirando por el espejito.

—Gertie posee una gran imaginación —dijo Della.

Mason asintió pensativamente.

—Lo importante —dijo después— es el tiempo que la joven sostuvo el espejito en aquel ángulo; lo importante es saber si nuestra misteriosa cliente deseaba que Gertie viese lo que contenía la cartera para comunicárnoslo, o si quería sacar algo y sólo la curiosidad innata de Gertie logró atisbar por el espejo... Hay que reconocer que Gertie posee una rapidez visual maravillosa, y que puede ver en una fracción de segundo mucho más que otras personas en cinco minutos.

Della echóse a reír.

—Además, su cerebro es una computadora que todo lo que ve lo multiplica por dos.

—Exacto —rió Mason—. Bien, vamos a ver a nuestra cliente.

Mason y Della regresaron al despacho particular del primero.

—Lamento haberla hecho esperar —dijo Mason—. Bien, veamos, ¿dónde estábamos...? Ah, sí, usted necesita un abogado que la represente en un caso de precisión.

—Exacto.

—Pero no desea que nadie conozca su identidad.

—Tengo mis motivos, señor Mason.

—Así lo presumo —accedió el abogado—, pero esto torna el asunto muy poco satisfactorio para mí. Supongamos que usted desee comunicarse conmigo, para yo que pueda ayudarla en algo. ¿Cómo sabré que hablo con la misma persona que ha contratado mis servicios?

—Estableceremos una clave.

—Está bien. ¿Cuál sugiere?

—Mis medidas.

—¿Sus medidas? —repitió Mason.

—Sí. Treinta y seis, veinticuatro y treinta y seis.

El rostro del abogado resplandeció con una sonrisa, pero volvió a ponerse grave.

—Esto apenas es una clave —observó.

—Pero si yo le doy mis medidas con mi propia voz por teléfono, usted reconocerá mi voz, ¿no es cierto?

—No estoy seguro —replicó Mason—. Tal vez. A veces, resulta difícil reconocer una voz por teléfono. ¿Qué me pedirá usted? Es decir, ¿qué cree que tendré que hacer si usted decide que yo la represente y usted me llama por teléfono?

—Defenderme.

—¿De qué?

—Diablo, no lo sé —confesó la joven—, pero la gente que trata de encontrarme es muy... muy lista. No se molestarán en acudir a detectives privados si pueden acusarme de haber cometido un crimen y lograr poner a la policía sobre mi rastro. Esto es lo que temo. Mire, señor Mason —añadió apresuradamente—, no me hallo en libertad de contarle todos los hechos, pero hay algunas personas... mejor dicho, cierta persona que desea encontrarme, o que puede desear encontrarme. Y esa persona es diabólicamente

ingeniosa. No se detendrá ante nada.

—No es fácil hallar a una persona que desaparece deliberadamente —observó el abogado.

—Lo sé, y esa persona también lo sabe. Por tanto, no malgastará el tiempo y el dinero contratando a detectives privados por cincuenta dólares al día. Me acusará de algún delito y hará que me busque la policía.

—¿Y luego...?

—Luego... tendré que defenderme.

—Quiere decir que, actualmente, ese tipo intenta forzar la jugada, buscando con qué acusarla, ¿verdad?

—Tal vez. Puede intentarlo todo.

—Incluso colocarse a sí mismo en una posición vulnerable —objetó Mason—. Bueno, a menos que usted haya cometido efectivamente un crimen.

—¡Oh, no...!

—¿De qué puede acusarla, según usted?

—Cielo, no lo sé; tal vez de asesinato... Es un individuo que carece de escrúpulos.

Mason la estudió fijamente.

—¿O... quizá de desfalco? —preguntó de repente.

El semblante de la joven enrojeció como una amapola.

—¿Bien...?

—Es posible, pero no había pensado en ello.

—Pues parece lo más lógico —comentó Mason con tono fingidamente casual—. Si la acusara de asesinato, tendría que haber un cadáver. Mientras que si la acusa de desfalco, sólo tiene que jurar que falta una suma de consideración.

—Sí —admitió ella lentamente—, entiendo su punto de vista.

—Bien, ¿cuál era su idea? —quiso saber Mason.

—Yo quería darle a usted un anticipo, a fin de retener sus servicios, para que actuara como abogado mío y me salvase en el caso de que le llamara por teléfono para... oh, no importa lo que fuese.

—¿Qué anticipo tenía pensado?

—¿Bastarían trescientos dólares?

—Creo que sería un anticipo razonable. Naturalmente, después

de haberme usted consultado y en caso de que la situación se complicara, tendría que pedirle más dinero.

La joven abrió el bolso de mano, procurando que Mason no pudiera ver su contenido, y sacó seis billetes de cincuenta dólares.

—¿Se los entrego a usted o a su cajero? —preguntó.

—Mi secretaria le extenderá un recibo —repuso Mason—. ¡Caramba, esos billetes crujen como nuevos!

Ella rió nerviosamente.

—Venía preparada. Corrientemente no suelo llevar una suma tan grande encima. Esos billetes los saqué del banco... para usted.

—¿Aquí... en Los Angeles? —preguntó Mason casualmente y echando una ojeada rápida a Della Street.

—No, no, aquí no. Claro que no.

—Entiendo.

Mason cogió uno de los billetes y jugueteó con él distraídamente.

—Bueno, ¿qué espera que haga yo por usted? —inquirió al final.

—Probablemente nada. Oh, no me interprete mal, señor Mason. Usted no es para mí más que un ancla en una tormenta. Es posible que, si todo va bien, no vuelva a oír hablar nunca más de mí. Entonces, saldré de este despacho y de su vida.

—¿Y si todo no va bien?

—Entonces tendrá noticias mías.

—¿Cuáles?

—No lo sé. Le llamaré en demanda de ayuda.

—¿Qué clase de ayuda?

La joven dudó.

—Tampoco lo sé, tal vez consejo en una situación apurada.

—No puedo establecer relaciones con un cliente sobre una base tan débil —rechazó Mason.

—¿Financieramente?

—En parte.

—Cuando le llame pidiéndole ayuda discutiremos el total de su minuta. Sé que usted será justo conmigo, y también puede estar seguro de que yo no le pediré nada que no sea legal, justo y equitativo.

—¿O ilegal? —preguntó Mason, guiñando un ojo.

«O ilegal», iba a añadir la joven, pero se contuvo a tiempo, vaciló y luego dijo:

—Usted jamás cometería un acto ilegal, por tanto, ¿por qué mencionarlo?

—Entonces, usted se pondrá en contacto conmigo si me necesita, ¿verdad?

—Exactamente.

—Bien, puede encontrarme en esta oficina durante las horas laborables —le explicó Mason—. Durante el resto de la tarde puede localizarme mediante la Agencia de Detectives Drake, cuyas oficinas se hallan en este mismo piso.

—Al salir del ascensor vi la placa en la puerta —asintió la muchacha.

—Su centralita funciona todo el día y toda la noche —informó Mason—, y en caso de una emergencia... es decir, una *verdadera* emergencia, ellos pueden ponerse usualmente en contacto conmigo.

Della Street le entregó una carta a la joven cliente.

—Aquí tiene todos los números, tanto para el día como para la noche.

—Gracias, señorita Street.

—Extienda un recibo, Della —intercaló Mason—, por un anticipo de trescientos dólares en dinero efectivo. Y ahora —agregó, volviéndose a la joven—, ¿quiere que el recibo se extienda simplemente al número clave treinta y seis, veinticuatro y treinta y seis?

La joven sacudió negativamente la cabeza.

—No quiero ningún recibo —rehusó. Luego, se colgó el bolso de la muñeca, cogió la carterita de los cosméticos, le sonrió a Della Street y añadió—: Muchas gracias por haberme recibido, señor Mason.

Al instante siguiente había salido del despacho.

Mason continuó sentado viendo cómo la puerta se cerraba por el impulso del tope automático.

Cuando el pestillo se hubo encajado en su zócalo, Mason volvióse hacia Della.

—Ha sido una buena representación.

—¿En qué sentido?

—Al afirmar que no volveríamos a saber de ella.

—¿Cree que todo fue una farsa?

—Le apuesto diez a uno, a que dentro de cinco días a lo sumo esa chica me llamará y se hallará en graves dificultades, dificultades que ella ya ha anticipado.

—No hay apuesta —sonrió Della—. Da mala suerte apostar contra usted. Sin embargo, puedo decirle una cosa: éstas no son sus medidas. Las de esa joven son, aproximadamente: treinta y dos, veinticuatro y treinta y seis.

Mason reflexionó un momento.

—¿Lleva una especie de botarga delgada para aparecer más gruesa?

—Oh, no... —rechazó Della la idea—. Tal vez use un sostén un poco trucado, pero no mucho.

—Bien, ya que lo menciona, Della, comprendo a qué se refiere. Hemos aceptado una cliente que nos ha mentido desde el principio.

—Navegando bajo falsos colores —sonrió la secretaria.

—*El caso de las medidas falsas* —mencionó Mason, meditativamente.

—Esperemos que no se convierta en *El caso de la cliente costosa*. Siempre sospecho ante las historias amañadas —añadió Della—, las cuentas de gastos falsificadas, y las clientes impostoras.

—Esa joven ha sabido tocar mi punto flaco —reconoció Mason—. Hubiera debido interrogarla hasta el tercer grado y sacarle toda la verdad. Sin embargo, ahora ya es tarde. Tendremos que conformarnos con sus falsas medidas.

Capítulo 2

A las nueve menos diez minutos, Mason entró en su despacho particular por la puerta del pasillo, le sonrió a Della Street y preguntó:

—¿Hay alguien esperando, Della?

—Gertie —repuso la secretaria.

—Bueno, Gertie tiene que estar allí, y no espera.

—Gertie está allí, mordiéndose las uñas —replicó Della—. Gertie se halla tan excitada que podría echar a correr en círculos.

—¿Por qué está excitada?

—Por la misteriosa cliente de ayer.

Mason enarcó las cejas sorprendido.

—¿Se ha vuelto a saber algo de ella?

—Gertie ha sabido de esa joven.

—¿A qué se refiere?

Della señaló el escritorio del abogado. Encima de la correspondencia había un periódico doblado, abierto por la sección de «Anuncios clasificados», de forma que encima quedaron los «Personales».

Mason acercóse a la mesa, sentóse en su sillón giratorio, cogió el periódico y recorrió las columnas de los anuncios personales, deteniéndose en el que tenía una señal en el margen.

«Estoy aquí a punto de concluir negociaciones sobre base dinero contante. No cheques. Dinero en el acto. Llamar hotel Willatson, 36-24-36.»

—Diablo... —silbó Mason—. ¿Cree que se trata de nuestra chica?

—Eso parece —asintió Della.

—Maldición... —gruñó Mason—. He aquí las ventajas de aceptar

un caso a ciegas. Ahora, esa muchacha se ha mezclado en alguna aventura que le reportará algún conflicto grave. Y entonces llamará para que yo la saque del mismo.

Mason vaciló un instante y luego señaló el teléfono con el pulgar.

—Paul Drake, Della.

La secretaria marcó el número privado del detective, y, al cabo de un momento quedó hecha la conexión.

—Un momento, señor Drake. Perry quiere hablar con usted.

Le pasó a Mason el receptor.

—Hola, Paul. ¿Tienes demasiado trabajo para venir a verme un instante?

—Nunca tengo demasiado trabajo cuando husmeo un nuevo negocio.

—Entonces, ven de prisa —y Mason colgó.

—¿Es ético contarle a Paul...? —preguntó Della.

—No es ético contarle nada a nadie —reconoció Mason—, al menos, no en esta fase del juego... tal como hay que interpretar la ética. Pero quiero descubrir a quién desea ver esa chica y cuál es el asunto que se lleva entre manos.

—¿Alguna idea? —interpuso Della.

—Creo que vino desde San Francisco.

—¿Por qué?

—Por su forma de vestir —explicó Mason—; además, por la hora en que se presentó. Seguramente, tomó un avión, dejó su equipaje en alguna parte, probablemente en el hotel Willatson, y cogió un taxi hacia aquí. Con toda seguridad dispuso la aparición de este anuncio antes de verme a mí. Si no recuerdo mal, se necesitan uno o dos días para que salga un anuncio. Si todo esto es correcto, esa joven debió telefonar al Willatson pidiendo una reserva.

—¿Y entonces...?

—Entonces tenemos que averiguar algo más respecto a nuestra misteriosa cliente, algo más que sus falsas medidas.

En la puerta del despacho que daba al corredor sonó la llamada clave de Paul Drake. Della abrió.

—Hola, Paul —le saludó—. ¿Qué tal su sistema digestivo?

—Mejor, gracias. Estupendo... Desde que vosotros no me tenéis

sentado toda la noche, ocupado en vuestros casos, y no me veo obligado a alimentarme con «hamburguesas» engullidas apresuradamente en el despacho, estoy mucho mejor. Llevo seis días consecutivos cenando succulentamente platos recién hechos.

—¿Van mal los negocios? —se interesó Mason.

—Peor...

—Tal vez pueda echarle una mano. Pero no se trata de un caso de importancia, sino de simple rutina.

—¿Quién es el cliente? —indagó Drake.

—Yo —repuso Mason.

—Oh... oh...

—Deseo averiguar algo sobre una cliente.

Drake se instaló cómodamente en el sillón de piel reservado a los clientes, pasó sus largas piernas por el brazo del mismo, y exhibió un cuadernito y un bolígrafo.

—¡Dispara! —exclamó.

—Creo que no me he portado bien con un cliente, Paul —empezó a decir Mason.

—¿Cómo?

—No puedo darte los detalles —agregó el abogado lenta y cautelosamente— sin olvidar el código de la ética profesional. Se supone que un abogado ha de proteger las confidencias de su cliente. Todas las declaraciones de éste son completamente confidenciales. Bien, puestas así las cosas, has de saber que le di a un cliente un consejo que debí cambiar por otro.

—¿Cliente masculino o femenino? —quiso saber Drake.

—Esto también es confidencial.

—Bueno, ¿en qué fallaste a ese cliente?

—En no decirle todo aquello que un cliente ha de saber para su propio bien —manifestó Mason—. Dejé que el cliente diagnosticase su caso y yo acepté tal diagnóstico.

—Continúa.

—De vez en cuando —siguió Mason—, un cliente quiere diagnosticar su propio caso, lo mismo que un paciente acude a un médico y le dice: «Doctor, sufro de indigestión. Quiero que usted me recete algo contra las indigestiones». Si él médico se limita simplemente a recetarle a su paciente algo contra la indigestión,

falta al reglamento de su profesión. El médico, en tal caso, tiene la obligación de preguntar respecto a los síntomas relacionados con la supuesta indigestión. Así descubre que el enfermo padece dolor torácico y que en algunas ocasiones le falla el brazo izquierdo, con lo cual sospecha algo muy distinto de una indigestión. Efectúa un cardiograma y descubre que el paciente sufre de un alto nivel de colesterol. Entonces, no receta la medicina indicada contra las indigestiones, sino que le da al paciente una dieta falta de grasas, sin alimentos lácteos, y alta en proteínas. Con esto, el enfermo mejorará. Sí, por otra parte, el médico acepta el diagnóstico formulado por el paciente, éste es probable que haya muerto antes de doce meses.

—Esto es elemental, ¿no es cierto, Perry? —preguntó Paul Drake.

—Lo estoy poniendo en un grado elemental —asintió Mason— porque deseo que comprendas la situación.

El abogado hizo una pausa antes de proseguir.

—Este cliente vino aquí y diagnosticó el caso, recetándose él mismo el remedio. Por desgracia, yo acepté su declaración como válida. Y no debí hacerlo. Y ahora, a fin de apaciguar mi conciencia, quiero información.

—¿Sobre el cliente? —preguntó Drake.

—Sobre varias cosas sucias tal vez —replicó Mason—. Necesariamente, no tienen que estar relacionadas directamente con la situación. Ni siquiera, quizá relacionadas directamente con el cliente. Pero pueden ser lo bastante significativas para que me conciernan a mí.

—De acuerdo —rezongó Drake—, ya hemos llegado al fondo de la cuestión. Quieres que investiguen por tu cuenta. Siendo tú el cliente. Bien, obtendrás mis mejores servicios y te haré un descuento en la factura. ¿Qué he de hacer?

Mason cogió el periódico y se lo entregó al detective.

—Este anuncio —le indicó.

Drake procedió a leerlo en voz alta:

«Estoy aquí a punto de concluir negociaciones sobre base dinero contante. No cheques. Dinero en el acto. Llamar hotel Willatson, 36-24-36.»

Drake levantó la vista.

—¿Es esto lo que te interesa?

Mason asintió.

—Evidentemente, tu cliente tiene tres habitaciones... —reflexionó Drake—. No, aguarda, treinta y seis se menciona dos veces. Pueden ser dos habitaciones, la treinta y seis y la veinticuatro, y la persona que puso el anuncio firma treinta y seis, para demostrar que se trata de la habitación donde ha de tener lugar el contacto.

—Es posible —opino Mason.

Drake le contempló astutamente.

—También podría ser una clave...

El abogado continuó callado.

—¿Qué quieres que haga exactamente? —inquirió Drake al fin.

—Descubrir todo lo que puedas respecto a la persona que puso este anuncio en el periódico, y al individuo a quien va dirigido.

—Bien, puede ser una investigación muy difícil o muy sencilla —reflexionó Drake—. El Willatson es un hotel de tipo comercial. Cuando se celebran convenciones en la ciudad suele tener un noventa por ciento de sus habitaciones ocupadas. En las demás ocasiones, el porcentaje de ocupantes es de un sesenta a setenta por ciento. De todos modos, habrá demasiadas personas para ir a ciegas. Puedo descubrir quién ocupa la habitación número treinta y seis y quién está en la veinticuatro. Lo cual tal vez no conduzca a ninguna parte. Lo mejor será tenderle un cable a la persona que puso el anuncio mediante una respuesta falsa, que diga así poco más o menos:

«Mensaje poco claro. Llamar número 676—2211 para aclaración. No caeré en trampas de ninguna clase».

—Naturalmente —añadió Drake, moviendo levemente la mano —, que sólo se trata de una idea mía, Perry. Y el anuncio debería estar redactado con más cuidado. De manera más sutil, pues siempre cabe la posibilidad de que una nota falsa en la respuesta alarme al interesado y tu cliente comprenda que alguien extraño se ha inmiscuido en el asunto.

—Bien... —reflexionó Mason—, no veo ninguna razón para que sea fatal una situación de esta clase... Tal vez un anuncio como el

indicado haría que mi cliente viniese a verme de nuevo y entonces yo podría... —no terminó la frase.

—¿De qué se trata? —inquirió Drake—. ¿No puedes telefonear a tu cliente al hotel Willatson y...?

—No he dicho que la persona que puso este anuncio sea mi cliente —replicó el abogado—. Mi cliente podría muy bien ser precisamente la persona a quien va dirigido.

—En otras palabras, que no sabes dónde localizar a tu cliente.

—Vamos, vamos... últimamente no has leído las decisiones del Tribunal Supremo. Antes de ser interrogado se me tiene que enumerar mis derechos constitucionales y darme la oportunidad de consultar con un abogado. Te he llamado para encargarte un asunto. Pues bien, dedícate a ello.

Drake meditó breves instantes.

—Esta situación tiene unas facetas que me intrigan terriblemente, Perry, pero al fin y al cabo tienes razón. Me has encargado un trabajito y mi obligación es ocuparme de él. Nada más.

Drake se levantó del sillón de los visitantes.

—¿Cuándo quieres un informe? —preguntó.

—Tan pronto como tengas algo definido que informar. Por muy trivial que un dato te parezca, comunícamelo.

—¿De día y de noche?

—No es precisamente tan urgente. Digamos por la mañana y por la tarde.

—De acuerdo —asintió Drake—. De día, hasta el anochecer. ¿Hay límite al número de agentes a emplear?

—No te excedas de los quinientos dólares a menos que me lo consultes —le advirtió Mason.

—Con el descuento puedo llevar a cabo una buena investigación por quinientos dólares... Bien, no tardarás en tener noticias, Perry.

Mason y Della Street se quedaron solos otra vez cuando hubo salido el detective. El abogado suspiró profundamente y atrajo hacia sí la correspondencia.

—Della, he hecho cuanto podía. Ahora, hemos de empezar a trabajar.

—¿Cómo asiento esto en los libros? —quiso saber la secretaria

—. Usted cobró trescientos dólares y pagará quinientos, y ni siquiera sabemos el nombre de la cliente.

—Llámela señorita Déficit —sugirió Mason—. Esto servirá hasta que sepamos el nombre verdadero.

—Tal vez debería llamarla señorita Fraude.

—No nos ha defraudado todavía —negó Mason—. Al menos, que yo sepa. Lo que necesitamos es información. Ella diagnosticó su propio caso, se recetó a sí misma, y quizá se haya equivocado en la enfermedad y en la medicina.

Della cogió su cuaderno de taquigrafía y el bolígrafo.

—Bien —observó—, tan sólo hemos empezado el día de hoy con un saldo negativo de doscientos dólares desde que usted se sentó en este sillón.

Capítulo 3

Al día siguiente, Perry Mason estuvo en el tribunal defendiendo a un joven negro acusado de robarle a un prestamista.

La identificación efectuada por tres testigos que vieron al ladrón corriendo por la calle, para luego saltar dentro de un coche estacionado junto a la acera y huir a toda velocidad, fue absolutamente positiva.

Mason trató en vano de hacer flaquear la seguridad de los testigos.

A las tres de la tarde, el ayudante del fiscal concluyó sus argumentaciones y Mason tuvo, por fin, la oportunidad de dirigirse al jurado.

—Contrariamente a la creencia popular, caballeros, la evidencia circunstancial es la más fuerte que aquí tenemos, y en cambio la aducida por los testigos es la más débil.

»Aquí tenemos a un negro joven, alto y con bigote, que llevaba una bolsa de papel.

»La tienda en cuestión fue atracada por un chico negro, que lucía bigote y llevaba una bolsa de papel.

»La acusación sostiene la teoría de que mi defendido logró huir, escondió el dinero en cualquier parte, metió media docena de paquetes de cigarrillos dentro de la bolsa de papel y cuando fue arrestado, explicó que no tenía cigarrillos, por lo que salió en busca de una máquina automática del barrio, donde consiguió seis paquetes que puso en la bolsa, y que regresaba tranquilamente a su apartamento cuando fue arrestado por la policía.

»Yo pregunto ahora: si ese joven había ya dispuesto del dinero, a fin de poder disimular la evidencia en su contra, ¿por qué, en nombre del buen sentido, no dispuso también de la bolsa de papel?

»Un joven negro, alto con bigote y llevando una bolsa de papel fue como un imán para la policía a los pocos minutos del atraco, cuando la alarma se radió a todos los coches de patrulla y a todos los precintos^[1].

»La gente sólo puede vislumbrar fugazmente a un individuo. Todo el mundo recuerda los puntos más salientes del mismo. En este caso, que era negro, alto, joven, con bigote y llevando una bolsa de papel. Realmente, esto es lo único que recuerdan.

»Más tarde, cuando tratan de recordar más detalles ante la insistencia de los oficiales de policía, se sugestionan y llegan a creer de buena fe que también vieron otras cosas con toda claridad. Más tarde aún les entregan fotografías, sacadas de las fichas policiales. Les piden que las examinen atentamente. Y los testigos las estudian hasta que ven al acusado en un *parada*^[2] y lo señalan como al hombre al que vieron correr por la calle, con la bolsa de papel.

»Pero se trata sólo de una autosugestión.

»La acusación tiene el deber ineludible de probar su caso más allá de toda duda razonable. Y por esto yo pido, caballeros, que dicten ustedes un veredicto de no culpable.

Mason regresó a su asiento.

El ayudante del fiscal en su discurso final se mostró sumamente sarcástico.

—El acusado atraca la tienda. Mete el dinero en un bolsa de papel. La gente lo ve corriendo calle abajo. Nada menos que tres testigos. Intenta fabricar una coartada después de haber escondido el dinero, metiendo varios paquetes de cigarrillos en la bolsa, para que la suya parezca una transacción inocente.

»Tres testigos refutables identifican al acusado postivamente. Perry Mason, que es uno de los abogados más astutos y hábiles del país, recurre a todas sus flechas legales para hacer debilitar el testimonio de los tres testigos. Pero éstos continúan firmes en sus declaraciones.

»No se dejan hipnotizar por la elocuencia. No vacilan ante unos razonamientos sofisticados. Por tanto, señores del jurado, tampoco ustedes deben dejarse convencer por ellos. Y por esto les pido en nombre de la justicia que declaren culpable al acusado.

Eran más de las cinco cuando el juez finalizó con su discurso de

instrucciones, y el jurado se retiró a deliberar.

Se esperaba que el veredicto fuese rápido, pero el jurado salió a cenar a las seis y media, volviendo a las ocho y reanudó la deliberación. A las nueve sonó el zumbador y el jurado anunció su acuerdo con respecto al veredicto.

Pronto corrieron los comentarios por todos los pasillos del tribunal.

El jurado había hallado culpable al acusado.

El juez se acomodó en un sillón, y el acusado apareció de nuevo en la sala. Todo estaba a punto para la entrada del jurado, cuando un agente de policía, de paisano, se abrió paso a empujones, corrió por el pasillo central de la sala, se aproximó al juez y le susurró unas palabras al oído.

Su señoría frunció el ceño y dialogó en voz baja con el agente. Luego, volvióse hacia el alguacil.

—Que el jurado aguarde unos instantes. Por favor, señores abogados, les espero en mi despacho inmediatamente.

Cuando el juez penetró en su despacho no se quitó la toga ni el birrete, y se sentó en un sillón giratorio.

—Caballeros, en este caso se ha producido un hecho verdaderamente sorprendente.

»La policía acaba de arrestar a un hombre que se disponía a atracar un establecimiento. Y han descubierto un escondrijo donde había uno de los billetes de cien dólares que fueron robados en la tienda cuyo atraco estamos juzgando en este momento.

»Recordarán, caballeros, que el propietario del local había anotado la numeración de sus billetes de cien. El culpable ha confesado. Al parecer, el acusado de este caso es inocente.

—¿Cómo? —exclamó el ayudante del fiscal.

El juez asintió con el gesto.

—Pero... pero el jurado ya tiene listo su veredicto —tartamudeó el acusador, enrojándose—. ¡Ese chico es culpable!

—No podemos permitir que ese veredicto sea pronunciado en la sala —objetó el juez—, y aquí tenemos un punto legal. Estando de acuerdo en el veredicto, no sé exactamente cuál es la condición legal del caso. Naturalmente, yo podría convocar al jurado, explicar las circunstancias ahora concurrentes y pedirles que den un

veredicto de «no culpable». Pero opino que lo mejor es reunir al jurado y comunicarle que se han presentado ciertas circunstancias que obligan a la renuncia de ese jurado antes de que sea dado el veredicto ante el tribunal.

—Naturalmente, explicándoles cuáles son esas circunstancias...
—sugirió Mason.

—¡No! —gritó el ayudante del fiscal.

—¿Por qué no? —inquirió el juez.

—Porque esto tendería a debilitar toda la estructura de la evidencia por identificación.

—De lo contrario —opuso Mason—, las doce personas del jurado saldrán criticando al juez y a la administración de la justicia. Es mucho mejor que esas personas pierdan un poco su fe en la identificación banal y poco escrupulosa de los testigos que en la administración de la justicia.

—Opino lo mismo —sentenció el juez, poniéndose de pie. Añadió—: Caballeros, volvamos a la sala. Llamaré al jurado y, antes de preguntarles si están de acuerdo en el veredicto, les dirigiré un pequeño discurso explicándoles lo ocurrido y eliminando ese jurado. Al mismo tiempo, el señor ayudante del fiscal puede pedir una moción pidiendo la anulación de este caso. Que le será concedida.

El ayudante del fiscal aceptó la decisión de su señoría a regañadientes.

Volvieron los tres a la sala, y el juez le refirió al jurado las nuevas circunstancias del proceso.

Mason disfrutó ante las expresiones de asombro, cuando los componentes del jurado comprendieron el significado de las palabras del juez.

Luego, el abogado estrechó la mano de los doce jurados. Éstos, tras cierta vacilación, también estrecharon la mano del acusado.

—Chico, vete a casa —le aconsejó Mason a su cliente—, aféitate el bigote y no vuelvas a dejártelo nunca. Ni vuelvas a ir por la calle con una bolsa de papel.

El acusado se echó a reír.

—Chico negro y alto con bigote. Chico negro y alto con bolsa de papel. Sí, señor. Voy a casa y me afeitaré el bigote tan pronto como

coja la navaja, y nunca más llevaré una bolsa de papel.

Mason, agotado después de la vista, se detuvo un momento en su despacho de camino hacia su casa.

Della Street le había dejado una nota.

«8,45 tarde. No puedo esperar más. Pero lea el anuncio en el diario de la tarde. Está en su escritorio».

Mason cogió el periódico y estudió el anuncio señalado al margen.

«36-24-36. Quiero eludir cualquier trampa. Estaré frente entrada hotel en taxi exactamente nueve esta noche. Verme allí. Sin testigos, por favor».

Mason volvió a releer el anuncio y, pensativamente, descolgó el teléfono y marcó el número de la Agencia de Detectives Drake.

—Perry Mason al habla —se anunció—. ¿Está Paul?

—No, no está. El señor Drake está ocupado en un caso. Dijo que no sabía cuándo volvería.

—¿Sabe alguien en qué caso se ocupa? —quiso saber Mason.

—Temo que no —respondió la secretaria—. El señor Drake se mostró extremadamente misterioso.

—Gracias. Supongo que por esta noche no puedo hacer nada más.

El abogado colgó el aparato, cerró la oficina, se dirigió a su apartamento y se dispuso a dormir a pierna suelta.

Capítulo 4

Paul Drake estaba ya en su despacho a las nueve de la mañana siguiente cuando Perry Mason, saliendo del ascensor, penetró en la Agencia de Detectives Drake.

La muchacha de la centralita le sonrió, inclinó la cabeza y señaló el despacho de Drake, situado al fondo del pasillo, reanudando la conversación telefónica que estaba sosteniendo... con una amiga suya.

Mason anduvo por en medio de una serie de cubículos estrechos y mal amueblados, donde los agentes de Drake preparaban los informes de diversos casos, y entró en el despacho personal de Drake.

Era también una estancia minúscula con un escritorio y una batería de teléfonos.

Drake miró al abogado, sonrió y bostezó.

—¡Tú y tu misterioso cliente...! —rezongó.

—¿Qué tal?

Drake le entregó el periódico con el anuncio que Della había dejado la noche anterior sobre la mesa de Mason.

—¿Es obra tuya? —preguntó Mason.

—Obra mía —admitió el detective.

—¿Sirvió de algo?

—Sí y no.

—¿Qué ocurrió?

—Bueno, tenía que correr algunos riesgos, ¿verdad?, cosa que siempre es posible en estos asuntos. En fin, tenía que jugar a ciegas. Ya que en el otro lado estaban todos los números. Bien, o la otra parte se había ya puesto en contacto con quien deseaba o la joven no había hablado aún con nadie. Yo no podía saberlo.

—Un momento —le atajó Mason—. Acabas de decir «la joven».
¿Por qué?

—Porque es una joven.

—Adelante.

—Bien, como he dicho, o bien se había puesto en contacto con la otra persona o no. Además, había otro dilema. O ella conocía de vista a la persona, o no la conocía. El hecho de poner el anuncio en el periódico indicaba que había más probabilidades respecto a lo segundo.

»Naturalmente, aún me quedaba otra incógnita. Que fuese hombre o mujer. Y quise forzar un poco el asunto llevándome conmigo a una mujer de mis agentes.

»Puse el anuncio en el diario, dejando bien claro que me estacionaría delante del hotel en un taxi, exactamente a las nueve.

—Supongo que hiciste algo más para averiguar su identidad —observó Mason.

—Naturalmente. Fui a la redacción del periódico donde ella puso el anuncio. Gracias a un billete de cinco dólares obtuve la información de que se trataba de una joven, con buena figura, rubia, de ojos azules, y algo desconfiada.

»Fui al hotel Willatson y gasté otros cinco dólares, pero no conseguí nada más.

»Por tanto, decidí correr el riesgo y poner este anuncio en el periódico. Luego, con mi agente femenino, me dirigí al hotel y me instalé ante el mismo, dentro de un taxi.

—¿Por qué un taxi?

—Para que no fuese posible rastrear su matrícula.

Mason aprobó con el gesto.

—¿Qué sucedió?

—A las nueve en punto, la muchacha pasó por delante del coche, pero también otras personas. Sin embargo, procuré que ella no pudiera vernos claramente ni a mí ni a mi agente. Yo llevaba el sombrero encasquetado hasta los ojos y unas gafas de sol. Mi agente llevaba una chaqueta con cuello alto y también gafas negras... En fin, como dos espías internacionales de la televisión.

»Con tanta gente pasando por allí, no pudimos descubrir a la joven a la primera, pero cuando dio media vuelta al llegar a la

esquina, supimos quién era. Realizó la misma operación tres veces consecutivas, sin acercarse nunca a nosotros; sin dar la menor señal de habernos reconocido, ni tratar de entablar conversación. Pasó por delante del taxi cuatro veces. Y fue lo bastante lista como para no dar muestras de curiosidad. Cada vez que pasaba mantenía la vista fija al frente.

—¿Y bien...?

—Y bien —replicó Drake—, no quise forzar más la suerte. Nos marchamos en el taxi.

—¿No intentaste seguirla?

—Naturalmente que la seguimos. Había otro agente mío en un automóvil estacionado detrás del taxi, y cuando la chica pasó por segunda vez la descubrió lo mismo que nosotros. Al marcharnos, le di la señal de seguirla.

»Después de irnos nosotros, ella volvió al hotel Willatson. Está inscrita en el mismo como señorita Diana Deering, de San Francisco. En la habitación siete seis siete.

—Buen trabajo, Paul —murmuró Mason.

—Un momento —continuó Drake—, aún no he terminado. Gasté otros billetes de cinco dólares con el botones y la telefonista. El equipaje de la joven lleva las iniciales D. D.

»Ahora bien, cuando una persona adopta un nombre falso, casi siempre utiliza su nombre propio y, si tiene las iniciales grabadas en sus maletas, escoge un apellido cuya inicial concuerde con aquéllas. Por tanto, Diana Deering podría muy bien ser una Diana X, de San Francisco.

Mason enarcó las cejas.

—Y así —prosiguió Paul Drake—, hice un pequeño trabajo de piernas. Descubrí que la chica telefona de vez en cuando a un hospital de San Francisco para preguntar respecto a un paciente, un tal Edgar Douglas.

»Edgar está empleado en la Compañía Escobar de Importaciones y Exportaciones, de San Francisco. Hace unos días sufrió un accidente de automóvil, tiene el cráneo fracturado y todavía está inconsciente.

»Bien, cogimos las iniciales de Diana D., y probamos el Douglas como apellido. Llamamos a la Compañía Escobar y preguntamos

por Edgar Douglas. Entonces, nos contaron lo relativo al choque, tras lo cual preguntamos por Diana Douglas.

»Así supimos que se trata de su hermana, empleada también en la Compañía, y que debido a estar muy trastornada por el accidente, pidió unos días de permiso para poder estar cerca de su hermano.

»Nos dieron la descripción. Concuerta. También descubrimos que no hay más miembros en la familia.

—¿Despertasteis algunas sospechas?

—En absoluto. Dijimos que éramos una compañía financiera que estaba comprobando el empleo de Edgar y su crédito; tratamos de que las preguntas sonaran lo más rutinariamente posible, con un tono de voz de pleno aburrimiento.

—¿Y qué más?

—Bien, continuamos investigando en San Francisco —le explicó Drake—. La Compañía Escobar no está alarmada, al parecer, pero han solicitado una inspección «de rutina» de sus libros. Lo cual lo descubrimos de manera accidental.

—¿Cuál es el diagnóstico del hermano?

—Probablemente se curará, aunque puede estar inconsciente aún dos semanas. El muchacho se iba de viaje... Bueno, tenía hecho el equipaje; iba a una estación de servicio para repostar el coche de gasolina y fue alcanzado por un auto que no respetó el semáforo rojo. El coche lo dejó inconsciente.

—¿No pudo ser por su culpa? —indagó Mason.

—En absoluto. No sólo el otro auto se cruzó con luz roja, sino que varios testigos declararon al efecto. Además, arrestaron al conductor. Estaba ebrio. La policía lo metió en la cárcel para que se serenase y lo han citado, acusado de conducir en estado de embriaguez.

Mason meditó varios segundos.

—¿Entonces, por qué diablos Diana ha abandonado a su hermano, tan enfermo, ha venido a Los Ángeles y ha insertado el anuncio en el periódico?

Drake se encogió de hombros antes de contestar.

—Si quieres, lo averiguaremos todo. Probablemente, hay un chantaje relacionado con su familia.

—¿No has dicho que no existe familia? —se extrañó Mason.

—Exacto. Los padres murieron. Diana y su hermano Edgar son los únicos supervivientes en la actualidad. Diana es soltera. Edgar también, pero corre el rumor de que piensa anunciar su compromiso con una rica heredera... aunque sólo se trata de un rumor.

—¿Edad?

—¿Diana?

—No, Edgar.

—Algo más de veintiuno.

—Más joven que Diana —reflexionó Mason.

—Un par de años.

—Por tanto, la joven se muestra maternal con él.

—De acuerdo —accedió Drake—. ¿Qué te parece echar una mano?

—¿A quién?

—A mí, y de paso, a ti. Si puedes contarme el asunto de Diana y por qué estás interesado en ella, tal vez pueda ahorrarte mucho dinero y molestias. Al menos, lo primero.

Mason meneó la cabeza.

—No puedo, Paul. Estoy atado por la ética profesional.

—¿Quieres que siga con el caso?

—Algún tiempo, sí.

—¿La hago seguir?

—Sí, quiero saber adónde va y a quién ve, pero con gran cautela porque no deseo que se dé cuenta en absoluto. Si se alarma y adopta medidas para no ser seguida, ello irá en contra de sus propios intereses, estoy seguro.

—Entonces, será mejor que le ponga una sombra casual —razonó Drake—, porque con una sombra fija, el sujeto acaba casi siempre por darse cuenta. Es muy difícil seguir constantemente a una persona sin que ésta lo averigüe tarde o temprano.

—Bien, hazla seguir casualmente.

—Claro está, si no hay límite en los gastos, podré poner al trabajo diversos agentes que...

—Paul, no dispongo de una cuenta ilimitada para los gastos, ni sé si es completamente imperativo saber adonde va esa chica ni lo que hace, pero me gustaría estar en contacto con ella, y me

disgustaría mucho, mucho, que se alarmase y tratara de esfumarse.

—Está bien —se conformó Drake—, veré que puedo hacer. La haré seguir furtivamente. ¿Cuándo quieres un informe?

—Cuando tengas algo que valga la pena.

Mason estrechó la mano de Paul Drake y se dirigió a su propia oficina.

Capítulo 5

El hotel Willatson era de tipo comercial, y operaba bajo la base de «vive y deja vivir». Por tanto, allí prestaban muy poca atención a la gente que atravesaba el vestíbulo y se dirigía directamente a los ascensores.

Perry Mason, no obstante, prefirió seguir el método de los extranjeros.

Se dirigió a la conserjería.

—¿Tienen inscrita aquí —le preguntó al conserje— una joven llamada Diana Deering?

—Un momento, por favor.

El conserje hojeó un libro.

—Sí, está en la habitación siete seis siete.

—¿Quiere anunciarme, por favor?

El conserje pareció asombrado.

—¿Qué nombre?

—Esa muchacha no conoce mi nombre. Se trata de una visita relacionada con una encuesta de la seguridad social. Dígale que está aquí una persona conectada con treinta y seis, guión, veinticuatro, guión, treinta y seis.

—Muy bien —asintió el conserje.

Cogió el receptor y llamó a la habitación 767.

—Ha llegado un caballero que desea verla, señorita, en relación con una encuesta, y me ha dado un número. Creo que es un número de la seguridad social... ¿Cómo...? Muy bien, así se lo comunicaré.

Sin soltar el aparato, volvióse hacia Mason.

—Dice que no tiene ningún problema con la seguridad social. Tendrá usted que darme su nombre o...

—Usted no le dio el número —gritó Mason, muy cerca del

teléfono—: ¡treinta y seis, veinticuatro, treinta y seis!

De pronto, se oyeron unos ruiditos en el receptor.

—De acuerdo —gruñó el conserje poco después—. Esa joven quiere verle. Oyó el número por teléfono. Ya puede subir.

El conserje colgó el aparato y volvió a ocuparse del reparto de la correspondencia en los casilleros, con su indiferencia habitual.

Mason tomó el ascensor hasta el séptimo piso y llamó con los nudillos a la puerta de la habitación 767.

La joven que estuviera en su oficina dos días antes abrió cautelosamente, y al momento retrocedió asombrada.

—¡Dios Santo! ¡Usted!

—¿Por qué no? —sonrió Mason.

—¿Cómo... cómo ha sabido dónde estaba? ¿Cómo ha averiguado quién soy...?

Mason penetró en el cuarto, en tanto ella retrocedía, cerró la puerta, fue hacia una butaca y se instaló en ella.

—Ahora hablemos con un poco de sentido común, para cambiar —dijo—. ¿Se llama usted Diana?

—Sí.

—¿Diana qué?

—Diana Deering.

—Bien, pruebe otra vez y procure que suene mejor.

—Éste es mi nombre, señor Mason. Puede preguntarlo en recepción si no me cree. Yo...

—Sí, éste es el nombre con que se inscribió usted —la interrumpió Mason—. Pero no es su nombre. ¿Qué le parece Diana Douglas, de San Francisco? ¿No le suena mucho mejor?

Por un instante, las pupilas de Diana mostraron cierto estupor, y después se ruborizó.

—Le contraté como abogado —murmuró fríamente—. Para que me ayudara, no para que empezara a averiguar cosas de mi pasado, ni para que colaborase con...

De pronto calló.

—¿... con la policía? —terminó Mason.

—No, con la policía no. Gracias a Dios, no he hecho nada que viole la ley.

—¿Está segura?

—Claro que lo estoy.

—Oiga —replicó Mason—, yo soy abogado. La gente acude a mí cuando se halla en apuros. Y yo he de ayudarles. Usted me visitó y logró tocarme en el punto flaco. Y, por mi parte, no la ayudé mucho... ni bien. Lo siento. Por esto decidí que era mejor encontrarla antes de que fuese tarde.

—Está equivocado, señor Mason. No estoy en ningún apuro. Sólo trato de... de proteger a un amigo.

—Está usted en un lío —objetó Mason—. ¿Saben lo de la Compañía Escobar que está usted aquí?

—No lo sé... Saben que tengo permiso para ocuparme de asuntos personales.

Mason alargó una mano y se apoderó de la cartera negra que ella mantenía sobre las rodillas.

—¡Deje eso! —chilló Diana, cogiendo con ambas manos el brazo del abogado.

Mason no soltó la cartera.

—¿Llena de dinero? —preguntó.

—¡Eso no es asunto suyo! Voy a despedirle inmediatamente. Yo quería un abogado que me protegiese. Y usted es peor que la policía. ¡Suelte esta cartera! ¡Ya no es mi abogado!

—¿De dónde sacó el dinero que guarda en esa cartera?

—¡No es asunto suyo!

—¿No lo desfalcó de la compañía donde trabajaba? —insistió el abogado.

—¡No, en absoluto!

—¿Está segura?

—¡Claro que estoy segura!

Mason sacudió la cabeza.

—¿Le extrañaría saber que la Compañía Escobar llamó a un interventor para que inspeccionara sus libros?

El semblante de la muchacha demostró sorpresa y luego consternación. Su presa sobre el brazo de Mason se aflojó levemente.

—¿Por qué... por qué...? ¡Oh, Dios mío, no pueden...!

—Estos son los informes que tengo —prosiguió Mason—. Bien, supongamos que charlamos ahora un poco y que usted me cuenta la

verdad, para variar. ¿Cuáles son sus relaciones con la Compañía Escobar? ¿Qué hace allí?

—Soy cajera y contable de la empresa. Estoy a cargo de los cambios y los pagos extranjeros. Yo... ¡Oh, señor Mason, debe tratarse de un error!

—Examinemos los hechos básicos —propuso Mason—. Usted vino a mi oficina. Traía una cartera llena de dinero. Usted...

—¿Cómo se enteró del contenido de la cartera?

—Mi recepcionista tuvo ocasión de atisbar en su interior —confesó el abogado—. Vio la cartera repleta de billetes.

—Oh... —exclamó ella, volviendo a guardar silencio.

—Usted puso un anuncio en el periódico indicando que estaba dispuesta a pagarle a un extorsionista. Y entonces, yo sumo dos y dos. Usted adopta un nombre supuesto. Viene a Los Angeles. Pone un anuncio en el diario. Tiene, o desea tener, tratos con un chantajista. Lleva consigo una gran suma de dinero en forma de billetes. La Compañía donde usted trabaja cree evidente que falta dinero de su caja. Y llama a un interventor.

Diana estaba callada. Por la ventana abierta llegaban hasta ambos los ruidos del tráfico.

—¿Bien? —murmuró Mason tras una pausa.

—Es absolutamente fantástico —manifestó ella, apartando sus manos del brazo de Mason—. En todo esto... no puedo hacer nada.

—Yo trato de ayudarla —recordóle el abogado—. Pero usted lo ha puesto todo más difícil. Tal vez si tratara de decirme la verdad podría ayudarla en lugar de dar vueltas en círculo como un tonto, tratando de cortarle el paso. Vamos, ¿desfalcó ese dinero?

—¡No, caramba!

—¿Cuánto dinero en billetes tiene en esa cartera?

—Cinco mil dólares.

—¿Dónde los consiguió?

Diana permaneció callada unos momentos.

—Voy a contarle toda la verdad —musitó al fin.

Mason se repantigó en la butaca.

—Ya es un poco tarde, tal vez, y no sé el tiempo que nos queda... pero adelante.

—Todo ocurrió —empezó ella— cuando mi hermano quedó

malherido en un accidente de automóvil. Le llevaron al hospital y yo fui a su apartamento a recoger algunas cosas para él, los chismes de afeitar y otros artículos y prendas que pensé necesitaría en el hospital. Allí encontré sus maletas hechas y una carta encabezada sólo como *querido fugitivo*. La carta afirmaba que su autor estaba harto de esperar, y que o bien recibía ya cinco mil dólares el martes por la noche o tendría que adoptar algunas medidas especiales.

—¿Cómo estaba escrita la carta?

—A máquina. Incluso la firma.

—¿La firma era 36-24-36?

—Exacto.

—¿Y el matasellos?

—De Los Ángeles.

—Entonces, ¿qué hizo usted?

—Señor Mason, mi hermano estaba inconsciente en el hospital. No podía molestarle ni hablar con él. Entonces, puse el anuncio en el periódico, tal como instruía la carta, y vine aquí.

—¿Y el dinero?

—Mi hermano lo tenía guardado en una cartera, en su apartamento. Estaba, por lo visto, a punto de marcharse. Al parecer, pensaba hacerlo en coche. Tenía preparada la cartera con el dinero, una maleta y un maletín.

—¿Y de dónde sacó él el dinero?

—Señor Mason... no lo sé.

—Su hermano trabaja en la misma Compañía que usted, ¿verdad?

—Sí.

—¿Pudo defalcar ese dinero de la empresa?

—Señor Mason, en primer lugar, mi hermano jamás cometería un acto criminal. En segundo, no tenía acceso al dinero. Los billetes se guardan en una caja de seguridad. Y sólo los jefes conocen la combinación.

—¿Y usted?

—También, ya que mi labor consiste en anotar las entradas y salidas, no cada día, sino dos veces al mes, en que efectúo los distintos balances.

—Hábleme un poco más de Edgar —pidió el abogado.

—Es joven. Un año y medio menor que yo. Él... Bueno, nuestros padres fallecieron en un accidente de circulación hace cinco años. Y yo he tratado de ayudar a Edgar en todo lo que he podido. Es un chico muy sensible que...

—Y los dos trabajan para la Compañía Escobar de Importaciones y exportaciones. ¿Quién entró allí primero?

—Yo.

—¿En qué se ocupa exactamente la empresa?

—En exportaciones e importaciones, tal como indica su nombre.

—¿Qué clase de empresa?

—¿Cómo?

—Si es grande, pequeña, regular...

—Bueno, la dirige un solo hombre.

—¿Quién es el gran jefe?

—El señor Gage... Franklin H. Gage.

—¿Cuántos empleados?

—Unos diez o quince en conjunto. Cinco trabajan todo el día, en la oficina, y además hay un interventor y un inspector de impuestos.

—¿Hay otros que trabajan fuera de la oficina?

—Sí, los compradores y buscadores.

—Empleados también.

—En cierto sentido, sí.

—¿Qué edad tiene Franklin Gage?

—Unos cuarenta años. Tal vez cuarenta y cinco.

—¿Él dirige la Compañía?

—Sí. Es el verdadero jefe.

—¿Quién le sigue en mando?

—Homer.

—¿Homer Gage?

—Sí.

—¿Su hijo?

—Su sobrino.

Mason entornó los párpados pensativamente.

—¿Cuánto tiempo después que usted empezó su hermano a trabajar para la empresa Escobar?

—Unos seis meses más tarde.

—¿Y qué hacía durante esos seis meses?

—Nada. Fue despedido de donde trabajaba. Se vio envuelto en una intriga de la oficina y... Bueno, es una historia demasiado larga y complicada.

—¿Quién le mantenía?

—Yo.

—Durante los seis meses, y luego usted misma le buscó empleo en la empresa de Franklin Gage... ¿Quién lo empleó, éste... o Homer?

—Franklin.

Mason contempló astutamente a Diana.

—¿No habló usted con Homer del asunto?

—Hablé sólo con el señor Gage. Con Franklin Gage.

—¿En la oficina?

—No. Una noche me quedé trabajando hasta muy tarde y el señor Franklin Gage observó que había perdido mi cena por el trabajo, y me dijo que la Compañía me pagaba la cena.

—Y entonces, en la intimidad de aquella cena usted tuvo ocasión de hablarle de su hermano y rogarle un empleo para él.

—En efecto. Sólo que usted lo deja entrever de un modo... muy calculado.

Mason hizo un gesto con la mano para borrar aquella observación.

—¿Cómo reaccionó Homer?

—No le pedí nada a Homer.

—No le he preguntado esto —arguyó Mason—. Quiero saber cómo reaccionó.

—Bueno... creo que Homer pensó que no necesitaba a Edgar por aquel entonces.

—¿Cuáles eran las obligaciones de su hermano? ¿Qué hacía en la Compañía?

—Era... es un enlace.

—Bien —prosiguió Mason—, Edgar estuvo seis meses sin trabajo y usted lo mantuvo.

—Lo he estado ayudando siempre. Estaba empleado en una Compañía de seguros y...

—¿De dónde sacó —la interrumpió el abogado— los cinco mil

dólares?

—No... no lo sé.

—¿Se los dio usted?

—No.

—¿Tiene usted cinco mil dólares?

—Pues... sí.

—¿Algo más?

—Un poco más, sí.

—¿Dónde?

—En una caja de ahorros.

Mason hizo un inventario mental de la situación.

—¿Cuál es la actitud de Homer Gage hacia usted? —le preguntó luego con brusquedad.

—Amistosa.

—¿Muy amistosa? —insistió Mason.

—Creo que le gustaría ser buen amigo mío.

—¿Casado o soltero?

—Casado.

—¿Conoce a su esposa?

—No, formalmente. Estuvo, en la oficina un par de veces para negociar unos cheques o algo por el estilo. Es muy bonita... muy moderna. Aunque dicen que es una... zorra.

—¿La engaña su marido?

—Lo ignoro. Aunque creo que no es muy feliz en su vida conyugal.

—¿Mira a las demás chicas de la oficina? Indudablemente, usted habrá hablado de él con sus compañeras... ¿Las retiene después de las horas de trabajo?

—No lo sé. Tal vez... Bueno..., no, no lo sé.

—¿Engaña a su esposa?

—Repito que lo ignoro.

—¿La engaña?

—De acuerdo; si insiste le diré que yo creo que sí, pero no podría jurarlo.

—¿La ha obligado Homer a quedarse en la oficina después de las horas de trabajo alguna vez?

La joven vaciló.

—Sí —confesó en voz baja, añadiendo rápidamente—: Ese negocio es muy... muy poco convencional. Es un asunto complicado de compra y venta al por mayor, y frecuentemente los tratos se efectúan sobre la base de dinero contante.

»Esto es especialmente cierto en relación con los artículos orientales. Hemos de poseer un certificado de origen de los productos procedentes, por ejemplo, de Hong-Kong, y... a veces hay que llevar los asuntos con gran diplomacia.

—¿Y usted trabaja a veces hasta muy tarde?

—Sí.

—¿A causa de Homer?

—Sí.

—¿Y la ha llevado a cenar?

—Dos veces.

—¿Le ha hecho alguna... proposición...? ¿Alguna insinuación?

—¿A qué se refiere, señor Mason?

—Ya sabe a qué me refiero.

—Si quiere decir si Homer se ha propasado conmigo, la respuesta es «no», pero todos los hombres se insinúan, señor Mason. Aprovechan cualquier ocasión. La miran a una, la detallan... Hacen una observación casual de doble sentido. Cuentan una historieta un poco verde... Están dispuestos a aprovechar la menor oportunidad. Señor Mason, no he de decirle cómo son los hombres. Siempre se muestran agresivos con las mujeres, y cuando creen que el momento es propicio deciden atacar.

—¿Se comportó así Homer Gage?

—Aproximadamente. Pero no atacó abiertamente, ni se hubiera atrevido a hacerme una proposición que yo pudiera rechazar, y que su tío pudiera llegar a conocer.

—¿Le gusta usted al tío?

—Sí.

—¿Casado o soltero?

—Viudo.

—¿Qué hay de él? ¿También pertenece al género masculino de agresividad?

—No, no, señor Mason. El señor Franklin Gage es todo un caballero. Es cortés y considerado y... Bueno, es un hombre maduro

y su actitud es...

—¿Paternal? —aventuró Mason.

Diana vaciló.

—No exactamente paternal. Más bien como un tío o un pariente lejano.

—¿Le gusta usted?

—S... sí.

—¿Mucho?

—S... sí. Verá, señor Mason, yo cumplo bien con mi trabajo, y he tratado de mejorar mi departamento en la oficina. Y el señor Gage, el señor Franklin Gage lo sabe y lo aprecia. En cierto sentido es muy amable... con todas las demás chicas que trabajan en la oficina.

—¿Cuántas son, aparte de usted?

—Tres.

—¿Nombres?

—Helen Albert, taquígrafa; Joyce Baffin, secretaria-taquígrafa, aunque sus obligaciones son más bien de secretaria solamente, para Homer Gage; y Ellen Candler, encargada de la correspondencia y el archivo.

—Supongamos que una persona quiere desfalcar a la Compañía —expresó Mason—. ¿Le resultaría fácil?

—Muy fácil... Demasiado fácil para quien tuviera la combinación de la caja fuerte. La Compañía guarda siempre grandes sumas de dinero a mano. Ocasionalmente, es necesario realizar una compra con dinero al contado y sin garantía de ninguna clase.

—¿Soborno?

—No creo.

—¿Contrabando?

—Tampoco.

—¿Cómo lleva usted los libros en estas circunstancias?

—Bueno, existe cierta regularidad con el dinero, por lo que no es difícil cuadrar los libros, pero a veces se producen algunas transacciones que... son un poco difíciles de rastrear.

—De modo que su hermano pudo apoderarse fácilmente de los cinco mil dólares para venir a Los Ángeles y pagar a un chantajista.

—Señor Mason, repito que Edgar jamás obraría de este modo, y

aunque queriendo no habría podido. No conoce la combinación de la caja.

—¿Quiénes la conocen?

—Franklin Gage, Homer Gage, Stewart Garland, el inspector de impuestos y yo.

—¿Halló usted los cinco mil dólares en billetes en el apartamento de Edgar?

—Sí, se lo he dicho dos o tres veces. Es la verdad, toda la verdad.

—¿Y usted sabía que Edgar no había podido nunca ahorrar tanto dinero con el sueldo que ganaba, desde que empezó a trabajar?

—Pues... sí.

—¿De dónde cree que lo obtuvo?

—Mi hermano... —vaciló ella—, tiene amigos. Es un chico muy simpático, magnético casi, y creo que todos sus amigos le ayudarían gustosos en una situación de esta clase. Bueno, esto es lo que yo pienso.

—Está bien, Diana, se halla usted en un lío —declaró el abogado—. Ha venido a Los Ángeles con un nombre supuesto. Tiene cinco mil dólares en billetes, y quiere entrar en tratos con un chantajista. ¿Y si las cuentas de la Compañía Escobar arrojan un déficit por la misma cantidad?

La joven llevóse una mano a la garganta.

—¿Se da usted cuenta? —exclamó Mason—. Sólo puede hacer una cosa. Coger el avión para San Francisco. Y dirigirse a la oficina mañana por la mañana.

—Pero...

—Haga exactamente lo que le digo. Si el interventor ha encontrado el déficit de cinco mil dólares, usted se echará a reír y dirá: «¡Oh!, no, el dinero está aquí». Cuéntele al interventor que su hermano estaba tratando de solucionar una compra para la Compañía en el momento del accidente; que usted sacó los cinco mil dólares de la caja para financiar el negocio; que Edgar le pidió que no anotase la operación hasta haber podido discutir todos los detalles con Franklin Gage; que pensaba que era una buena inversión para la Compañía, y que usted estaba al corriente de todo, incluso que los cinco mil dólares pertenecían a la empresa, puesto

que los había retirado usted.

Mason hizo una breve pausa.

—Esta tarde vaya a un banco de aquí, deposite los cinco mil dólares y que el cajero le entregue un cheque pagadero a usted, como depositaría. Tan pronto su hermano recobre el conocimiento, trate de verle antes que nadie... Asegúrese de esto. Como hermana, no podrán negarle el permiso.

El abogado calló unos instantes y, mirando fijamente a Diana, añadió:

—Luego, use su propio juicio.

—Pero, señor Mason, esto será un fracaso. El asunto no admite dilaciones. Ese chantajista, o lo que sea, en la carta que le envió a mi hermano se mostraba muy apremiante, imperioso, exigente.

—¿Qué hizo con la carta?

—La quemé.

—En el periódico hubo un anuncio para que usted se pudiese en contacto con un pasajero que estaba dentro de un taxi y...

—Cielos, ¿cómo lo sabe? —se admiró Diana.

—Siempre leo los anuncios personales —mintió Mason—. ¿Por qué no se puso en contacto con el tipo del taxi?

—Porque no me gustó el aspecto del asunto. En el coche iban dos pasajeros, un hombre y una mujer. Era de noche, y no obstante ambos llevaban gafas oscuras. Pensé que se trataba de una trampa y... bueno, decidí no caer en ella. Cuando entre en contacto con el chantajista ha de ser absolutamente sin testigos.

—Entiendo —asintió Mason, reflexionando. De pronto, fue hacia el teléfono, pidió línea con el exterior y marcó el número de Paul Drake.

—Paul —ordenó—, quiero una agente femenina... rubia, de veintidós, veintitrés o veinticuatro años, con buen tipo... para que venga al hotel Willatson y se instale en la habitación siete seis siete.

Aguardó un instante para escuchar la respuesta del detective.

—Sí, Paul. Que no lleve nada más que un bolso de mano. Puede comprar algunas cosas y hacer que se las envíen al hotel. Adoptará el nombre de Diana Deering, que es el nombre de la actual ocupante de la habitación.

—Lo sé.

—Pasará por Diana Deering y se dejará ver de los botones y el resto del personal del hotel. Para ello, puede hacer diversas preguntas... como, por ejemplo, cuánto le costaría alquilar una habitación un mes... y si alguna vez fallan los ascensores. Lo que sea para atraer hacia ella la atención como Diana Deering. Y deja de seguir a la verdadera Diana.

—Tengo una chica —repuso Drake— que concuerda con la descripción que me has dado. Precisamente, ahora está en mi oficina, Perry. Es Stella Grimes. Ya ha trabajado en algunos de tus casos, aunque no sé si la conoces personalmente. Lo malo es que es un poco mayor.

—¿Mucho?

—Vamos, vamos... ya estás indagando.

—¿Puede pasar por la edad de Diana?

—Creo que sí.

—Envíala aquí —ordenó Mason.

—¿Y yo qué hago? —preguntó Diana al abogado.

—Usted irá a depositar ese dinero y a obtener el cheque y luego regresará a San Francisco.

—¿Y mi equipaje?

—Tendrá que esperar a recibirlo.

—¿Cómo lo sacaré del hotel? Si ven a los huéspedes salir con maletas, los dan de baja.

—Seguro, pero ya lo arreglaremos —dijo Mason.

—¿Cómo?

—Alquilaré una habitación. A ser posible en este mismo piso. Y trasladaremos su maleta a mi cuarto. Luego, dejaré el hotel, llevándome la maleta conmigo, y pagaré la cuenta de mi habitación. De este modo, no podrán saber que una de mis maletas pertenece en realidad a la habitación siete seis siete.

—¿Y la chica que pasará por mí?

—Tratará con el chantajista.

—Pero si yo meto el dinero en el banco... ¿con qué le pagará a ese hombre... o a esa mujer?

—No le pagará —objetó Mason—. Pagar a los chantajistas va contra los reglamentos de mi oficina.

—¿Qué hará usted? ¿Cómo podrá evitar el pago?

—No lo sé —confesó Mason—. Actuaré sobre el terreno. ¡Ojalá su hermano recobre pronto el conocimiento para poder enterarnos de todo este asunto! Bien, prepare la maleta.

Había lágrimas en los ojos de la muchacha.

—Edgar es un chico maravilloso, señor Mason.

—No se apure, Diana —la consoló Mason. Luego, añadió con una transición en el tono de voz—: Bajaré a comprar una maleta. La llenaré de papeles viejos, volveré y me inscribiré en el hotel, a ser posible en este séptimo piso. Quiero que usted no se mueva de aquí. Prométame que no se irá hasta que yo vuelva.

—Se lo prometo.

—Y no conteste al teléfono.

—Yo... De acuerdo, si usted lo manda.

—Se lo mando —afirmó Mason.

El abogado se dirigió a la puerta, dio media vuelta y sonrió.

—Todo saldrá bien, Diana —dijo.

La joven parpadeó como deslumbrada.

—Es usted estupendo —murmuró—. Ojalá se lo hubiese contado todo cuando estuve en su oficina.

—Repítalo otra vez. Hubiese podido librarse, al menos, de ese molesto interventor. En realidad, ahora está usted atrapada.

—¿Qué quiere decir?

—Imagínese —repuso Mason—. Hemos empezado un poco tarde. Usted vino a Los Ángeles, se inscribió en este hotel con un nombre supuesto. Tiene una cartera que contiene cinco mil dólares en dinero contante y sonante. Y si la Compañía donde usted trabaja echa en falta cinco mil dólares de la caja, y si su hermano falleciese, y usted fuese arrestada antes de obtener ese cheque... Bien, imagínese el resto.

Mason salió dejando a Diana Douglas con la boca abierta. Cerró la puerta muy gentilmente a sus espaldas.

Capítulo 6

El abogado tomó el ascensor hasta el vestíbulo, se dirigió a una tienda de artículos de viaje de la misma calle, eligió una maleta y finalmente fue hacia una tienda de libros de lance.

—Busco unos libros que traten de la historia de California y, en particular, del descubrimiento del oro —explicó.

El empleado le condujo a una estantería.

—¿Tiene libros de bolsillo? —preguntó Mason.

—Oh, sí, en gran cantidad.

—Pues bien, quisiera algunos de lectura fácil. Yo mismo los escogeré.

Diez minutos más tarde, Mason estaba ya delante del mostrador con varios libros en los brazos.

El cajero fue revisando los precios anotados en las contraportadas, y le dio a Mason la cifra total: veintisiete dólares con ochenta y cinco centavos.

—De acuerdo —asintió el abogado—. Yo... ¿no podría meterlos en la maleta?

El dependiente, fijándose entonces en la maleta, la cogió, vio que estaba vacía y sonrió.

—Naturalmente, no hay ningún inconveniente por mi parte. La maleta es suya.

Mason colocó los libros en la maleta, pagó la cuenta y regresó al hotel Willatson.

—Probablemente me quedaré esta noche —le explicó al recepcionista—. Quisiera una habitación un poco más arriba del quinto piso. No me gusta el ruido del tráfico.

—Puedo darle una habitación del piso undécimo —accedió el recepcionista—, si sólo tiene que pasar aquí una noche, señor...

—Mason —se presentó Perry—. Preferiría un poco más abajo del undécimo. ¿En el octavo?

—Está todo ocupado.

—¿El séptimo?

—Hay una sola habitación libre, la siete ocho nueve. Es un poco mayor que las otras y un poco más cara...

—No importa —asintió Mason—. Me la quedo. Con toda seguridad, sólo estaré una noche.

Perry Mason se inscribió, le entregó un dólar al botones que cogió su maleta y le acompañó a la habitación, y aguardó a que el jovencito se marchara; luego se metió la llave del cuarto en el bolsillo y se dirigió a la habitación 767.

Golpeó nuevamente con los nudillos la puerta.

Abrió Diana Douglas.

—Señor Mason, he reflexionado en todo lo que usted me dijo. Creo... creo que estoy en una situación terrible.

—Todo irá bien —volvió a tranquilizarla el abogado—. Yo me encargaré de todo.

—Necesitará usted más dinero del que le entregué.

—Por desgracia —expuso Mason—, gasté bastante tratando de comprobar sus andanzas y las mentiras que me dijo. Y ahora...

El abogado se interrumpió al oír una llamada a la puerta.

Diana Douglas, sorprendida, enarcó las cejas en muda interrogación.

Mason cruzó el cuarto y abrió la puerta, viendo en el umbral a una joven rubia, de ojos azules, y cuyo aspecto irradiaba competencia y capacidad para cuidar de sí en cualquier circunstancia.

La joven le sonrió seductoramente.

—Le conozco, señor Mason, aunque usted probablemente no me conozca a mí. Soy Stella Grimes.

—Pase, Stella.

El abogado cerró la puerta.

—Stella, le presento a Diana Douglas. Se inscribió aquí como Diana Deering, y usted pasará por ella.

—¿Quién soy yo? —quiso saber Stella—. ¿Diana Deering o Diana Douglas? Ah, ¿qué tal, Diana? Encantada de conocerla.

—Para el personal del hotel, usted es Diana Deering —repuso Masón—. Tiene que leer un anuncio que apareció en el periódico.

Mason le entregó el diario por la página del anuncio que Diana había insertado, con la firma «36-24-36».

—Entiendo, señor Mason —asintió Stella, tras leer el anuncio atentamente. Luego, miró a Diana y a Perry Mason y añadió—: ¿Qué he de hacer, exactamente?

—Pasar por Diana Deering —le informó el abogado—. Sentarse aquí, esperar los acontecimientos y hacer un reportaje.

—¿De qué?

—De todo.

—¿Puede darme alguna indicación de lo que puede ocurrir? —preguntó la joven—. Creo que estoy aquí para efectuar un pago en dinero. ¿Y si viene alguien pidiendo esa cantidad?

—Ponga algún obstáculo.

La joven asintió, sacó una tarjeta del bolso y escribió algo en ella.

—Probablemente, querrá usted una de mis tarjetas, señor Mason —dijo.

El abogado tomó la tarjeta. Al dorso, Stella había garabateado:

«La he visto antes. Yo era la agente que acompañó a Paul Drake en el taxi anoche».

Mason se metió la cartulina en el bolsillo.

—Perfectamente —asintió—. La llamaré por su nombre si me veo obligado a ello, pero mientras tanto deseo que haga observar al conserje y al recepcionista que si alguien pregunta por usted, dando como contraseña la cifra treinta y seis, veinticuatro y treinta y seis, la llamen por teléfono. ¿Cree que podrá inventar una buena historia?

—Lo intentaré.

—¿Qué ha traído como equipaje?

—Sólo este bolso. Me dijeron que no llamara la atención al entrar al hotel.

—Puede comprar lo que necesite en un almacén que hay por aquí cerca y hacer que se lo envíen todo —le comunicó Mason.

—¿Cuánto tiempo tendré que estar aquí?

—Tal vez sólo un día... o dos o tres. Siéntese y póngase cómoda.

Como si estuviera en su casa. Yo no tardaré en volver.

Mason volvióse hacia Diana.

—Me llevaré su maleta a mi habitación, la siete, ocho, nueve. Más tarde, me marcharé con ella y se la mandaré a San Francisco. Mientras tanto, coja esta llave, vaya a la habitación que le he dicho, la siete, ocho, nueve y espéreme. Llévase la cartera y el bolso. Yo estaré allí dentro de unos minutos. Quédese en aquel cuarto hasta que se disponga a llevar el dinero al banco y a marcharse al aeropuerto. Y no regrese a esta habitación bajo ningún pretexto ni trate de dejar la mía hasta que yo le dé el paso libre.

—¿No sabe el tiempo que tendré que estar allí encerrada? —preguntó Diana.

—Hasta que yo piense que no hay moros en la costa.

—¿Y si los bancos cierran antes de que usted me dé la señal de salida?

—Entonces, tendrá que guardar el dinero encima hasta que llegue a San Francisco. Consiga allí el cheque, pero no entre mañana en la oficina hasta que lo tenga. Cuando mañana se abra la Compañía Escobar, yo estaré junto a usted para ayudarla. Dejaremos listos todos los detalles antes de que usted salga de mi habitación. Entretanto, no la quiero aquí para nada.

La joven asintió.

—Necesito coger un par de cosas del cuarto de baño.

—Será mejor que me lo explique todo con más detalle —pidióle Stella Grimes al abogado, después de volver a leer el anuncio—. ¿Qué sucederá si alguien me llama por ese número y quiere verme para que le entregue el dinero?

—Ponga algún inconveniente y avise a Paul —repuso Mason.

—¿Y si no me da tiempo?

—Invéntelo.

—¿No debo saber de qué se trata?

—No puedo aclararle nada más.

—¿Soy yo la extorsionada? —aún quiso saber Stella.

—No, usted es una amiga, un ángel que pone el dinero, pero antes de entregarlo quiere estar absolutamente segura de que servirá de algo. Usted es una joven acaudalada, pero dura, muy dura, y obstinada, que monta fácilmente en cólera. En fin, ya

conoce el tipo. ¿Tiene pistola?

Por toda respuesta, la joven se metió una mano en el escote de la blusa y exhibió un revólver de fiero aspecto.

—Llevo mi sostén de trabajo —explicó con sencillez, en el momento en que Diana salía del cuarto de baño, con las manos llenas de artículos de tocador.

—No está mal —concedió Mason—. Espero que no tendrá que usarlo, pero me alegro de que lo tenga. No sabemos con quién estamos tratando.

—¿Hubo... otros pagos?

—No lo sé. Éste de ahora —añadió Perry Mason— es de cinco de los grandes. Existen posibilidades de que hubiera otro mayor anteriormente y que éste sea... Bueno, ya conoce la historia. El tipo no quiere ser un extorsionista. Desea empezar una nueva vida. Hace unos meses sólo quería mil dólares, por ejemplo, pero no ha sido bastante. Si consiguiera cinco mil, se compraría una pequeña granja en el campo, se olvidaría de todo lo pasado y empezaría un nuevo capítulo de su existencia.

Mason sonrió ante sus propias palabras.

—En tal caso, le dice al extorsionado que nunca más volverá a molestarle... En fin, como dije, ya conoce la historia.

—La conozco —sonrió la agente Stella—. La he oído otras veces. Mason cogió la maleta de Diana.

—Vámonos a la habitación siete, ocho, nueve. Coja la cartera negra. Y siga todas mis instrucciones.

—¿Le veré en San Francisco?

—Exacto. Allí me pondré en contacto con usted. Anote en mi agenda su dirección y el número de teléfono. ¡Pero no se mueva ahora de mi habitación hasta que yo se lo indique!

El abogado le entregó su agenda. Diana la cogió y anotó cuidadosa y claramente sus señas. Luego, tomó la cartera negra de manos de Stella y le espetó sonriendo:

—Gracias, hermanita. Tenga cuidado y no se olvide de la pistola. A continuación, volvióse hacia Perry Mason.

—Tiene usted razón. Es mejor confiar en usted. Deje que yo lleve la maleta. Y le esperaré en la siete, ocho, nueve.

Impulsivamente, le besó en la mejilla, cogió la maleta, la cartera

negra y el bolso, fue rápidamente hacia la puerta, la abrió y desapareció.

Mason dejóse caer en una butaca y le indicó a Stella que le imitase.

—Stella, me estoy moviendo a oscuras. El chantajista supone que el pago lo efectuará un hombre. Usted tendrá que representar el papel de ángel protector, probablemente emparentado con la víctima extorsionada. Pero tiene que mostrarse escéptica, malhumorada y...

El abogado se interrumpió al oír una llamada a la puerta.

—Puede ser él —susurró—. Caramba, espero que Diana esté ya fuera del paso en la habitación siete, ocho, nueve.

Se repitió la llamada a la puerta.

Perry Mason fue a abrir.

—¿Quién es usted? —preguntó.

El individuo que se hallaba en el umbral era bajo, y de unos treinta años. Llevaba el cabello negro, con raya en medio y rizado desde la frente hasta las sienes. Usaba gafas negras y sus pantalones de color marrón y la chaqueta de cheviot estaban bien planchados. Su camisa era de color crema oscuro y la costosa corbata era un adorno muy oportuno en su conjunto.

—¿Qué tal? —saludó—. Vengo en respuesta a un anuncio de un periódico... —calló al divisar a Stella Grimes.

—De acuerdo —asintió Mason—. Entre.

El recién llegado vaciló, y luego alargó una mano bien manicurada, con las uñas muy brillantes y limpias, y la piel suave y bien atendida.

—Cassel —se presentó sonriendo—. *C a s s e l*—deletreó—. No esperaba verle en persona, señor...

Mason estrechó la mano de Cassel con la derecha, al tiempo que levantaba la izquierda.

—Nada de nombres, por favor.

—Está bien, nada de nombres —accedió Cassel.

Miró a Stella con ojos apreciativos, lo mismo que un ganadero examinaría un novillo interesante. En su frente se inició un fruncimiento de intriga, que pronto dio lugar a una sonrisa de comprensión.

—Bien, creo que no habrá presentaciones —dijo Mason con estudiada brusquedad.

—A su gusto —asintió Cassel—. No obstante, no hay que confiar en que nuestra representación sea a gusto del público. Confieso —hizo un amplio ademán—, que un escenario es algo que me asusta, me intimida. En un teatro sería incapaz de recordar ni una sola línea de mi papel.

—Tal vez le gustaría —insinuó Stella— que yo entrara en el baño y cerrase la puerta.

—No, no, no —declaró Cassel—. Por favor, quédese. Estoy consciente de mis actos.

Mason se echó a reír.

—Stella, el señor Cassel y yo tenemos que discutir de asuntos privados. Siento que tú y yo no podamos seguir conversando de lo nuestro, pero ya nos reuniremos más tarde. Estas interrupciones, en un momento tan interesante, me disgustan tanto como a ti, pero así es la vida... El señor Cassel y yo hablaremos de negocios, y como no sé cuándo terminaremos, ya te llamaré cuando esté libre. De todos modos, no aguardes mi llamada. Límitate *a seguir* tus impulsos.

La joven miró a Mason pensativamente durante unos segundos.

—Entiendo, amor mío —afirmó. Volviéndose hacia Cassel—. Adiós, señor.

Se dirigió con indolencia hacia Perry Mason, le besó afectuosamente en una mejilla y salió de la estancia.

—¡Guapa chica! —suspiró Cassel, guiñándole un ojo a Mason.

Mason se encogió de hombros.

—Oh, me gusta.

—¿Hace mucho que la conoce?

—No, no mucho —replicó Mason.

—Supongo... que no me la cederá.

—Yo nunca cedo nada —objetó el abogado.

—Lo suponía.

Se produjo un breve silencio.

—Bien —suspiró Cassel—, dejémonos de andar por las ramas y hablemos de negocios. ¿Lo ha traído?

—¿El qué?

—Oiga, no se haga el tonto —se irritó Cassel—. No creo que

intente usted salir por la tangente, pero... ¡Bueno, deje que le eche una ojeada al cuarto! No me gustaría que...

Acto seguido, abrió la puerta del cuarto de baño, entró, tanteó todas las paredes, regresó al dormitorio, hizo lo mismo, y movió un par de cuadros en busca de micrófonos ocultos.

—No sea necio —le espetó Mason.

Cassel mostraba unas pupilas muy suspicaces.

—No me gusta la forma como se presenta el asunto —afirmó.

—¿Por qué?

—Usted quiere que yo haga una declaración —repuso Cassel—. Y no haré ninguna. Estoy aquí. Usted también. A usted le toca efectuar el primer movimiento.

—El que tiene ciertas sospechas soy yo —objetó Mason.

—Por culpa de otros asuntos, he tenido que ausentarme de la ciudad —rezongó Cassel—. Pero he venido tan pronto como he podido... A propósito, en un periódico de la tarde había un anuncio. ¿Sabe algo de esto?

—Lo bastante para saber que perdí mucho tiempo dándoles a los ocupantes de un taxi la oportunidad de estafarme —replicó Mason.

—¿Y no recibió ninguna señal?

—No.

Cassel meneó la cabeza.

—Esto no me gusta, no me gusta en absoluto. Significa que hay una tercera persona interesada en nuestro... trato.

—A usted no le gusta... —se burló Mason—. ¿Y a mí, qué? ¿Qué diablos quiere usted hacer?

Cassel meditó un instante, miró a Mason, desvió la vista, volvió a clavarla en el abogado y frunció el ceño.

—Hay algo familiar en su cara. ¿Nos hemos visto antes?

—No creo...

—Pues a mí me parece que... ¡Un momento, espere un momento! ¡Yo he visto su retrato en alguna parte!

—No sería imposible —concedió Mason.

—¡Diantre! ¡Así me aspen! —exclamó Cassel—. Usted es un abogado... ¡y se llama Mason!

Perry Mason no permitió que su rostro cambiase de expresión y ni siquiera pestañeó.

—Exacto. Perry Mason.

—¿Qué hace aquí? —gritó Cassel—. ¡Esto no entra en el trato! No quiero saber nada con ningún maldito abogado...

Mason sonrió amablemente.

—Yo no soy un maldito abogado. Precisamente, soy un abogado especial... y uno de los más caros.

—Yo le diré lo que es —refunfuñó Cassel, yendo hacia la puerta—. ¿Qué ocurre con usted, Mason? ¿Está loco? Actúa como si hubiese algún micrófono oculto aquí.

Mason guardó silencio.

—Ya conoce la proposición —continuó Cassel—. Es una propuesta de negocios. Usted no tiene ninguna otra alternativa, mas, bajo estas circunstancias, tampoco tiene ninguna protección. Cualquier acuerdo o trato carece absolutamente de valor.

—Lo cual no me impide representar a mi cliente —objetó Mason.

—Lo cual —le rectificó Cassel—, significa que nuestras estimaciones no han sido correctas. Si su cliente tiene dinero bastante para pagar a un abogado de categoría como usted para un asunto de esta clase, nosotros hemos sido unos ingenuos. No le censuro a usted, sino a nosotros mismos. No pedimos bastante.

—Siga hablando. Le escucho encantado.

Cassel reflexionó unos momentos.

—No se trata de un pago, sino de algo que su cliente debe... No pienso discutir con usted, Mason. ¿Lo tiene o no lo tiene?

—Si se refiere al dinero —repuso el abogado—, no lo tengo, y como no lo tengo no puedo pagarle a usted por ninguna propuesta que me haga o haya hecho.

—¿Qué tiene de malo mi propuesta?

—Acaba de decirlo usted mismo. Todo acuerdo carece de valor. Si quiere, puede volver mañana y empezar de nuevo todo el chanta... todo el asunto.

—No sería tan loco como para cobrar de este modo —protestó Cassel.

—¿Por qué no?

—Pues... no sería ético.

Mason echóse a reír.

El rostro de Cassel se ensombreció.

—Oiga, Mason, se supone que usted es casi todopoderoso. Que siempre dice la última palabra. Pero ahora sólo consigue que el asunto resulte más duro para su cliente. Le hemos dado la oportunidad de librarse de todo a un precio de ganga. Pero el precio podría subir.

—¡No me diga! —rió Mason—. Yo creía que los precios estaban bajando.

—¿Piensa sacar un conejo del interior de un sombrero? —se mofó Cassel.

—Esto es lo que me ha dado fama —reconoció el abogado—: sacar conejos de los sombreros, y exhibir otro as cuando menos se piensa.

Cassel se dirigió coléricamente hacia la puerta, pero antes de llegar dio media vuelta.

—Mason, sea razonable y atégase al trato. Su cliente paga cinco de los grandes y todo acabó.

—¿Y qué obtiene a cambio de los cinco billetes grandes?

—Inmunidad.

—¿Y las pruebas?

El rostro de Cassel demostró su sorpresa.

—¿De qué pruebas está hablando?

Mason se recobró con suma facilidad.

—De las pruebas de su integridad y de la inmunidad de mi cliente.

—Llegamos a un acuerdo —le recordó Cassel.

—Usted ha dicho hace unos momentos que los acuerdos no valen nada.

—No, ante un tribunal —le corrigió Cassel—, ni si la parte del derecho promueve una acción. Pero este acuerdo cierra muchas puertas... todas aquéllas que podrían inquietar a su cliente.

—Lo pensaré —concedió Mason.

—Piénselo... ¡y váyase al infierno! Ya han tenido mucho tiempo para pensarlo. Este asunto está al rojo vivo. Si quiere usted terminar cuanto antes, tiene que moverse de prisa.

—¿Dónde puedo ponerme en contacto con usted? —quiso saber Mason.

Cassel meditó unos instantes.

—Pregunta usted mucho —masculló al fin.

—Está bien —rectificó Mason—. ¿Dónde puedo depositar el dinero... si decido entregarlo?

—Usted tiene su número telefónico en el listín —replicó Cassel—. Y tiene una oficina. No sé qué hace en este hotel. Llamaré a su despacho desde una estación de servicio.

—¿Cuándo?

—Cuando me plazca —gruñó Cassel.

Y después de estas palabras, abrió la puerta y desapareció, pegando un portazo.

Mason se dirigió al teléfono y, tras pedir línea, llamó a la agencia de Paul Drake.

—Perry Mason al habla, Paul. ¿Te llamó Stella Grimes pidiendo un agente para seguir a alguien?

—No, en absoluto —negó Drake—. Sólo sé que estaba en el hotel Willatson. ¿No estaba contigo?

—Estaba. Pero necesitaba que un agente siguiera a un hombre. Traté de hacérselo comprender con medias palabras.

—Si fue así, no te preocupes —le tranquilizó Paul Drake—. Es muy lista. ¿Hay algún motivo que impida que ella misma siga a ese sujeto?

—Sólo que él la conoce —replicó Mason—. Habría sido mejor un desconocido.

—Bien, probablemente no habrá tenido tiempo de llamar. ¿Qué era, algo apremiante?

—Tremendamente apremiante.

—Entonces, ya te llamará —pronosticó Drake.

Mason colgó el aparato, anduvo al azar por la habitación, y volvió a levantar el receptor.

—Con la habitación siete, ocho, nueve, por favor —pidióle a la telefonista del hotel.

Diana tardó un poco en contestar la llamada.

—¿Sí?

—Ha tardado mucho en responder, Diana —le reprochó Mason.

—No sabía si contestar o no. ¿Qué tal marcha todo? Creí que vendría usted...

—Nos interrumpieron. Se presentó la otra parte de la transacción.

—¿Quiere decir... el chantajista?

—Sí.

—¿Qué ocurrió?

—Durante un rato nos estuvimos estudiando —explicó Mason— y, por desgracia, me reconoció.

—¿Cómo?

—Sabía quién era yo. Me reconoció por haberme visto retratado en los periódicos de vez en cuando.

—¿Es esto malo?

—Tal vez sea bueno... Creo que se asustó un poco. Bien, sólo quería aconsejarle a usted que no se mueva hasta que tenga noticias mías. Es muy importante que se mantenga escondida.

—¿No debería reservar mi pasaje para San Francisco? —preguntó Diana—. Además, pronto cerrarán los bancos.

—No hay prisa. Pueden ocurrir ciertos acontecimientos. Espere unos minutos... hasta una hora, tal vez, y yo me reuniré con usted. No salga del cuarto hasta que yo le dé la señal de que hay vía libre.

Capítulo 7

Mason alargó la mano por delante de sus ojos, en la habitación 767 del hotel Willatson. A su pesar, no podía abstenerse de consultar su reloj de pulsera cada vez más a menudo. En dos ocasiones se puso de pie y se paseó con impaciencia por la estancia.

Sonó el teléfono.

Mason descolgó el instrumento.

—¿Diga?

Era Diana Douglas.

—Señor Mason, estoy asustada. ¿No podría bajar y reunirse conmigo?

—No, en absoluto. Quédese donde está. Pronto podré darle instrucciones.

—¿Pronto... cuándo?

—Supongo que dentro de muy pocos minutos.

—Me estoy poniendo nerviosa sin nada que hacer, señor Mason, más que contemplar las paredes y... Bueno, pienso que de este modo no conseguiremos nada.

—Estamos consiguiendo mucho más de lo que usted cree —replicó Mason—, y es importantísimo que siga usted mis instrucciones. No se mueva.

El abogado colgó el teléfono, fue hacia la ventana, se asomó a la calle, y regresó a su asiento, repantigándose en el mismo en una postura cómoda; luego, se levantó bruscamente y volvió a pasearse por la estancia.

El picaporte empezó a girar. Se abrió la puerta y Stella Grimes apareció en el umbral.

—¿Hubo suerte? —preguntóle Mason.

—Montones de suerte —sonrió ella, arrojando una caja de

cartón sobre la cama.

Mason la interrogó con el gesto.

—Ropas —explicó ella—. Fui al almacén a buscar lo que necesitaba porque pensé que tal vez tuviera que pasar algún tiempo en esta habitación. Elegí algunas prendas al azar, porque no quise tenerle esperando largo tiempo.

—¿Qué ocurrió?

—Capté su señal, señor Mason —sonrió Stella—. Usted quería que yo siguiera al tipo.

—Exacto.

—Como es natural, él me conocía de vista. Lo cual complicaba mi misión. Creí que había muy pocas probabilidades de que ese Cassel se alojase aquí, en el hotel. Por tanto, bajé a la calle, alquilé un taxi y le dije al conductor que aguardara hasta que yo le diera la señal de arrancar.

»Bueno, todo resultó muy sencillo, tanto que incluso pensé que podían tenderme una trampa.

—¿Qué ocurrió?

—Ese Cassel tenía su coche, un «Cadillac». Por lo visto, le había dado al portero del hotel una propina sustanciosa para poder estacionar el auto unos minutos en la zona de carga y descarga de mercancías. Debió ser una buena propina, porque cuando salió, el portero se mostró muy servicial.

Corrió a abrir la portezuela del coche, se inclinó, dio las gracias, y no se movió mientras Cassel ponía el auto en marcha.

—¿Lo siguió usted?

—Sí.

—¿Anotó la matrícula del auto?

La joven sacó una agenda de su bolsillo y leyó el número.

—WVH, cinco, siete, cuatro.

—¿Pudo seguirle?

—Fue fácil. Se dirigió a los Apartamentos Tallmeyer. Condujo directamente hacia el garaje del sótano del edificio, y ya no salió.

—¿Qué hizo usted entonces? —quiso saber Mason.

—Le ordené al taxista que siguiese hasta tres bloques más allá, hasta donde otro coche arrancaba de junto al bordillo. «Siga a ese auto, le dije, sin que el conductor se dé cuenta».

—Buena estratagema —aprobó Mason.

—Claro está, el otro coche se perdió en medio del tráfico. Lo perdimos de vista en un semáforo, y yo me encogí de hombros, exclamando: «Bueno, no podíamos hacer nada más». Pagué la carrera, cogí otro taxi y regresé al hotel. No quise que el primer taxista supiera que a quien seguía era a Cassel, y luego me vendiese a él. En realidad, el pobre conductor se imaginó que yo estaba loca. Bueno, al menos, eso espero.

Mason levantó el teléfono.

—Deme línea —pidió a la centralita, y acto seguido marcó el número de la Agencia de Detectives Drake.

—¿Está Paul? —preguntó a la telefonista.

—Acaba de llegar, señor Mason —contestó la chica, al reconocer la voz del abogado.

—Póngame con él, ¿quiere?

La voz de Drake no tardó en sonar al otro extremo de la línea.

—Diga...

—Perry Mason, Paul.

—¿Dónde estás?

—En el hotel Willatson con Stella Grimes. Acaba de regresar.

—¿Sirvió de algo?

—Creo que hemos conseguido algo. Necesito averiguar quién es el propietario de un «Cadillac» matrícula WVM, cinco, siete, cuatro, y si su dueño vive en los Apartamentos Tallmeyer; quisiera saber algo más respecto a él sin despertar la menor sospecha.

—Della ha preguntado si podía llamarte —observó Paul.

—Prefiero que se abstenga. Llamaré a la oficina de cuando en cuando por si hay algo importante. ¿Crees que Della necesita comunicarse urgentemente conmigo?

—No, salvo que tú tenías algunas citas, y ella ha tenido que justificar tu ausencia alegando que estabas fuera de la ciudad.

—Y creo que esto es exactamente lo que va a ocurrir —asintió Mason.

—¿De verás?

—De veras. ¿Cuánto tardarás en averiguar lo que te he pedido?

—Inmediatamente.

—Volveré a llamarte —prometió Mason—. Hazlo lo antes

posible.

—¿Qué tal va Stella? —inquirió Drake.

—Muy bien.

—De acuerdo, si quieres algo llámame. Esto te costará dinero, pero quedarás bien servido.

—Excelente —aprobó Mason, colgando el receptor.

—Vaya, ese tipo estaba loco —comentó Stella—. ¡Debió usted tratarlo con dureza!

Mason sonrió.

—¿En qué sentido estaba loco, Stella?

—En la forma cómo andaba, cómo miraba, y cómo se dejó seguir.

—Supongo que estaba desanimado —razonó Mason—. Esperaba una serie de facilidades.

—Estoy segura de que creyó haber tropezado con un muro de ladrillos —rió la joven—. Ciertamente, se trata de un ciudadano enloquecido.

El abogado miró su reloj.

—Vigile el fuerte, Stella —dijo—. Voy a mi habitación. Si ocurre algo que pudiese complicar la situación, cuelgue el cartel de «No molesten» en la puerta. Si llama Paul, dígame que me llame a mi habitación.

Mason se dirigió a la habitación 789 y golpeó suavemente a la puerta.

Abrió Diana Douglas.

—¡No haga esto! —le recriminó Mason.

—¿El qué?

—Ser tan impulsiva. No abra la puerta hasta asegurarse de quién llama.

—Estoy muy nerviosa —declaró la muchacha—. Estar aquí sentada con tantos pensamientos en mi cabeza... Oh, no puedo resistir este juego de la espera, señor Mason.

—Escúcheme con atención, Diana ¿Cuánto dinero tiene?

—Ya se lo dije: cinco mil dólares.

—No me refiero a eso. Quiero saber lo que tiene aparte de esa cantidad.

—Saqué seiscientos dólares de mi caja de ahorros cuando me

marché de San Francisco. Quería tener dinero mío para entregárselo a usted como anticipo y...

—¿El dinero que me dio no formaba parte de los cinco mil dólares?

—No.

—¿No tiene la menor idea de lo que se trata? Quiero que se sincere conmigo.

La joven bajó la mirada.

—Bueno, supongo que se trata de alguna indiscreción de Edgar... algo con lo que se mezcló... Oh, usted ya sabe lo que pasa... alguna carta, o unas fotos... ¿Por qué me hace esta pregunta, señor Mason?

—Porque tal vez estemos siguiendo un rastro equivocado, ladrando a la luna en balde. Dígame todo lo que sepa de Edgar en forma resumida.

—Mi hermano es muy ingenuo —empezó Diana, sentándose en el borde de la cama e indicándole una silla al abogado—. No diré que sea débil, pero sí que se deja influenciar fácilmente. Supongo que yo no le he servido de gran ayuda al intentar que todo le resulte más sencillo. La vida no se aprende de esta manera, señor Mason. Un hombre tiene que evolucionar por sí mismo, enfrentarse con las dificultades y obstáculos, en vez de dejar que otra persona se lo allane todo y tome toda la carga sobre sus espaldas.

—A esto quería ir a parar —replicó Mason—. ¿Cree que hay algo en el pasado de Edgar que pudo obligarle a acudir a usted con una suma de dinero y rogarle que la sacase de un aprieto?

—No lo sé, señor Mason.

—¿Hubiese acudido a usted?

—Creo que sí, pero todo indica que trataba de venir a Los Ángeles y enfrentarse sólo con esta situación que podemos llamar treinta y seis, veinticuatro, treinta y seis.

—¿No tiene ninguna pista respecto a la situación en sí misma?

—No.

—¿Jugaba su hermano algunas veces? —insistió Mason.

La joven meditó sus palabras cuidadosamente.

—Edgar era impulsivo.

—¿Jugaba?

—¿No juegan todos los hombres?

—¿Jugaba algunas veces?

—¡Sí! —se sulfuró ella—. ¡No tiene por qué contrainterrogarme así! Sí, jugaba de cuando en cuando.

—¿Dónde?

—¿Dónde juegan usualmente los hombres? A veces, apostaba dos dólares a un caballo. A veces, diez a otro...

—¿En las Vegas? ¿En Reno?

—Creo que estuvo alguna vez en las Vegas.

—¿Cuánto llegó a ganar?

—No lo sé. Por supuesto, no mucho, a mi entender.

—¿Cuál fue la suma máxima que perdió?

—Ochocientos dólares.

—¿Cómo lo sabe?

—Él me lo dijo.

—¿Por qué?

—Porque soy su hermana.

—¿Por qué?

—Ya se lo he dicho —Diana miró fijamente al abogado, con las pupilas chispeantes—. Soy su hermana. ¿Qué intenta, lograr que me contradiga?

—¿Por qué se lo contó? —insistió Mason.

—Oh, está bien —la joven bajó la voz—. Tuve que sacarle del apuro. Sólo tenía doscientos dólares y debía otros seiscientos. Pagó en Las Vegas con un cheque y... bueno, ya sabe lo que ocurre cuando no hay fondos. Y ellos son... ya sabe.

—¿Cómo son?

La muchacha se encogió de hombros.

—No sé, pero creo que si uno apuesta con un corredor profesional a crédito, hay que cumplir o se pasa muy mal.

—¿Estaba asustado Edgar?

—Terriblemente asustado.

—Dicho de otro modo —resumió Mason—, yo trato de establecer una pauta. Cuando Edgar se encuentra en un verdadero lío, siempre acude a usted. Como si además de hermana, fuese usted su madre.

—Supongo que tiene razón —concedió ella.

—Por tanto, si Edgar hubiese estado en un apuro, necesitando cinco mil dólares, hubiera recurrido a usted.

—A menos... que se tratase de algo que decidiera guardar en secreto. A veces, los hombres se muestran muy extraños y hay cosas que desean mantener a toda costa ocultas de sus familias.

—¿Quién le ha contado eso?

—Pues... lo he leído.

—¿Habló alguna vez con Edgar de estas cosas?

—No.

—¿Sabe algo de la vida sexual de Edgar?

—Virtualmente, nada.

El abogado contempló a la joven pensativamente.

—Hay un avión de la United Airlines que sale para San Francisco a las seis y treinta y siete minutos. Quiero que se vaya en él.

El abogado hizo una pausa.

—Yo la acompañaré hasta el ascensor. Cuando llegue al vestíbulo, atraviéselo en forma casual. No mire a su alrededor como si temiese que alguien la siga. Iremos andando hasta dos bloques de casas más allá del hotel. Allí hay una parada de taxis. Cogerá uno. Se dirigirá a la Union Station de ferrocarriles. Una vez allí, se asegurará de que nadie la sigue. Volverá a salir, cogerá otro taxi y se largará al aeropuerto. Y una vez en él, aguárdeme.

—¿Por qué?

—Porque yo trataré de reunirme con usted antes de que salga el avión. Yo llevaré su maleta. Dentro de una hora aproximadamente dejaré el hotel. Esto me dará tiempo de llegarme a mi apartamento y preparar un maletín. Luego, iré hacia el aeropuerto.

—¿Y qué hago con la cartera... con la que contiene el dinero?

—Los bancos ya están cerrados —replicó Mason—. Tendrá que llevarlo consigo todo el tiempo porque quiero que mañana, antes de entrar en la oficina, tenga en su poder el cheque pagadero a usted como depositaría.

Mason volvió a hacer una pausa, como hilvanando sus ideas.

—Tan pronto como abran los bancos en San Francisco, deposite el dinero y reciba el cheque. Luego, diríjase a su oficina, como si no hubiese ocurrido nada extraordinario. Nos encontraremos allí. Esto

será hacia las diez y media. Que quede esto bien sentado: no llegue usted antes de esa hora, las diez y media. Ni tampoco más tarde, si puede evitarlo.

Sonó el teléfono.

—Creo que es para mí —murmuró Mason.

Levantó el aparato y habló cautelosamente.

—Diga...

Al otro extremo de la línea se oyó la simpática voz de Paul Drake.

—Hola, Perry. Tengo casi todos los informes que pediste. Ha resultado muy fácil.

—Bien, dispara.

—El «Cadillac» está registrado a nombre de un tal Moray Cassel, de los Apartamentos Tallmeyer, nueve, cero, seis. He llegado hasta aquí. Pero aún no he podido averiguar gran cosa respecto a los hábitos de Cassel, aunque sé que reside allí desde hace más de un año.

—¡Condenado me vea...! —gruñó Mason.

—¿Ocurre algo?

—Que ese tipo dio su verdadero nombre —masculló el abogado—. En realidad, hubiese debido engañarme, porque opinaba que era un chantajista, un maldito, próspero y cretino chantajista y alcahuete.

—¿Y no lo es?

—Tendré que averiguarlo.

—¿Quieres que le sigan?

—No. O ése es demasiado tonto para que sea cierto, o demasiado listo para dejarse atrapar, y quiero descubrir lo que es, antes de meterme en un berenjenal.

—Bueno, si hay alguna novedad comunícamela.

—Lo haré —asintió Mason, colgando el receptor.

Diana estaba contemplando al abogado con ansiedad.

—¿Ocurre algo?

Mason frunció el ceño pensativamente y durante unos segundos no contestó.

—No lo sé —dijo al fin—. Creo que he cometido un error al calibrar la situación.

—¿En qué sentido?

—Gracias al trabajo detectivesco efectuado por la Agencia de Paul Drake —explicó Mason—, hemos averiguado ciertas cosas sobre el chantajista. Se llama Moray Cassel. Conduce un automóvil «Cadillac». Vive en los Apartamentos Tallmeyer, en el nueve, cero, seis. Y cuando vino a verme dio su verdadero nombre. Dejó el «Cadillac» aparcado delante del hotel, y le entregó al portero una generosa propina para que el auto pudiera permanecer en un lugar accesible, en el espacio reservado a la entrada y salida de equipajes.

—Bueno, ¿qué hay de malo en eso? —se extrañó Diana—. Mucha gente que no ha de tardar mucho en salir da propinas generosas a los porteros de los edificios para que vigilen los coches. De eso viven los porteros precisamente. Y...

Mason sacudió la cabeza.

—No se trata de eso, Diana —la interrumpió—. Ese tipo no pertenece a esa clase de ciudadanos.

—¿Cómo lo sabe?

—Tengo que admitir —continuó Mason— que estoy en tinieblas, pero yo no clasifiqué a ese individuo más que como un vividor.

—¿Por qué?

—Por su aspecto. Por sus modales. Por todas las circunstancias que concurren en él.

—Señor Mason, ¿quiere esto significar que es usted capaz de conversar un rato con un hombre y saber cómo es... bueno, poder clasificarle ya como un vividor?

—No —reconoció Mason al cabo—. No llego tan lejos, Diana. Y recuerde que al decir que ese tipo era un vividor, no me referí a que actualmente estuviese actuando en este sentido. Sino que se trata de esa clase de individuos. Puede ganarse el sustento representando a una mujer en un asunto de chantaje.

—¿Cómo puede estar tan condenadamente seguro? ¿Qué tienen esos individuos? ¿Su aspecto, la forma como visten...? No lo entiendo.

—No se trata de nada especial —explicó Mason—. Es una combinación. Coja usted a un sujeto que viva de las mujeres directamente o indirectamente, y él sabe que su forma de vivir no es decente. Entonces, intenta encubirla. Trata de ser decente

consigo mismo. Y procura aparentar una buena fachada exterior que disimule la podredumbre interior.

Diana estaba escuchando al abogado con la boca abierta.

—Así, trata de que su aspecto personal sea lo más atildado posible. Sus zapatos siempre están lustrosos. Los pantalones sin una arruga. Lleva camisas y corbatas de precio. Sus uñas están limpias y bien recortadas. Cuida sus manos. Se corta el cabello, se lo peina y se lo cepilla, a fin de obtener una apariencia deslumbrante ante el espejo.

Mason calló y miró fijamente a Diana como queriendo infundirle el sentido de sus palabras.

—Luego, tenemos su voz. Hay algo en ella. Una voz que no está acostumbrada a pesar ante el mundo en general, pero que se muestra profundamente autoritaria al enfrentarse con una situación que cree poder manejar. Le falta tono y timbre. Y uno tiene la sensación de que si se enfadase, su voz se elevaría hasta un fino falsete.

—Y ese Cassel, ¿posee estas cualidades o defectos?

—Exactamente.

—¿Qué quería?

—Dinero.

—¿Cuánto?

—Todo, cinco mil.

—¿Qué le contestó usted?

—Puse inconvenientes.

—¿Y él...?

—No le gustó.

—¿Debido a quién era usted?

—Como le dije, me reconoció —asintió Mason—. Mi retrato sale con demasiada frecuencia en los diarios. Comprendió que trataba con Perry Mason, un abogado, y no le gustó en absoluto.

—¿Y no pudo enterarse de lo que quería, en qué está metido mi hermano?

Mason sacudió negativamente la cabeza.

—Evidentemente, no se trata de un chantaje ordinario.

—¿Cree que es algo peor... peor que lo que usted denomina un chantaje ordinario?

—Tal vez —afirmó Mason—. Ese tipo actuó como si tuviese todos los triunfos en la mano.

—¿Qué hará ahora?

Mason se encogió de hombros antes de contestar:

—Tenemos que aguardar para averiguarlo.

—Señor Mason, ¿supone que se trata de un asunto serio?

—No se le exigen cinco mil dólares a un muchacho por haber aparcado el coche delante de una boca de riego —repuso el abogado—. Sea lo que sea, es algo grave.

—Oh, señor Mason, yo... yo tengo algún dinero y...

—Olvédelo, Diana —se opuso el abogado—. Va en contra de mi política pagarle a un chantajista. ¡Al diablo con ellos! Vamos, Diana, saldremos de aquí tranquilamente. No se lleve nada más que el bolso y la cartera del dinero. Yo la acompañaré por el vestíbulo, que cruzaremos riendo y charlando. Ya sabe, con la risa nerviosa de la mujer que está corriendo una aventura romántica. No quiero que nadie se imagine que abandona usted el hotel de un modo subrepticio.

Mason meditó un instante antes de añadir:

—Una vez en la calle, caminaremos dos bloques hasta la parada de taxis. Recuerde y siga todas mis instrucciones, suba a un taxi y diríjase a la Union Station. Mézclese con la muchedumbre. Cambie de taxi. Vaya al aeropuerto y coja el avión de San Francisco. Un momento, veré si consigo reservas.

Mason levantó el auricular y pidió línea. Luego, marcó el número de la United Airlines, preguntó por la ventanilla de reservas, y pidió dos pasajes para San Francisco en el vuelo de las seis y treinta y siete.

El abogado se mostró satisfecho.

—Bueno, recogeremos los billetes en el aeropuerto. Reserve dos a nombre de Perry Mason... Exacto, Perry Mason, el abogado. Mi dirección está en el listín de teléfonos. Poseo una Tarjeta de Vuelos... ¡Estupendo! Yo mismo recogeré mi equipaje. Y otro es para la señorita Diana Douglas. Reténgalos hasta la hora del vuelo, por favor.

Escuchó un momento y concluyó:

—Muchísimas gracias.

Luego, colgó el aparato.

—Todo arreglado, Diana. Usted pedirá un pasaje a nombre mío. Nos veremos a bordo del avión. Yo llevaré su maleta, que sacaré de aquí al despedirme del hotel. Recuerde que si pierde el dinero que lleva encima, estará usted atrapada. Ahora ya está haciendo equilibrios. Se halla en un mal paso.

—Lo sé —vaciló la joven—. He llevado la cartera tanto tiempo que... apenas duermo, de tan inquieta como estoy. Ya sé que si me ocurre algo usted no podría salvarme. Pero he ido ya tan lejos... y además, señor Mason, ¿quién sabe que llevo en la cartera cinco mil dólares?

—Demasiada gente ya —replicó Mason hoscamente—. Vamos, Diana, fuerce su mejor sonrisa y vayamos en busca de un taxi lo antes posible. Tiene usted que reír y charlar animadamente. Veré si se me ocurre algún chiste. Vámonos. Tengo la sensación de que este hotel no sería un buen refugio para usted a partir de ahora. Seguramente, tendrá que esperar en el aeropuerto, pero procure pasar inadvertida y suba a bordo del avión tan pronto como instalen la escalerilla. ¿Entendido?

Capítulo 8

Mason regresó a la habitación 767 del hotel Willatson y llamó a la puerta.

Stella le franqueó el paso.

—Bueno, ya me he librado del cebo de este caso —explicó él—. Nos reuniremos de nuevo en el aeropuerto. Esperemos que no suceda nada hasta que despeguemos.

—¿Cree que esa chica corre peligro?

—Peligro exactamente no. Pero ese Cassel me preocupa. Tal vez sea más listo de lo que pensaba. Tengo una impresión inquietante respecto a Diana desde que llegué a este hotel. Dejó un rastro demasiado claro...

El abogado calló al escuchar un tabaleo sobre la puerta de la habitación. Se acercó más a Stella y le dijo en voz baja:

—Son unos nudillos masculinos y suenan de manera autoritaria.

—¿Cassel otra vez? —preguntó ella.

Mason meneó la cabeza.

—Esta llamada no es tan suave como la suya. Son unos nudillos autoritarios, repito. O es el detective del hotel o...

Una voz desde el exterior interrumpió las reflexiones del abogado.

—Abran de prisa. ¡Abran a la policía!

—Deje que yo lleve el peso de la conversación —susurró Mason.

Luego, abrió.

En el umbral, los dos agentes de paisano demostraron su sorpresa al ver al abogado.

—Caramba, Perry, ¿qué hace usted aquí? —exclamó uno de ellos.

—La pregunta —retrucó Mason—, es saber qué hacen ustedes

aquí.

—Preferimos discutirlo dentro que en el pasillo —repuso el que habló primero, penetrando en la habitación y enseñando su insignia oficial—. Policía de Los Ángeles.

—Bien, ¿qué les trae por aquí? —inquirió Mason alegremente.

Los dos agentes ignoraron temporalmente la pregunta, estupefactos ante la figura de Stella Grimes. Uno de ellos, al fin, miró al otro.

—Edad, veintidós, metro sesenta, sesenta kilos, rubia, ojos azules y buen tipo —dijo uno.

El otro asintió.

Los agentes se instalaron en sendas butacas.

—Soy el agente Baker —dijo el primero—, y éste el agente Brown. Y queremos hacerles unas preguntas.

—Muy bien —asintió Mason—, adelante.

—¿Se llama usted Diana Douglas? —preguntó el agente Baker, dirigiéndose a Stella Grimes.

—Eh, un momento —intervino Mason—. Hagámoslo ordenadamente ¿Por qué han venido?

—No tenemos obligación de dar explicaciones.

—No, pero tendrán que manifestárselo a esa joven. ¿Es sospechosa de algún delito?

—Actuamos según instrucciones de la Policía de San Francisco. Queremos obtener ciertos informes. Y necesitamos formular algunas preguntas, nada más.

—¿Esta joven es sospechosa de algún delito?

—No lo sabemos. No tenemos la menor idea.

—¿Y actúan para la Policía de San Francisco?

—Sí.

—¿Sospecha la policía de San Francisco que esta joven es una delincuente?

—No leemos en la mente ajena. No lo sabemos.

—Entonces —resumió Mason—, puesto que ustedes actúan por y en beneficio de la Policía de San Francisco, y puesto que no saben si la policía de dicha ciudad sospecha que esta joven sea sospechosa de un crimen, será mejor que antes de contestar a sus preguntas, la informen respecto a sus derechos constitucionales.

—Como si no los conociera —sonrió el agente.

Mason le imitó en la sonrisa.

—Esto cuénteselo al Tribunal Supremo.

—Está bien, está bien... —gruñó Baker—. Queremos que conteste a unas preguntas, señorita. Tenga en cuenta que no vamos a formular ningún cargo específico. No vamos a llevárnosla bajo custodia, y sólo queremos que conteste a unas preguntas.

El otro agente reanudó el discurso.

—Tiene usted derecho a callar, si tal es su deseo. No tiene por qué efectuar ninguna declaración. Puede exigir que su abogado esté siempre presente. Si no tiene bastante dinero para obtener los servicios de un abogado, nosotros le proporcionaremos uno que la represente. Sin embargo, ha de quedar bien entendido que todo lo que diga podrá ser utilizado en su contra. Y ahora, ¿desea un abogado?

Stella iba a contestar, pero Mason le ordenó callar con el gesto.

—Ya tiene uno —afirmó.

—¿Usted la representa?

—Sí.

—¿Qué hace usted aquí... señorita Douglas, verdad?

—Está aquí por negocios —repuso Mason.

—¿Qué clase de negocios?

—Personales.

—Señorita Douglas, ¿sabe que una suma relativamente importante de dinero estaba guardada en la caja fuerte de la Compañía para la que usted trabaja, la Exportadora e Importadora Escobar de San Francisco?

—Sin comentarios —replicó Mason.

—Eh, un momento —masculló Baker—. Usted se ha metido a tornillo en este asunto y lo está poniendo peor para la señorita. Nosotros solamente queremos algunos informes y...

—¿Por qué?

—Porque los necesita la Policía de San Francisco.

—¿Se trata de algún crimen?

—No estamos seguros... San Francisco tampoco está seguro.

—Creo, por tanto, en estas circunstancias, que mi cliente no tiene que contestar a ninguna pregunta hasta que la situación se

haya aclarado —objetó Mason.

—Usted nos obligará a comunicar a la Policía de San Francisco que existen probabilidades de que su cliente sea culpable de un desfalco sustancioso.

—¿Sí? —se extrañó Mason—. ¿A cuánto asciende el desfalco?

—Todavía no se ha terminado la comprobación —rezongó Brown—, pero se trata de una suma cuantiosa... más de veinte mil dólares.

—¿Cuánto? —se sorprendió Mason genuinamente, con un soplo de voz.

—Ya lo ha oído: veinte de los grandes.

—Es mucho dinero para haberlo desfalcado de una pequeña empresa —reflexionó el abogado.

—Ha habido desfalcos de cantidades mucho mayores —razonó Baker.

—Entonces, ¿se ha cometido un delito grave en San Francisco?

—Si se refiere al desfalco, así parece.

—¿Y en San Francisco sospechan que mi cliente desfalcó ese dinero?

—No hemos dicho esto... todavía.

—Pero sus preguntas se refieren a ello.

—Oiga, Mason, usted pone las cosas muy difíciles, y le costará mucho continuar así. Sólo deseamos formularle a su cliente unas preguntas relativas al dinero que guardaba la empresa en la caja fuerte, respecto a quién tenía autoridad para retirar dinero de la caja y, en general, a cosas relativas a la contabilidad de la empresa. Para que lo sepa, la Compañía parece tener siempre en su caja fuerte grandes sumas en dinero contante, y nos gustaría saber por qué.

—También nos gustaría —añadió Brown— saber cuantas personas conocen la combinación de la caja de caudales y cómo es posible que una Compañía haya sufrido una pérdida semejante de dinero sin que nadie se diera cuenta antes.

—¿Hace mucho tiempo que falta ese dinero? —quiso saber Mason.

—Lo ignoramos —repuso Baker—. Esto es lo que queremos averiguar ahora. Sólo tratamos de obtener unos informes.

—Pero creen que mi cliente pudo desfalcar ese dinero —insistió el abogado.

—No exactamente. Lo diré de otro modo. No afirmamos que estemos buscando pruebas que indiquen que existe una imposibilidad física de que su cliente sea culpable de un desfalco, pero, por otra parte, no hemos hallado pruebas de que sea ella la culpable... todavía.

—Salvo de un modo circunstancial —añadió Brown.

—Bien, sí —concedió Baker.

Mason sonrió ampliamente.

—Así queda claro, caballeros. Mi cliente necesita el consejo de un abogado.

—De acuerdo, ya lo hemos dicho. Respecto a esto no existe ninguna duda.

—Y como abogado suyo —reanudó Mason—, yo le aconsejo que no declare absolutamente nada.

—¿Tampoco le permite hablar respecto a los métodos de la contabilidad, y a los negocios de fondo de la Compañía?

—Ni una palabra —denegó Mason—. Ni siquiera que admita su identidad.

Los dos agentes se contemplaron con expresión de disgusto y desmayo.

—Tal vez no sea muy prudente esta actitud —refunfuñó Baker.

—Tal vez —concedió Mason—. Yo no soy infalible. De vez en cuando cometo algunos errores... ¿Hasta qué punto está enterada la Policía de San Francisco de este caso, para enviarles a ustedes a hacer pesquisas en este hotel?

El agente Baker sonrió.

—Siguiendo su consejo declinamos contestar, señor abogado.

Mason estaba muy serio.

—Tienen absolutamente derecho a adoptar esta postura. Es su privilegio constitucional. No tienen por qué añadir ni una palabra.

Los dos oficiales se pusieron de pie, mirando belicosamente a Stella Grimes.

—De acuerdo, hermana —rezongó Baker—, obre como guste, pero permítame decirle que no es muy lista. Cuando vinimos sólo solicitábamos informes.

—¿Y ahora qué quieren? —inquirió Mason.

—Al menos, veinte de los grandes —replicó Baker. Acto seguido pareció erguirse ante el abogado—. Recuerde, Mason, que no le hará ningún bien cobrar una minuta de dinero robado. Los billetes pueden encontrarse y... en fin, ya sabe.

—Hasta la vista caballeros —saludo Mason.

—Nos veremos en el tribunal —aseguró Brown, al salir ambos.

Mason le indicó a Stella que callara, y luego se acercó a ella y le espetó en voz baja:

—Tenga cuidado con lo que dice. Suelen quedarse junto a las puertas.

Durante un minuto estuvieron en silencio, y de pronto, Mason abrió y miró arriba y abajo del pasillo.

Cuando el abogado observó que no había nadie, volvió a cerrar.

—Vaya, una nueva complicación —gruñó.

—Veinte mil dólares... —murmuró Stella.

Mason meneó la cabeza.

—No lo entiendo, pero me marchó al aeropuerto. Sacaré mi maleta y la de Diana de mi habitación y me largaré de aquí. Cogeré el vuelo de las seis veintisiete para San Francisco.

Stella preguntó:

—¿Verá a Diana en el aeropuerto?

—Se reunirá conmigo allí —asintió Mason—. Defienda el fuerte, Stella, y actúe como mejor le parezca, de acuerdo con los acontecimientos. Manténgase en contacto con Paul Drake... Será mejor que en las próximas veinticuatro horas se haga servir las comidas aquí arriba. Si sale del cuarto, pueden poner micrófonos...

—De acuerdo, todo irá bien —sonrió Stella—. Pero, ¿y la centralita telefónica?

—Tendremos que correr el riesgo —repuso Mason. Usted trate de no propagar ninguna información a los cuatro vientos. Muéstrese reservada cuando llame a la agencia de Paul, pero asegúrese de que él comprende perfectamente sus explicaciones.

Stella asintió.

El abogado salió de la habitación 767, anduvo hasta la 789, recogió su maleta y la de Diana Douglas, y pidió la ayuda de un botones.

—Por favor —dijo por teléfono—, que me preparen la cuenta. He recibido una conferencia inesperada y he de marcharme al momento.

Mason esperó hasta la llegada del botones, a quien le entregó las maletas y una propina, bajó a recepción, y explicó la situación con toda claridad.

—Soy Mason, el ocupante de la habitación siete, ocho, nueve. Pensaba quedarme un par de días, pero he recibido una comunicación que me obliga a marcharme al momento. ¿Qué hacemos con la habitación? Sólo la he ocupado un tiempo muy breve. He usado un par de toallas, pero no la cama.

El recepcionista meneó la cabeza.

—Lo siento, señor Mason, pero tendremos que cobrarle el día entero.

Mason protestó por tal abuso.

—Sólo con que pongan dos toallas limpias, pueden volver a alquilar la habitación.

—Lo lamento, pero a esta hora de la tarde ya no hay servicio de pisos y... bueno, se trata del reglamento, señor Mason. Lo siento.

—Está bien —cedió el abogado—, deme la cuenta.

Pagó en dinero contante y llamó al botones.

—Busca un taxi.

—Hay uno ahí fuera —replicó el muchacho.

Mason volvió a darle una propina, luego se instaló en el asiento posterior del vehículo y dijo en voz alta:

—Lléveme a la estación Union. Vaya con calma porque he de leer un par de telegramas y quiero coger el tren para Tucson.

De pronto, doblando los papeles que había sacado de un bolsillo, el abogado exclamó:

—Pare, amigo. Este telegrama lo cambia todo.

—¿Ya no vamos a la estación?

—No, diantre —respondió Mason—. Tendré que coger el avión para Fénix y Tucson, de modo que condúzcame al aeropuerto lo antes posible.

—Mala hora para correr hacia el aeropuerto —se quejó el chófer.

—¡Qué le voy a hacer! Haga lo que pueda.

—¿A qué hora sale su avión?

—A las cinco cuarenta y ocho.

El taxista se internó por entre el tráfico, logró torcer por una avenida y ganó algún tiempo.

Mason iba sentado al borde del asiento, consultando constantemente su reloj, y felicitando de cuando en cuando al taxista por su velocidad.

El abogado llegó al aeropuerto. El chófer hizo sonar la bocina llamando a un maletero.

Mason abrió la portezuela y le espetó al hombre:

—Lleve esas dos maletas hacia el avión de Tucson.

Luego, le entregó un billete de diez dólares al taxista.

—Largo, amigo, antes de que un polizone se meta con usted. Ha sido un trayecto estupendo.

El otro sonrió.

—¿Todo es para mí?

—Para pagar el taxímetro y lo demás es suyo.

El conductor arrancó alegremente. Cuando el taxi estuvo algo lejos, Mason corrió tras el maletero.

—Me equivoqué. Pensaba en Tucson y... Maldición, he de buscar algo en una de estas maletas, démelas.

Mason le entregó dos dólares al maletero.

—¿Ya tiene el pasaje del avión? —inquirió éste.

—Sí, amigo.

El abogado penetró en la sala de espera y la recorrió rápidamente con la vista. Luego, fue hacia el mostrador de los billetes, recogió uno de los pasajes reservados, pagó los dos, facturó la maleta de Diana, y volvió a vigilar la sala. Luego, anduvo casualmente, se instaló en un cómodo sillón después de arrojar su falso maletín en una amplia papelera, y pidió una bebida.

Cinco minutos antes de la salida del vuelo, el abogado fue lentamente hacia la puerta y presentó su pasaje.

—Tendrá que apresurarse —díjole el empleado—. Está subiendo a bordo el último pasajero.

—Voy ahora mismo —repuso Mason.

Cruzó la puerta, saludó al portero, y subió al avión en el instante antes de ser retirada la escalera.

La azafata lo recibió en la portezuela.

—Por poco lo pierde —comentó.

Mason sonrió.

—Casi, pero hace demasiado calor para correr.

—Su asiento está al fondo.

—Gracias.

Al cabo de otros diez o quince minutos dirigióse al lavabo, y de nuevo tuvo la oportunidad de escrutar los semblantes de sus compañeros de vuelo.

Diana Douglas no estaba a bordo.

Mason llegó a San Francisco, tomó un taxi hasta el hotel, se inscribió en el registro, cenó y llamó al hotel Willatson. Pidió por la habitación 767, y cuando oyó la voz de Stella Grimes, contestó cautelosamente.

—¿Reconoce mi voz, Stella?

—Sí. ¿Dónde está?

—En San Francisco. ¿Sabe algo de su doble?

—Ni una palabra.

—No subió al avión, ni se dejó ver. ¿No le ha enviado a usted ningún mensaje?

—Nada en absoluto. No sé nada de ella.

—¿Ni de nadie más?

—Tampoco.

—Creo que en este caso nos han tomado el pelo, Stella —refunfuñó Mason—. Acudiré a mi cita de las diez y media de mañana por la mañana, si no ocurre nada nos lavaremos las manos de todo el asunto.

—Por mí, estupendo. ¿He de ponerme al habla con usted si sucede algo?

—Manténgase en contacto con Paul y yo le llamaré a él... ¿Lleva todavía su sostén de trabajo?

—Todavía.

—Pues no lo suelte —repuso Mason—, y afiáncele bien.

Capítulo 9

La Compañía de Importaciones y Exportaciones Escobar tenía sus oficinas en el edificio de la Financiera Unida.

Mason averiguó en la lista de registro que la empresa tenía las oficinas en el tercer piso, después retrocedió a un sitio próximo a la puerta donde podía vigilar a la gente que entraba.

Eran las diez y veinte.

A las diez y veinticinco, Diana Douglas iba a entrar en el edificio.

Mason dio un paso adelante.

—¿Dónde estuvo anoche?

La joven enarcó sus cejas, mostrando sus ojos arrasados en lágrimas. Luego, se asió al brazo del abogado como si necesitase su ayuda física y mental.

—Oh, señor Mason —exclamó—. Edgar falleció a las tres y veinticinco de esta madrugada.

—Lo siento —murmuró Mason, rodeando sus hombros con su brazo—. Significaba mucho para usted, ¿verdad?

—Mucho. Yo... yo le quería mucho... ¡Oh, le quería tanto...! Lo veía tan desvalido, tan solo... tan retraído en sí mismo... Hubiera querido darle... Bueno, de nada sirve lamentarse, creo.

De repente, enterró la cabeza en el pecho del abogado y rompió en sollozos.

Mason le acarició un hombro.

—Diana, por favor, no se abandone. Recuerde que tiene que cumplir una misión. Tiene que erguir la cabeza y enfrentarse con los hechos.

—Lo sé —sollozó—, pero yo... creo que no podré... no podré... De no haber sido porque le prometí que nos encontraríamos aquí...

Quería telefonar a Homer Gage y decirle que no me esperase...

—Vamos, vamos —la consoló Mason—, estamos llamando la atención, Diana. Acerquémonos a la esquina y trate de serenarse, chiquilla. Tiene que cumplir una misión. Y ahora va a levantar la cabeza y enfrentarse con la música.

—¿Qué música?

—Con mucha.

—¿A qué se refiere?

—Temo que la hayan atraído a un juego tan viejo como el de la gallinita ciega —gruñó Mason—. Fíjese bien: alguien desfalca mil dólares de una compañía y desaparece. Otra persona, que sabe lo sucedido, con toda tranquilidad saca otros cuatro mil de la caja fuerte. Y después, el que robó los mil dólares primeros carga con todo el delito, siendo acusado de haber robado los cinco mil.

Los ojos de Diana, rojos de tanto llorar, se fijaron absortos en el abogado.

—¿Quiere decir que...?

—Quiero decir —continuó Mason— que la Compañía Escobar, de Importaciones y Exportaciones, ha echado en falta veinte mil dólares.

—¡Veinte mil dólares! —repitió ella, estupefacta.

—Exactamente —asintió Mason. Hizo una pausa y continuó—: ¿Cómo viene usted a la Compañía? ¿Toma un taxi, su coche o...?

—No, cojo un autobús.

—¿Qué disposiciones ha tomado respecto a su hermano? ¿Hay otros parientes?

—No. Me levanté esta mañana y lo dispuse todo.

—¿Por qué no tomó el avión de ayer por la tarde como le había ordenado?

—Porque pensé que alguien me seguía, señor Mason. Me pareció que un tipo que iba en un automóvil seguía a mi taxi hasta la estación Union, y que incluso allí trataba de seguirme. Intenté perderme entre el gentío, pero no tuve mucho éxito. Continué teniendo la horrible sensación de que aquel individuo me espiaba, y que estaba siempre detrás de mí, por lo que entré en el tocador de señoras, donde me demoré largo tiempo; luego salí y adopté una larga serie de lo que supongo que usted llamaría tácticas evasivas.

Me encaminé hacia el andén, como dispuesta a coger un tren, di media vuelta en el último instante, y debido a todo eso, llegué al aeropuerto diez minutos tarde. El avión ya había despegado. Entonces, decidí cenar y coger el siguiente avión.

—¿Por qué no llamó a la oficina de Paul Drake...?

—No... no pensé en ello. Sabía que usted iba en aquel avión, que me esperaba aquí esta mañana y... bueno, no pensé en nada más.

Diana se enjugó los ojos arrasados en lágrimas y tras una breve pausa continuó:

—Después, cuando llamé al hospital me dijeron que mi hermano estaba peor... Cuando fui allí y... y vi que estaba muerto... Cuando le puse una mano en la mejilla... y vi que... vi que... ¡Oh, por favor, no puedo... no puedo...!

—Calma, calma... Ha pasado usted por un trance muy amargo. Y ahora le ordeno que coja el primer autobús, regrese a su apartamento y trate de dormir. ¿Tiene algunas pastillas somníferas?

—Sí.

—Tómese dos —le aconsejó Mason—. Duerma y olvídense de todo. Ah, ¿tiene el cheque?

—Sí.

—Démelo. Probablemente no lo utilizaré pero quiero tenerlo en mi poder. Y aquí tiene su maleta.

—¿Qué va a hacer usted? —se interesó la joven, entregándole el cheque.

—Me personaré en la Compañía Escobar y echaré una ojeada por allí. Al menos, lo intentaré.

—¡Dios mío, Mason! ¡Veinte mil dólares!

—Ya lo sé —asintió el abogado—, es un golpe.

—¿Y qué podemos hacer?

—Ya veremos. La jugada es vieja, pero casi infalible. Un pobre chico apuesta en los caballos, pierde y juega con los corredores de apuestas sobre palabra. Luego, para poder pagar, coge de la caja de la empresa donde trabaja dos o tres mil dólares, y otro, más listo que él, se lleva todo lo restante de la caja y el primero es quien es acusado de todo el desfalco. Si no lo atrapan, todo el mundo supone que él lo robó todo, y si lo cogen y niega haber cogido más de dos o

tres mil dólares, nadie le cree. Y va a la cárcel como único culpable.

Mason se metió el cheque en la cartera y acompañó gentilmente a la muchacha hasta la puerta.

—Coja el autobús. Vaya a su apartamento y duerma. Y deje para mí la Compañía Escobar... ¿Tiene teléfono particular o hay que llamarla a una centralita?

—Hay una centralita en la planta baja.

—Pues avise que no la molesten bajo ningún pretexto —le recomendó Mason—. Duerma. Yo ya tengo su número de teléfono. Y adviértale a la telefonista que sólo la avise cuando la llame yo. Hoy estamos a viernes. Esta tarde regresaré a Los Ángeles. Usted puede ponerse en contacto conmigo por mediación de la Agencia de Paul Drake si me necesita para algo. Ah, sí, lamento mucho la muerte de su hermano... Pobre niña, ha tenido que soportar una carga muy pesada estos últimos días... Pero tenga calma y resignación, y llámeme si me necesita. ¿Dónde está la parada del autobús?

—Allí mismo —indicó ella—. Le debo el pasaje del avión, señor Mason. Recuerdo que usted encargó dos a su cuenta. Cuando llegué al aeropuerto para coger el avión, como pensé que aún tenía tiempo, iba a sacar un pasaje con mi carta de crédito, pero no la encontré. Debo de haberla perdido no sé dónde, y la joven de la ventanilla me explicó que ya tenía un pasaje abonado y que...

—Está bien —la interrumpió Mason—, olvídelo.

Luego, la condujo hasta un banco de madera de la acera.

—Coja el primer autobús y váyase a casita. Yo me marchó a la Compañía Escobar y veré qué puede hacerse.

Diana echó impulsivamente los brazos en torno al cuello del abogado y le besó en las mejillas.

—¡Señor Mason, es usted maravilloso! —exclamó.

Capítulo 10

Mason se detuvo en el pasillo del sexto piso contemplando las oficinas de la Compañía Exportadora e Importadora Escobar.

En su vestíbulo había una exposición de arte oriental, con tallas de marfil y barro.

Al otro lado de la puerta de entrada, había unas figuritas de estilo azteca o tolteca.

La puerta doble de cristales daba paso a una sala de exposiciones en donde había diversas estanterías de cristal con un gran despliegue de objetos de arte. En los vidrios de la puerta se leía en grandes caracteres:

«Escobar, Compañía de Exportación e Importación. Sólo al por mayor».

Mason empujó la puerta y entró en la sala de exposiciones. Una muchacha sentada ante una centralita telefónica le sonrió de manera mecánica.

—¿Qué se le ofrece? —preguntó.

—Quisiera ver al señor Gage, por favor —explicó Mason.

—¿A cuál? ¿Al señor Franklin o al señor Homer Gage?

—Al señor Franklin Gage.

—No está. Se halla en viaje de negocios.

—Entonces, veré al señor Homer Gage.

—¿A quién anuncio, por favor?

—A Perry Mason.

—¿Se trata de una compra, señor Mason, de algo relacionado con objetos de arte o...?

—Es algo más personal, señorita.

—¿A quién representa?

—No represento a ninguna empresa —replicó Mason, algo

irritado por el insistente interrogatorio de la joven—. Me llamo Perry Mason y soy abogado de Los Ángeles. Y he venido para hablar respecto a una empleada de esta Compañía que se llama Diana Douglas.

—¡Oh...! ¡Oh! Sí, claro... Un momento.

La muchacha conectó una línea y Mason vio cómo movía los labios rápidamente, pero la conexión telefónica era tan precisa que no pudo percibir ni una sola palabra.

Un momento más tarde se abrió una puerta del fondo del vestíbulo y por la misma apareció un individuo corpulento, no muy alto, de unos treinta y ocho años, con el cabello negro peinado hacia atrás, cejas pobladas y muy negras, ojos de color verde y gafas con montura de concha. Su boca era una línea recta de intensa determinación.

—¿El señor Mason? —inquirió.

—El mismo.

—Soy Homer Gage. ¿Cuál es el motivo de su visita, señor Mason?

—La señorita Diana Douglas.

—¿Qué le ocurre?

—Es una empleada de esta empresa, ¿verdad?

—Sí, en efecto, pero no está aquí en estos momentos. Su hermano sufrió un grave accidente de automóvil y esa joven se halla muy trastornada. Si se trata de un asunto que afecte a su crédito financiero o a su integridad, puedo asegurarle que aquí goza de una buena reputación.

—No se trata de eso —denegó Mason—. Deseo conversar con usted respecto a ella.

—De acuerdo, adelante.

—Bien —indicó el abogado con fingida amabilidad—, si quiere que charlemos aquí, sea. Yo represento a la señorita Diana Douglas. ¿A santo de qué vino la idea de contarle a la Policía de Los Ángeles que esa joven había desfalcado veinte mil dólares de...?

Gage le interrumpió, levantando las manos, con las palmas hacia fuera.

—Por favor, señor Mason. Nosotros no hemos denunciado tal cosa.

—Entonces, lo dieron a entender.

—Señor Mason, no creo que éste sea el lugar ni el momento más apropiado para discutir este asunto.

—¿Por qué no es el momento más indicado?

—Porque... yo no había previsto... Bueno, usted no telefoneó y yo no estaba advertido.

—¿Necesitaba estarlo?

—Pues... realmente, no.

—¿Y qué hay de malo con el sitio?

—Que es un lugar demasiado público.

—Usted lo eligió —le recordó Mason.

Homer Gage abrió la puerta de paso del mostrador.

—Por favor, pase a mi despacho privado, señor Perry Mason.

El abogado le siguió a lo largo de una gruesa alfombra, que adornaba el pasillo a ambos lados del cual había más vitrinas con objetos de arte; pasaron junto a dos mecanógrafas, que dejaron de trabajar abiertamente para examinar a Mason, y éste llegó por fin ante una puerta de nogal.

Homer Gage mantuvo abierta la hoja de madera y dejó entrar primero a Mason.

—Siéntese, señor Mason. Siento que hablase usted de este asunto delante de mis empleadas.

—Usted no me dejó otra alternativa —replicó el abogado, sin inmutarse.

—Tal vez no debí... Lo siento. No aprecié la importancia de su visita.

—Supongo que ahora la aprecia ya, ¿no es cierto?

—Bien, señor Mason, queda en pie el hecho de que un interventor ha demostrado que falta una suma bastante cuantiosa de la caja y, naturalmente, en tales circunstancias, quisimos efectuar algunas investigaciones respecto a nuestros empleados ausentes.

—¿Una de tales personas fue Diana Douglas?

—En efecto.

—¿Y su tío Franklin Gage, otra?

—Bueno, no se le puede llamar empleado. Virtualmente, esta empresa es suya.

—¿Y Edgar Douglas era otra?

—Sí. Está en el hospital con fractura de cráneo. Desde el accidente no ha recobrado el conocimiento. Y temo que la prognosis no es muy favorable.

—¿También hicieron indagaciones respecto a él?

—No está en condiciones de ser interrogado. No es posible hacerle preguntas a un ser inconsciente.

—De modo, que Diana Douglas fue la única persona cuyo nombre se dio a la Policía.

—Oh, señor Mason, me parece que usted apareja antes el carro que el caballo. Con una falta de dinero de esa cuantía, era natural que deseáramos hablar con la señorita Douglas. Era nuestro derecho. Esa joven está empleada en nuestra Compañía. Y suponíamos que había pedido permiso por unos días a fin de poder estar cerca de su hermano, en el hospital, pero luego averiguamos que se había marchado repentinamente a Los Ángeles.

—¿Y entonces le pidieron a la policía de aquella ciudad que efectuara la indagación?

—Se pidió a la Policía de Los Ángeles cierta información sobre esa señorita.

—Implicando que podía haber desfalcado a la empresa, naturalmente.

—En absoluto, señor Mason. No diga usted lo que yo no he dicho. Simplemente, pedimos ciertas comprobaciones.

—¿Y cómo averiguaron que Diana Douglas se hallaba en Los Ángeles?

—Temo que éste es un asunto confidencial, señor Mason, que no puedo discutir por el momento.

—De acuerdo —concedió el abogado—. Sólo quería que ustedes supiesen que represento legalmente a la señorita Douglas; que ella y yo opinamos que se ha perjudicado su reputación al ser acusada de desfalco, al menos por inferencia, y por haber solicitado ustedes la colaboración de la Policía de Los Ángeles. Esta es mi baza, señor Gage, y si tiene algún otro asunto que tratar con la señorita Douglas tendrá que tratarlo por mi mediación.

—¿Significa esto que ya no pertenece a la empresa? —preguntó Homer Gage.

—Este asunto no puedo discutirlo en estos instantes. Sólo me refiero al caso que ella puede presentar contra ustedes por difamación. Por tanto, si desean ustedes efectuar más indagaciones en este sentido, será preferible que se entiendan conmigo.

—Vamos, señor Mason... No hay necesidad de enfadarse. No tiene por qué tomar las cosas de esta manera. ¿Ha venido de Los Ángeles sólo para decirnos esto?

—¿Por qué no?

—Me parece algo tan fútil... La verdad es que no sabemos dónde está el dinero. Lo único que sabemos es que falta de la caja.

—¿Está usted seguro?

—Al parecer, es cierto. Faltan unos veinte mil dólares en billetes.

—¿Guardan tanto dinero en la caja? Resulta un poco extraño...

—Sí. En algunas ocasiones, hay una cantidad aún mayor.

—¿Puedo preguntar por qué? —quiso saber Mason.

—Naturalmente, no hay inconveniente —asintió Gage—. Efectuamos bastantes tratos sobre la base de dinero en efectivo, y muchas operaciones las realizamos en los días festivos, cuando los bancos están cerrados.

—Y en algunas operaciones no interesa que se efectúen preguntas, ¿verdad?

—Oh, no, nada de eso... Pero tenemos la costumbre de comprar objetos pagándolos al contado y cuando la operación ha quedado terminada... totalmente establecida y en firme...

—No le entiendo, francamente —le interrumpió Perry.

—Oh, sí, es un poco difícil de entender, señor Mason. En varios países con los que tenemos relaciones comerciales, hay ciertos embargos a tener en cuenta. Por ejemplo, en Méjico es ilegal exportar objetos antiguos, pero, en cambio, en Estados Unidos existe una gran demanda de tales objetos.

—¿Y esas figuritas mejicanas han pasado de contrabando?

—Yo no lo diría así, señor Mason. Siempre pongo gran cuidado en no hablar de este modo. Sólo le estaba contando los motivos de tener siempre tanto dinero en caja. Hay ciertas cuestiones que... no interesa profundizar demasiado. Y cuando no se profundiza en las cuestiones, hay que pagar al contado.

—Creo que todavía no lo entiendo —insistió Mason.

—¿Es necesario que lo entienda?

—Pues sí.

Homer Gage se puso colorado.

—Al fin y al cabo, señor Mason, le he explicado todo lo que puedo, respecto a las actividades de nuestra empresa, teniendo en cuenta las circunstancias.

—Me ha explicado lo relativo al dinero para los pagos al contado —objetó el abogado—, a fin de hacer pasar esas figuritas por la frontera. Supongo que se ha estado refiriendo a un soborno.

—En absoluto. Usted es abogado, y debe saber sumar dos y dos.

—Tal vez —sonrió Mason.

—Pero quizás ha sumado dos y dos y ha obtenido un total falso —le advirtió Gage.

—En cuyo caso —replicó Mason, sonriendo afablemente—, podrá explicarlo todo mucho mejor ante un tribunal.

—¡Eh, un momento! Mason, esto no tiene nada que ver con los tribunales, ni hay motivo para que usted me ponga delante de un jurado.

Mason no despegó los labios.

Homer Gage respiró profundamente.

—Permita que se lo explique de esta forma, señor Mason. Méjico tiene un embargo sobre la salida de objetos antiguos del país. Por otra parte, no hay ningún embargo en Estados Unidos respecto a la importación de objetos de arte antiguos. Por tanto, si alguien llega con una camioneta cargada de estatuas mejicanas, nosotros no tenemos necesidad de determinar, en el momento de realizar la operación, si tales figuras son auténticas o sólo unas imitaciones.

Homer Gage volvió a respirar pesadamente y se secó el sudor de la frente con un pañuelo.

—Debe comprender que en Méjico hay una industria dedicada a la fabricación de tales imitaciones, para vendérselas a los turistas que muy a menudo creen haber adquirido auténticas obras de arte antiguo.

—Lo cual aún no explica lo del dinero en efectivo —arguyó Mason.

—Bueno —prosiguió Gage—, póngase usted en el lugar del

individuo que trae la camioneta. Éste sólo quiere vender los objetos. Y conseguir lo que considera un precio razonable por los mismos. Sabe lo que ha pagado por ellos. Y quiere un beneficio. Pero cuando un tipo tiene una camioneta llena de esta clase de objetos, es razonable suponer que se dedica a ello, y que no se trata meramente de una operación aislada.

Al ver que Mason no parecía entender, Gage reanudó sus explicaciones.

—En tales circunstancias, prefiere que no queden huellas oficiales de la transacción. Prefiere, por tanto, cobrar al contado y que no se hable más de ello.

Mason empezó a asentir con el gesto.

—Luego, tenemos también el otro extremo del negocio —continuó Homer Gage—, las exportaciones de productos de Hong-Kong, en que es necesario poseer un Certificado de Origen. Y aquí nos encontramos también en una situación que requiere dinero al contado, enviado por telégrafo. Bien, creo que no es necesario que le dé más explicaciones. En nuestro negocio, señor Mason, siempre hay...

Se interrumpió súbitamente al llamar a la puerta una secretaria.

—Con permiso —dijo—. El señor Franklin Gage acaba de regresar.

—Por favor, dígame que venga —pidió Homer—. Comuníqueme que el señor Perry Mason, abogado de Los Ángeles está aquí y que tal vez tengamos que consultar con nuestro departamento legal.

—¿Por qué no? —opinó Perry Mason—. Me gustaría mucho más tratar directamente con otro abogado.

—No, no, no, todavía no —se opuso Homer Gage—. Sólo deseo que Franklin comprenda la situación. Ah... aquí está.

Mason volvió la cabeza.

El caballero alto, de aspecto distinguido, que estaba en el umbral, mostraba una sonrisa amable en su expresión, si bien los ojos miraban de manera calculadora y sin sonreír en absoluto. Eran unos ojos muy grandes y redondos, y parecían dominar el rostro.

Contaba unos cincuenta años de edad, y llevaba unas gafas sin montura que subrayaban la fortaleza de sus ojos. La boca era grande, los labios gruesos y sonreía como el hombre acostumbrado

a emplear tácticas suaves a fin de conseguir lo que le interesa.

—Señor Mason, el señor Franklin Gage —le presentó Homer.

El abogado se puso de pie.

Franklin Gage le estrechó la mano con otra que parecía un almohadón de carne, igual que si su cuerpo tuviese una capa de materia aislante en la mano derecha.

—Ah, sí, señor Mason —exclamó el recién llegado—, he oído hablar mucho y bien de usted. Su reputación no se halla limitada sólo a Los Ángeles, ni mucho menos. Es un placer conocerle personalmente. ¿En qué podemos servirle?

Homer Gage fue quien contestó rápidamente a la pregunta.

—El señor Mason ha venido por el asunto de Diana Douglas. Ya recordarás, tío, que lleva tres o cuatro días de permiso.

—Bueno, no había demasiado trabajo y le dimos un permiso. Su hermano quedó gravemente herido en un accidente de automóvil y tengo entendido que aún sigue inconsciente.

—No, caballeros —explicó Mason con gravedad—. El muchacho falleció esta madrugada.

Tío y sobrino intercambiaron sus miradas.

—¡Dios mío! —murmuró Homer.

—Pobre chico... —susurró Franklin, con simpatía.

—Le agradezco que nos lo haya comunicado —añadió el sobrino.

Franklin Gage volvióse hacia él.

—Homer, la empresa tiene que enviar unas flores.

—Ciertamente, me ocuparé de ello.

—Y ponte en contacto con Diana y pregúntale qué necesita. Debemos expresarle nuestra simpatía.

—Temo que el señor Mason no nos permitirá ponernos en contacto directo con Diana —contestó Homer Gage—. Y aunque no se oponga, no creo que fuese prudente... no hasta haber consultado con nuestros abogados.

—¡Tonterías! —gruñó Franklin—. Tenemos que dejarnos guiar siempre por el humanitarismo y la decencia.

—Creo que será mejor que escuches al señor Mason —opinó Homer.

—¿Qué diferencia habrá? —quiso saber Franklin, con voz que

perdía su tono cordial.

Homer se enzarzó en una apresurada explicación.

—Bueno, al parecer Diana Douglas efectuó un viaje rápido a Los Ángeles no sé por qué motivo, y lo hizo con un nombre supuesto.

Franklin Gage miró asombrado a su sobrino, el cual continuó:

—Por otra parte, Stewart Garland, al verificar el dinero, dijo que existía cierta discrepancia... y un cálculo somero fijó la misma en la falta de unos veinte mil dólares. Naturalmente, quise averiguar la verdad y que Diana fuese interrogada...

—O sea que la hiciste interrogar con relación a la falta de ese dinero... —estableció Franklin.

—Directamente, no —replicó Homer—. Tal vez obré precipitadamente, pero cuando me enteré de que se había inscrito en un hotel con un nombre falso, le pedí a un amigo mío de la policía que procurase averiguar qué pasaba y él me contestó que haría que la policía de Los Ángeles se pusiese en contacto con la muchacha.

Homer Gage hizo una pausa y miró al abogado.

—El señor Mason piensa que cometimos la infamia de haber acusado de desfalco a Diana y que ello constituye una difamación, castigada por la ley.

—Diantre —exclamó Franklin, molesto—, no debiste saltar a conclusiones tan precipitadas. Mucha gente tiene acceso al dinero de la caja... por la forma cómo llevamos el negocio. Yo mismo me llevé diez mil dólares a fin de realizar una operación que tenía entre manos. Por desgracia, el asunto no se llevó a término. Y hace unos minutos he devuelto el dinero a la caja.

—Lo cual hace que sólo falten unos diez mil dólares —reflexionó Homer Gage, como un globo deshinchado.

—No es posible afirmar que falte dinero hasta haberlo comprobado todo —replicó Franklin—. Ya sabes lo que ocurre con la caja. Allí guardamos grandes sumas y siempre que uno de nosotros necesita dinero coge el que necesita y deja una nota. Pero a veces las notas no se llevan al día. O sea, que si alguien tiene prisa no se molesta en dejar ninguna.

Miró directamente a Mason, como dirigiéndose sólo a él.

—En mi caso, se trataba de una operación que no se ha

realizado. Saqué diez mil dólares de la caja y no dejé ninguna nota. No tenía la menor idea de que alguien pensaría que se había cometido un desfalco. De la forma como lo tenemos organizado, Homer, hubieras debido aguardar mi regreso antes de pensar en esa tontería del desfalco.

—Lo siento, pero Diana Douglas empleó un nombre falso, se marchó a Los Ángeles y se inscribió en un hotel como Diana Deering. En tales circunstancias, pensé que...

—¿Cómo te enteraste de todo eso? —quiso saber Franklin Gage.

—Francamente, no lo descubrí —confesó Homer, aparentemente a la defensiva, y algo enojado—. Quería hablar con Diana respecto al dinero y si poseía algunas notas de la caja, que se hubiera olvidado de dejar en ella... Bien, entonces me enteré de que no estaba en su apartamento. Ni tampoco en el hospital con su pobre hermano, aunque sí estuvo allí dos o tres horas seguidas después del accidente. Pero luego parecía haber desaparecido.

Homer Gage se aclaró la garganta antes de proseguir:

—Yo tengo un amigo en la policía de aquí y le pregunté cómo era posible localizar a una joven en tales circunstancias, y me contestó que probaría un par de pistas.

—¿Y bien...? —le animó Franklin.

—Pues bien, mi amigo utilizó el sentido común, que era lo que yo debí hacer si se me hubiese ocurrido. Sabía que Diana estaba preocupada por su hermano, de modo que se marchó al hospital, interrogó a la telefonista y averiguó que desde Los Ángeles llamaban con regularidad preguntando por el estado de Edgar Douglas. Además, la muchacha había dejado un número para poder ser avisada en caso de un cambio repentino. Mi amigo descubrió que aquél era el número telefónico del hotel Willatson de Los Ángeles, y que una tal Diana Deering era la autora de las llamadas. Gracias a la comprobación de su aspecto, quedó bien establecido que Diana Deering era Diana Douglas, y entonces, mi amigo me sugirió un plan para interrogarla porque... bueno, ya comprenderás la posición en que yo me encontraba.

—No pienso efectuar ninguna declaración —razonó Franklin Gage—. Pero Diana Douglas es una empleada leal de esta empresa y yo tengo una gran confianza en su integridad. Siento que el señor

Mason haya adoptado esta actitud, y crea que se trata de un caso de difamación. También lamento no haber realizado más comprobaciones antes de hablar de desfalco... Usted comprenderá, señor Mason, que a veces tenemos más de cien mil dólares en nuestra caja fuerte.

El abogado enarcó las cejas.

—¿Le parece mucho? —rió Franklin Gage—. Pues a nosotros nos parece poco porque nuestros negocios no tienen un carácter demasiado corriente.

—Le he explicado ya al señor Mason... —tartamudeó Homer.

—Nosotros no tratamos con automóviles, por ejemplo —añadió Franklin—, donde hay un número de registro y un boleto de color rosa. En nuestro negocio, la persona que tiene los artículos es, a todo propósito e intento, su propietario, a menos, claro está, que haya robado los objetos, lo cual es un peligro que debemos correr.

Sonrió para sí mismo.

—Sin embargo, tenemos una clientela regular con la que tratamos, y hemos tenido mucha suerte al adquirir siempre objetos no procedentes de robo.

—Pero sí de contrabando —arguyó Mason.

—No lo sabemos —contestó Franklin, encogiéndose de hombros—. Ni queremos saberlo. Naturalmente, el contrabando es un delito de orden menor. Hay embargo contra las exportaciones. Y si un individuo astuto saca de Méjico una docena de estatuillas sin alarmar a las autoridades de aquel país, y las presenta en Estados Unidos como imitaciones que ha traído para una consideración nominal en una tienda de curiosidades de Tijuana, nadie se molesta si tal tienda vende imitaciones de estatuas antiguas.

—Entiendo —asintió Mason.

—Luego, cuando llegan a este país, si resulta que las figuritas son auténticas, nosotros no tenemos por qué preguntar de qué modo se ha burlado el embargo mejicano. Simplemente, preguntamos: «¿Cuánto?». Y si el precio es bueno y quedamos satisfechos por la calidad de la mercancía, cerramos el trato.

—Entonces, esas estatuas de exposición —preguntó Mason—, ¿son imitaciones?

Franklin Gage sacudió negativamente la cabeza.

—Nunca tratamos con copias, señor Mason. Sólo con artículos auténticos.

—Pero han pasado la frontera como imitaciones... —insistió el abogado.

—Ignoramos cómo han pasado la frontera, señor Mason.

Franklin Gage hizo una pausa significativa y cambió de tema.

—Bien, debo manifestar que nos hallamos grandemente preocupados por la desgracia que ha sufrido Diana al perder a su hermano, por el que sentía tan gran afecto. Supongo que no son momentos muy apropiados para ponernos en comunicación con ella, pero después de los funerales, señor Mason, me propongo hacerlo. Supongo que estará usted de acuerdo en postergar toda discusión de este asunto hasta después del entierro, al menos.

El abogado no contestó.

—Personalmente —prosiguió Franklin—, no veo en qué puede ayudar a esa joven aumentar sus sentimientos de dolor, por una parte, o sus sensaciones de duelo, por otra. Señor Mason, le ruego como favor personal que mantengamos este asunto en suspenso por unos días. Estamos a finales de semana y el hermano de Diana acaba de fallecer. Lo cual significa tener que atender a una serie de cosas, y esa pobrecita... Homer, trata de comunicarte con ella por teléfono y pregúntale si necesita dinero. O algún anticipo...

—No la llamen hoy —advirtió Mason—. Le recomendé un sedante y que no contestara a ninguna llamada.

—Sí, sí, entiendo —asintió Franklin Gage—, y naturalmente, mañana es sábado, pero... tal vez sería preferible, Homer, que hablaras con una de las chicas; seguramente habrá alguna que sea íntima amiga suya, alguna que vaya a verla mañana y le exprese con naturalidad nuestras simpatías.

Homer meneó la cabeza.

—Mal asunto con Diana. Es una chica muy reservada, y no creo que tenga amistad con las demás mecanógrafas, pero veré qué puedo hacer.

Franklin Gage se puso de pie y extendió de nuevo su carnosa mano en dirección al abogado.

—Encantado de haberle conocido, señor Mason, y muchas gracias por haber venido a tratar de este asunto. Estoy seguro de

que no tendremos necesidad de adoptar una postura adversa a usted... Esto no quiere decir que me halle completamente de acuerdo con su punto de vista, pero... bueno, creo que no costará mucho solucionar el caso.

Franklin miró fijamente a Mason como queriendo penetrar en sus pensamientos.

—Por favor, no piense que nuestro negocio funciona de manera irregular. Le aseguro que es una empresa muy importante y que la importación y la exportación es un verdadero problema en la actualidad. Y que todo el mundo tiene contactos.

—¿A qué se refiere?

—Bueno, agentes y corredores —explicó Franklin gesticulando con la mano—. Oh, nosotros no damos nuestro dinero al primero que llega, señor Mason. Pero tratamos con ciertas personas, que a su vez tratan con otras... Bueno, para mí no es una cosa extraordinaria coger cinco, diez o quince mil dólares de la caja y ponerme en contacto con uno de nuestros agentes que tiene, por ejemplo, un cargamento de curiosidades que podemos adquirir con algún beneficio: estatuas mejicanas, tallas de marfil o de buen jade...

Mason chasqueó la lengua apreciativamente.

—Naturalmente, sabemos que el agente no es más que un intermediario y que gana algo en la operación. De todos modos, procuramos que su beneficio no sea exorbitante, aunque por otra parte, necesitamos que gane bastante porque en este negocio, todo el mundo ha de sacar lo que sea justo. Bueno, supongo que ya se ha hecho cargo de todo.

—En efecto —afirmó Mason.

Homer Gage no ofreció su mano. Parecía un poco apartado y digno, como herido en su amor propio.

Franklin Gage abrió la puerta.

—Gracias de nuevo por su visita, señor Mason. Ha sido muy amable al molestarse en venir a explicarnos la situación. Creo que todo se arreglará satisfactoriamente. Buenos días, señor Mason.

—Buenos días.

El abogado salió del despacho y al llegar al mostrador se detuvo unos instantes para contemplar una pieza de marfil tallado que

reclamó su atención. En la estatuilla alguien había dejado apoyado un fragmento de papel doblado. Encima se veía escrito a máquina el nombre del abogado.

Mason se inclinó como para examinar más atentamente la talla. Y en el mismo instante, su mano se apoderó del papel. Cuando volvió a erguirse, se metió el papel en el bolsillo derecho de su chaqueta.

Perry Mason abandonó el vestíbulo de exposiciones, deteniéndose a contemplar las figuritas expuestas.

—Realmente, son estupendas —sonrió la chica de la centralita.

—Sí, verdaderamente —asintió Mason—. Se apoderan del ánimo de uno.

El abogado salió de la oficina, recorrió el pasillo y antes de llegar al ascensor sacó el papelito de su bolsillo. Al desdoblarlo vio que contenía un mensaje a máquina.

«No permita que le echen tierra a los ojos. Diana es una buena chica. Pero aquí ocurren cosas que no desean que usted sepa. Por favor, proteja a Diana».

No había firma.

Mason dobló el mensaje, volvió a metérselo en el bolsillo, se marchó al hotel y, tras despedirse, regresó a Los Ángeles.

Capítulo 11

El lunes por la mañana, Mason insertó la llave en la cerradura de su despacho particular y abrió la puerta.

—Vaya, hola, forastero —le saludó Della Street.

—No tanto —sonrió el abogado.

—Casi, corriendo de esta manera a San Francisco y jugando a detectives. ¿Qué ha averiguado?

—Nada en absoluto —respondió Mason—, salvo que esa Diana Douglas es un problema. Me parece haberla dejado desamparada.

—¿Por qué no se olvida de ella?

—Porque tengo con ella una obligación profesional.

—Le ha mentido a usted con todo descaro —le recordó Della Street—. Y cuando no mintió, le ocultó muchas cosas.

—Lo sé, pero esa pobre muchacha estaba sumamente inquieta por su hermano.

—¿El del accidente de coche?

—Falleció el viernes por la mañana —explicó Mason—. Creo que hoy es el entierro. Le aconsejé a Diana que se tomara un somnífero el viernes, que se fuese a dormir y se olvidara de todo este maldito asunto.

—Y usted estuvo en la Compañía de Importaciones y Exportaciones Escobar.

—Sí, y conocí a un par de individuos muy interesantes —concedió Mason—. Quería enterarme del modo cómo llevan a cabo sus operaciones. Hablé con Franklin y con Homer Gage, que son una buena pareja.

—¿Suaves?

—E intrigantes. Homer Gage se domina a duras penas. Franklin Gage es más suave. Da la impresión de haber intentado toda la vida

disimular sus sentimientos. Cuando te da la mano, parece que uno estreche un cojín relleno de carne, como si utilizase una especie de aislante esponjoso para impedir la penetración en su organismo de cualquier corriente magnética.

—¿De él a usted? —quiso saber Della.

Mason reflexionó un instante y al final sonrió.

—En algunos sentidos. Della, éste es un tema muy profundo, pero lo cierto es que cuando se le estrecha la mano a un hombre siempre se aprende mucho a su respecto. Sí, existe una corriente magnética que se experimenta en el apretón de manos.

—Lo sé —afirmó la joven—. Unas manos son firmes y sinceras mientras que otras son evasivas. Es algo difícil de describir.

Mason estaba pensativo.

—Estrechar la mano es una costumbre muy especial. Consiste en juntar dos partes, una de cada cuerpo, de forma que de uno al otro pase una vibración magnética... Bien, será mejor que nos dediquemos a trabajar un poco.

Della Street sacudió la cabeza.

—Tenía dos entrevistas concertadas para esta mañana, pero al no tener noticias tuyas desde el viernes por la tarde, las cancelé.

—Debí ponerme en comunicación con usted —asintió Mason—, pero me entretuve mucho tiempo en la Compañía Escobar, aunque no lo lamenté. Además, pasé por una experiencia muy curiosa.

—¿Cuál?

—Una de las mecanógrafas dejó una nota a mi nombre junto a una talla de marfil muy destacada del vestíbulo.

—Vaya, vaya —sonrió Della Street maliciosamente—. ¿Por esto se quedó en San Francisco el viernes por la noche?

Mason también sonrió.

—No era una nota galante. Échele una ojeada.

El abogado extrajo el papel de su bolsillo. Della lo leyó.

—Fue escrita con una máquina eléctrica —afirmó—. ¿Se fijó qué secretaria usaba una?

—No —confesó Mason—. Estaba admirando la decoración de la oficina, las figuritas, las tallas de marfil y jade... Por lo menos vale medio millón la exposición de aquel vestíbulo.

—¿No le ofrecieron algo con descuento? —rió Della Street.

—Sólo venden y compran al por mayor —explicó Mason pensativamente—. Me gustaría conocer a algunos clientes y saber algo más de todo el negocio... De modo que canceló mis citas de esta mañana...

—Exactamente. No eran importantes, por lo que las cancelé el viernes por la tarde, por teléfono.

—Al salir de la Compañía Escobar —explicó Mason—, me dirigí al Muelle de los Pescadores y almorcé un centollo, bueno, supongo que debía llamarlo comida, y luego fui al aeropuerto. Fíjese, un viernes por la tarde en el aeropuerto de San Francisco. Tuve suerte de poder regresar. Pero no lo conseguí hasta las cinco y cuarto... y a aquella hora no quise molestarla a usted. Bien, me largo a la oficina de Paul, para ver si sabe algo de la falsa Diana.

—¿De quién?

—De Stella Grimes, la agente de Paul que se inscribió en el hotel Willatson con el nombre de Diana Deering. Tal vez se haya producido algún nuevo acontecimiento.

—Tal vez...

—Para su información —continuó Mason—, Franklin Gage adoptó una actitud muy poco formal respecto a la falta de veinte mil dólares. En realidad, sólo faltan diez mil, ya que el propio Franklin se había llevado diez mil para concertar un negocio que no llegó a consumarse, y al regresar a la oficina volvió a depositar el dinero en la caja. Esto fue el viernes por la mañana.

—¿Y lo explicó todo?

—Sí, tan pronto como su sobrino le manifestó que faltaba dinero.

—Fue muy oportuno —comentó Della.

—Oh, es una forma muy casual la que tienen de guardar el dinero en la caja —observó Mason—. Creo que Franklin estaría dispuesto a sufrir una pérdida razonable antes que permitir que el asunto se vea en los tribunales, donde podría ser contrainterrogado respecto al motivo por el que guardan tanto dinero en la caja de la Compañía, y qué hacen con él... También podría presentarse el tema de los impuestos... y estoy seguro de que en este sentido no se muestran demasiado cumplidores con la ley.

—¿Se dedican al contrabando?

—Por lo menos tratan con contrabandistas, y en todo el negocio existe un ambiente de gran irregularidad. Algunos objetos de arte de su exposición son verdaderas maravillas. Bien, iré a charlar unos instantes con Paul... Creo que esta mañana estará en su despacho. Luego, volveré y nos ocuparemos de los otros asuntos.

—Recuerde que tiene varias entrevistas de importancia esta tarde —dijo la secretaria.

—Está bien. Voy a echar un vistazo al despacho de Paul y regresaré a las minas de sal... Me parece que el entierro de Edgar Douglas es para esta mañana. Tras lo cual seguramente tendremos noticias de Diana. O no volveremos nunca más a saber nada de ella. Me imagino que Franklin Gage asistirá al entierro, y seguramente le contará a Diana que todo el asunto del desfalco fue sólo una falsa alarma.

—Opino lo mismo —observó Della.

—Ciertamente, Diana está destrozada. Cogió el avión hasta San Francisco, corrió al hospital, estuvo con su hermano hasta que falleció de madrugada, luego tuvo que ocuparse de todas las disposiciones para el entierro, y se marchó hacia la Compañía Escobar a las diez y media... Ah, aguarde, Della. Aquí tengo el cheque que ella me dio del depósito efectuado en el banco.

Mason sacó su cartera del bolsillo y de la misma extrajo varios papeles.

—Sí, aquí está. Es un cheque del Banco Financiero de los Granjeros, de San Francisco, con Diana Douglas como depositaria de una cantidad de cinco mil dólares. Oh, esa chica tal vez nos mintió en algo, pero ha seguido mis instrucciones al pie de la letra. En realidad, sentía un gran afecto por su hermano. Supongo que era para él, más una madre que una hermana... Si se presenta alguna novedad, estoy en el despacho de Paul Drake.

—No corra —le aconsejó Della Street—. Si ocurre algo importante ya le llamaré.

Mason anduvo por el corredor hasta la oficina de la Agencia de Detectives Drake, saludó a la chica de la recepción y señaló con el pulgar hacia el despacho de Paul Drake.

La joven sonrió y asintió.

—Está ahí. En este momento se halla telefoneando. Pase.

Mason empujó la portezuela de madera del mostrador que separaba la antesala de los demás despachitos y recorrió el largo corredor flanqueado por los cubículos donde los agentes de Paul Drake redactaban sus informes, hasta llegar al despacho de aquél.

Paul Drake se hallaba sentado detrás de su escritorio, donde se veían varios teléfonos. Cuando Mason se asomó al interior de la estancia, terminaba de hablar por uno de los aparatos.

El detective señaló una butaca.

—Hola, Perry. Este despacho es un sitio de mando desde donde dirijo actividades simultáneas, no es un sitio de consulta.

Mason dejóse caer en el asiento.

—¿Para qué sirven tantos teléfonos? ¿Para comunicarte con todos los precintos de la policía? —indagó Perry Mason.

—Casi —rió Drake—. Desde la centralita se efectúan muchas llamadas, pero para las misiones delicadas, cuando empleamos coches con teléfono, hay veces que no tengo tiempo de acudir a la centralita. Por esto, les entrego a mis agentes uno de mis números privados, que no figuran en la guía. Así, me llaman directamente, ya que están absolutamente seguros de encontrarme aquí.

—¿Y si has salido?

—Hay una señal en la centralita y la telefonista puede tomar el recado. Cuando se dirige una agencia como la mía, hay que tenerlo todo previsto, y esto es más cierto aún con respecto a los agentes que conducen un coche con teléfono. Bien, ¿qué deseas, Perry?

—Se trata del caso treinta y seis, veinticuatro, treinta y seis —repuso el abogado—. Diana Douglas pertenece a esta clase de chicas que acuden al médico para que les recete algo para la gripe; pero al llegar a casa, siguen el consejo de la portera y se toman dos aspirinas con limonada caliente, arrojando al cubo de la basura la medicina del doctor. Luego, llega una amiga y le aconseja que se tome mucha vitamina C y un ponche muy caliente. La visita alguien más, que le recomienda té y quinina, y también lo toma. Y al final, cuando el doctor va a visitarla, la joven esconde todos los potingues debajo de la cama y exclama: «¡Oh, doctor, me siento muy mal!».

Drake sonrió.

—Acabas de describirme la naturaleza humana, Perry. ¿Qué ha hecho ahora?

—Nada —repuso Mason—. Estaba muy encariñada con su hermano, el del accidente de automóvil. El pobre Edgar, que, como sabes, así se llamaba; falleció el viernes por la madrugada. Y hasta aquel momento, la pequeña Diana hizo toda clase de cosas... o mejor dicho, dejó de hacerlas. Tenía que reunirse conmigo en el aeropuerto para marcharnos a San Francisco, pero no se presentó. Me contó que le pareció que alguien la seguía.

—Ya —comentó Paul Drake.

—Ordinariamente, yo habría aceptado esta explicación como el evangelio, pero en vista de su afición a mentir, estoy tentado a dudar de sus palabras. Además, Paul, será mejor que llames a Stella al hotel Willatson, y durante unos días al menos nos olvidemos de este caso.

—¿No puedes contarme algo más sin violar tu ética profesional? —inquirió el detective.

Mason sacudió la cabeza.

—Recuerda, Paul, que soy tu cliente en este caso, y que todo lo que sabes respecto a Diana Douglas procede de tus trabajos detectivescos.

—Lo recuerdo —asintió Paul.

—Pues bien, llama a Stella Grimes y dile que ya puede abandonar el hotel y largarse a casita.

Paul Drake levantó uno de los teléfonos.

—Llame al hotel Willatson —le ordenó a la telefonista de la centralita—, y que me pongan con la habitación siete, seis, siete.

Hubo una larga pausa.

—Hola, Stella —prosiguió luego—. Creo que su misión ha terminado... Será mejor que se despidan y... ¿Cómo...? ¿Está segura? Un momento, Stella.

Drake se enfrentó directamente con Perry Mason.

—Stella cree que ocurre algo. Hace poco salió a desayunar y un tipo la siguió. Está segura de que hay un individuo al final del pasillo del piso vigilando el ascensor.

Mason consultó su reloj.

—Dile que salimos para allá, Paul.

—Caramba, Perry, no puedo dejar esto. Puedo enviar a un agente y...

—Iré solo —replicó el abogado—. Sólo pensé que te gustaría acompañarme. Tengo la mañana libre, y si nuestro amiguito Moray Cassel ha puesto a uno de sus compinches al acecho, a fin de intimidar a la ocupante de la habitación siete, seis, siete, será un gran placer ahuyentarlo de allí.

—Calma, Perry —aconsejó Drake—. Esos tipos suelen ser peligrosos.

—Yo también, cuando uno de esos individuos empiezan a rondar a una mujer.

Perry Mason salió de la agencia de detectives, no sin antes advertirle a la chica de la centralita telefónica:

—Llame a mi oficina y dígame a Della Street que salgo y tardaré una hora en regresar.

—¿Qué sale? ¿A dónde?

—Bueno —sonrió Mason—, dígame que se trata de hacerle un favor a alguien. Y si se muestra muy preguntona, añada que he estado sentado tanto tiempo en el puesto de mando, dejando que la tropa llevara el peso de la batalla, que ya estoy cansado. Y que necesito acercarme a la línea de fuego.

—¿Quiere que le diga todo esto?

—Pensándolo bien —rió el abogado—, será mejor que no se lo diga. Límitese a comunicarle que volveré dentro de una hora.

El abogado bajó en ascensor hasta la planta baja, alquiló un taxi, dio las señas del hotel Willatson, una vez allí subió al séptimo piso, y se fijó en un tipo que tenía un martillo y un escoplo y estaba trabajando en el extremo del pasillo. No había nadie más.

El abogado fue hacia la habitación 767 y tabaleó gentilmente a la puerta.

—Diana... —murmuró.

Abrió Stella Grimes.

—Pase, señor Mason. Y, por favor, no me asigne ninguna otra misión como ésta.

—¿Está asustada porque alguien la ha seguido?

—No, caramba —fue la respuesta—, pero estoy mortalmente aburrida. ¿Ha estado alguna vez instalado en un hotel, esperando hora tras hora a que ocurra algo sin que suceda nada? Pones la radio en marcha y has de elegir entre dos emisoras. Y escuchas una

serie de anuncios hasta que te hartas. Te sirven las comidas en tu habitación. Vas de una silla a otra. No te apartas del teléfono por temor a que se trate de algo muy importante. No te atreves a llamar a nadie porque puedes estar comunicando si telefonea el jefe. Seguro que he dormido para todo un mes en esos tres días. Esta mañana he salido por primera vez. La camarera del piso empezaba a mostrarse suspicaz, de modo que avisé a la centralita que estaría fuera unos cuarenta y cinco minutos. Y me fui a tomar el aire. La próxima vez, espero que me encargue una misión donde haya más movimiento.

—¿Y donde pueda utilizar su revólver? —sonrió el abogado.

La joven le devolvió la sonrisa.

—Nunca lo he utilizado. Sólo lo saqué un par de veces, cuando la cosa se ponía difícil...

Calló al oír una llamada a la puerta.

—No me diga que nunca ocurre nada —se extrañó Mason—. Ya empiezan a suceder cosas. Apuesto algo a que se trata de nuestro amigo Moray Cassel.

—¿Y si vuelve a verme aquí?

—Finja estar avergonzada. Como si se tratara de una cita... en fin, ya me entiende. Y ande con tiento. Ese tipo tal vez desee inscribirla en su lista de clientes proveedores.

La puerta volvió a vibrar bajo el fuerte tabaleo. Mason le hizo una seña a Stella.

—El cuarto es suyo —observó.

La joven fue a abrir.

Había dos individuos en el umbral que entraron sin ninguna ceremonia. No eran los mismos agentes de la otra vez.

—¿Es ésta su carta de crédito? —preguntó uno—. ¿La perdió usted?

Le enseñó a Stella Grimes una carta de crédito del Banco Americarta. El agente se fijó de pronto en Mason.

—¿Quién es su amigo? —preguntó.

—Cada cosa a su tiempo —replicó Stella—. ¿A cuál de las dos preguntas he de contestar antes?

El otro agente se volvió fieramente hacia el abogado.

—¿Quién es usted?

El primer oficial volvió a mostrarle la carta de crédito a la joven.

—Bien, ¿es suya? —insistió.

Stella miró a Mason furtivamente.

—Parece ser una tarjeta de crédito del Banco Americarta a nombre de Diana Douglas.

—¿Es suya o no...?

—Pues...

—¡No conteste! —la voz de Perry Mason sonó como un trallazo.

—Un momento, amigo —intervino el agente—. No se meta en esto o...

—Un instante, chico —se entrometió el otro agente—. Es un abogado. Acabo de reconocerle. Se llama Perry Mason.

—¿Qué diablos hace aquí?

—¿Y ustedes? —replicó Mason.

—Queremos averiguar si esta carta de crédito le pertenece a esta joven.

—¿Una carta de crédito a nombre de Diana Douglas? —preguntó el abogado.

—Exacto, de Diana Douglas.

Mason reflexionó un instante.

—Si están investigando un delito, tienen el deber de advertir a los sospechosos respecto a sus derechos constitucionales.

—Está bien —accedió el agente—, somos policías de paisano. Brigada de Homicidios. Aquí están las credenciales.

Sacó una carterita del bolsillo y la abrió, enseñando una placa y un carnet de agente de policía.

—Bien, jovencita, tiene usted derecho a callar, si así le gusta. Y si contesta a nuestras preguntas, tenga en cuenta que todo lo que diga puede ser utilizado contra usted. Además, tiene derecho a contratar a un abogado y a que esté presente en todas las actuaciones.

—Lo tiene ya —se inmiscuyó Mason—. Yo soy su abogado. Y ahora, digan de qué delito se la acusa.

—Todavía no se la acusa de nada —replicó el agente—, pero estamos siguiendo una pista. Para su información, deseamos interrogarla respecto al asesinato de Moray Cassel, que habitaba en los apartamentos Tallmeyer, en el número nueve, cero, seis. Y

ahora, ¿quiere contestar, sí o no?

—Un momento —pidió Mason—, he de reflexionar.

—Pues hágalo de prisa —le urgió el agente—. Nosotros no estamos aquí para detener a nadie, pero a menos que esa señorita pueda explicar por qué su carta de crédito estaba en el apartamento de la víctima, nosotros tenemos perfecto derecho a escuchar sus respuestas y comprobar todas las pistas a que las mismas conduzcan.

—¿Cuándo falleció ese tipo, Moray Cassel? —quiso saber Mason.

—Nos está usted interrogando —observó el policía—. Oh, no, somos nosotros los que preguntamos, y queremos las respuestas deprisita.

—Si quieren las respuestas deprisita —replicó Mason—, será mejor que atrapen a ese tipo que está al final del pasillo con escoplo y martillo, y averigüen qué hace aquí.

El agente sonrió.

—No se inquiete, amigo, es uno de los nuestros. Desde esta mañana temprano hemos tenido esta habitación vigilada, esperando que ocurriese algo. Estábamos aguardando a un cómplice del género masculino, y ha resultado ser usted.

—Enseñe sus credenciales, Stella —le indicó Mason.

La joven fue en busca de su bolso.

—Eh, cuidado —advirtió el policía—. No se apresuren, o tendrán que sufrir muchas molestias. Entrégume el bolso, hermanita y le echaré un vistazo.

La joven le entregó el bolso. El policía lo revisó y acabó por devolvérselo.

—Está bien, enséñeme sus credenciales.

Stella Grimes sacó su licencia como detective particular.

—Para que lo sepan —explicó Perry Mason—, puse aquí una trampa. Stella Grimes trabaja como detective particular, empleada en la agencia de Paul Drake, y ha estado aquí suplantando la personalidad de Diana Deering, joven por otro lado inexistente, de San Francisco.

El oficial estudió pensativamente el carnet de Stella.

—¿Diana Deering no es un apodo de Diana Douglas? —preguntó al fin.

—Yo no he dicho tal cosa —repuso Mason.

—No hace falta.

Hubo un momento de silencio.

—Creo que como abogado y ciudadano tengo el deber de colaborar con la policía en la investigación de un crimen. Y como ustedes pensaban que esta señorita era Diana Douglas, yo le aconsejé que dijera la verdad. Es todo cuanto puedo hacer.

—¿Por qué necesitaba un doble?

—Sin comentarios.

—¿Tenía eso algo que ver con Moray Cassel?

—Sin comentarios.

—Bueno —siguió el oficial impertérrito—, si esa Diana Douglas es cliente suya... Oh, oh... Bill... claro que es eso... ¿O no?

El policía llamado Bill se metió a regañadientes la carta de crédito en el bolsillo.

—Bien, ahora ya hemos cumplido nuestra misión —refunfuñó.

—Cualquier intento por su parte para comunicarse con Diana Douglas —advirtióle a Perry Mason el otro oficial—, será considerado como un acto hostil hacia la ley y usted podrá ser acusado de accesorio en el crimen.

—Coja el teléfono, Stella —dijo Mason con tono casual—, y llame a Diana Douglas.

El agente llamado Bill apartó a Stella del paso y se dirigió al aparato.

Levantó el receptor y dijo:

—Llama la policía para una emergencia. Póngame inmediatamente con la policía de San Francisco.

El segundo agente estaba cruzado de brazos, como protegiendo el teléfono. Un momento más tarde, volvió a hablar el agente llamado Bill.

—Aquí, la policía de Los Ángeles. Al habla Bill Ardley. Necesitamos a Diana Douglas para que sea interrogada. Trabaja en la Compañía de Importaciones y Exportaciones Escobar. Tiene una carta de crédito del Banco Americarta a su nombre. Vosotros nos avisasteis de que esa joven se hallaba en Los Ángeles, hospedada en el hotel Willatson, inscrita con el nombre de Diana Deering. Pero ahora ya no está. Seguramente, se halla en San Francisco. Buscadla

para interrogatorio y avisad a la habitación siete, seis, siete, del hotel Willatson... ¿Has captado bien mi nombre? Bill Ardley... Ah, me conoces, ¿eh...? Exacto, hace un año trabajamos juntos con el caso Smith... Estupendo... Te agradeceré que hagas lo que puedas... Se trata de un asunto urgente, ¿de acuerdo? Y cuando la hayáis encontrado, preguntadle inmediatamente dónde está su tarjeta de crédito del Banco Americarta. Si contesta que la perdió, que diga dónde... Y también cuándo. Está bien, adiós.

El policía apretó la palanca de conexión con el dedo varias veces hasta que volvió a ponerse al habla la telefonista del hotel.

—Señorita, somos de la policía de Los Ángeles. Dejen este teléfono fuera de servicio hasta que bajemos para darles instrucciones en contra. Nosotros contestaremos a todas las llamadas. Pero no ponga ninguna línea exterior en comunicación con esta habitación, a menos que se lo pida un agente. ¿Entendido...? Perfectamente.

El oficial colgó el aparato y se instaló, con las piernas extendidas, en una silla de alto respaldo.

—Bien, señor abogado —dijo burlonamente—, supongo que ahora nos obsequiará con un poco de charla.

—Pues supongo que no —repuso Mason acerbamente.

—Esto no nos gusta.

—Pues que les siga sin gustar. Me marchó.

—Oh, no, al menos durante un buen rato.

—¿Debo entender —inquirió Mason—, que piensan retenernos aquí?

El oficial sonrió amablemente y asintió.

—Me porto lo mejor que puedo.

—Creo que no es usted muy listo —gruñó Mason—. Si me arresta ahora, es posible que le demande judicialmente por atribución ilegal, y como esta joven es...

—Calma —le interrumpió el policía—. Me estoy portando muy bien con ustedes. Y seguramente me lo agradecerán más adelante... los dos.

—¿Es una pista en el asesinato la carta de crédito? —quiso saber Mason.

—¿Qué le parece, tienen posibilidades de hacerse con el título

este año los «Dodgers»? —preguntó el oficial con indolencia.

—Tal vez —repuso Mason en el mismo tono.

—Entonces —prosiguió el otro—, nos gustaría saber cuándo vio por última vez a Diana Douglas, de qué hablaron y qué le dijo usted.

—Ya sabe que no puedo traicionar las confidencias de una cliente —le recordó Mason—. ¿Qué opina de las probabilidades de los «Dodgers»?

—Muy buenas —afirmó el policía. Luego, volvióse hacia Stella Grimes—. Usted no posee inmunidad profesional. Es detective particular y tiene licencia. Por tanto, tiene que colaborar con la policía. ¿Por qué está aquí?

Stella Grimes miró désvalidamente a Perry Mason.

—De acuerdo, cuénteselo —consintió el abogado.

—El señor Mason telefoneó a la Agencia de Detectives Drake —informó la joven—, en la que yo trabajo, y pidió que yo viniese aquí y asumiese el nombre de Diana Deering, y que si alguien preguntaba por mí en recepción utilizando la clave treinta y seis, veinticuatro, treinta y seis, yo contestase.

—¿Se presentó alguien?

Stella volvió a mirar a Perry Mason.

—Dígaselo —asintió el abogado—. Usted es un testigo. Y están investigando un caso de homicidio.

—Vino un individuo —contestó la joven—, y se comportó de una manera muy particular.

—¿En qué sentido?

—Como si tratase de hacerme víctima de una extorsión, según supuse.

—¿Qué le contestó usted?

—Nada. Dejé que el señor Mason llevase la voz cantante.

—¿Qué le dijo el señor Mason?

—No lo sé. Salí de la habitación. El señor Mason me dio a entender que debía fingir ser su amiga, con la que tenía una cita amorosa en este hotel, por lo que me aproximé a él, le besé y me largué.

—¿Y dejó solos a aquel individuo y al señor Mason?

—Sí.

—¿Qué aspecto tenía aquel hombre?

—Bueno... tendría unos treinta y cinco años. Era delgado, untuoso, con el pelo negro y... muy bien peinado. Tenía los pantalones planchados de manera irreprochable. Le brillaban los zapatos y llevaba las uñas perfectamente manicuradas.

El policía frunció el ceño.

Stella volvió a consultar con la mirada con Perry Mason.

Éste asintió.

—Dijo que se llamaba Cassel.

—¡Condenado me vea...! —rezongó el oficial, entre dientes.

Durante unos minutos reinó un profundo silencio.

—De manera —prosiguió el policía—, que usted abandonó esta habitación y dejó solos a aquel sujeto y al señor Mason.

—Exacto.

—¿Adónde se marchó?

—Dígaselo —indicó Mason.

—El señor Mason me dio a entender que deseaba que yo siguiera a aquel hombre cuando saliera de aquí —explicó Stella Grimes—. Bien, fue algo tremendamente fácil. Tenía estacionado su «Cadillac» delante de la entrada lateral del hotel, tras haberle dado, al parecer, una propina al portero para que se lo vigilase. Tomé el número de matrícula del coche. El WVM cinco, siete, cuatro. Paré un taxi y cuando aquel tipo se marchó en su «Cadillac», le dije a mi taxista que lo siguiese.

—¿Y le siguió?

—Sí.

—¿Hasta dónde?

—Hasta los apartamentos Tallmeyer.

—¿Y qué más?

—Regresé aquí para presentar mi informe.

El oficial miró a Mason.

—Bien, continúe usted.

—Yo soy abogado —precisó Perry Mason—, actúo en mi capacidad profesional y represento a una cliente. No tengo ninguna información que pueda interesarles a ustedes, salvo que no puedo hacer el menor comentario con respecto a lo manifestado por esa joven.

—Pero —opuso el policía—, usted buscó inmediatamente el rastro de la matrícula del coche, ¿verdad?

—Sin comentarios.

—Y halló que pertenecía a Moray Cassel, de los apartamentos Tallmeyer, número nueve, cero, seis, ¿no es eso cierto?

—Sin comentarios.

—Y —continuó el policía imperturbable—, por lo visto, usted le pasó la información a Diana Douglas, con lo cual nos encontramos con el caso más claro de asesinato, si es que alguna vez he visto alguno. Ni siquiera el gran Perry Mason será capaz de derribar esa base.

—Sin comentarios.

El policía sacó un paquete de cigarrillos, eligió uno, le ofreció otro a Stella Grimes, otro a Mason y finalmente otro a su compañero.

—Bien —murmuró—, al parecer hemos averiguado algo excelente.

Todos fumaron en silencio. Los policías meditaban evidentemente la información proporcionada por la joven detective Stella Grimes.

Durante unos veinte minutos hubo varios esbozos de conversación.

De pronto, sonó el teléfono. Fue el oficial quien contestó. Por su semblante se extendió una amplia sonrisa.

—De acuerdo —dijo.

Se volvió hacia Perry Mason y señaló la puerta de la habitación.

—Usted y esa joven son tan libres como el aire —manifestó—. Pueden salir, dar un paseo, o ir adonde les apetezca, juntos o por separado.

Mason sostuvo la puerta abierta para que pasara Stella Grimes.

—Coja todo lo suyo, sin olvidarse nada. Aquí ya hemos terminado. O al menos, eso me imagino por el momento.

Perry Mason no se molestó en saludar a los dos agentes de policía.

Capítulo 12

Perry Mason sentóse al borde del asiento del taxi, contando los minutos hasta que el conductor llegó al edificio donde estaba instalado el despacho del abogado. Entonces, le entregó al chófer un billete de cinco dólares.

—Quédese con la vuelta, amigo. Gracias por haber corrido tanto.

El abogado se apresuró hacia el ascensor, y después recorrió a buen paso el pasillo hasta su despacho.

—¡Vaya, hola! —le saludó Della Street, al verle entrar de manera tan explosiva en la oficina—. ¿A qué tanta prisa?

—¿Ha tenido noticias de Diana Douglas? —preguntó Perry Mason.

La secretaria sacudió la cabeza.

—¿No ha habido ninguna llamada desde San Francisco?

La joven volvió a menear la cabeza.

Mason suspiró aliviado, levantó el receptor del teléfono, y habló con Gertie.

—Si llaman desde San Francisco con cargo a mi cuenta, acéptela. Y avíseme al momento.

Acto seguido, el abogado se hundió en su sillón giratorio y respiró profundamente.

—Si no tenemos noticias antes de quince minutos, llamaré a la policía de San Francisco, para hacerles una petición, y si esto no surte ningún efecto, pediré un mandamiento de *habeas corpus* a San Francisco.

—¿Qué ha sucedido?

—Han arrestado a Diana Douglas.

—¿Por el desfalco?

Mason negó con la cabeza.

—El desfalco es un asunto de poca monta, aunque pueden tenerla detenida por eso, con la esperanza de hacerla hablar. Pero si actúan así, me iré inmediatamente a San Francisco. No, la acusación es por el asesinato de Moray Cassel.

—¿Cómo? —exclamó Della.

Mason asintió con el gesto.

—Alguien se coló en el apartamento de Moray Cassel, lo mató y consiguió escapar.

—¿Y la policía sospecha de Diana Douglas?

Mason volvió a asentir.

—¿Cuándo ocurrió? —quiso saber la secretaria, siempre curiosa.

—Aquí está la cuestión. La policía tratará seguramente de demostrar que el crimen se cometió el jueves por la tarde. Mas con toda seguridad, el cadáver no ha sido descubierto hasta hoy. Y habrá un conflicto entre los expertos, que darán diversas opiniones, todas en contradicción, y con todos los problemas que esto crea.

Della Street meditó unos instantes.

—Y nuestra cliente tenía que reunirse con usted en el avión del jueves por la tarde, a las seis y veintisiete minutos, y no se presentó.

Mason asintió por tercera vez.

Della preguntó:

—¿Cree que existe alguna probabilidad de que fuese ella...? Oh, no, no es de esa clase de chicas.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Mason.

—¿Tiene usted alguna idea? —inquirió a su vez Della Street.

—Cuando la vi en San Francisco —repuso Mason pensativamente—, me contó que al llegar al aeropuerto no encontró en su bolso la tarjeta de crédito que utiliza siempre para pagar los billetes en sus viajes. Luego, recordó que yo había encargado dos pasajes con cargo a mi cuenta, y recogió el suyo, diciéndole a la taquillera que ya ajustaría la cuenta conmigo.

—¿Y...? —urgió Della Street al ver que el abogado vacilaba.

—Y... —prosiguió Mason—, dos oficiales de la Brigada de Homicidios se presentaron en el hotel Willatson, preguntaron por Stella Grimes, tomándola por Diana Deering, o sea Diana Douglas, le enseñaron la carta de crédito del Banco Americarta, a nombre de Diana, y le pidieron que la identificase.

—¿Y qué dijo Stella?

—Intervine yo en aquel momento, le ordené callar, y de pronto averigüé que no se trataba solamente del desfalco. Era una investigación por asesinato, y no me atreví a guardar silencio por más tiempo. Por tanto, le dije a Stella que se presentase a los agentes bajo su verdadera personalidad, y ellos llamaron inmediatamente a San Francisco para que buscaran a Diana. Y que tan pronto fuese hallada la acusaran del homicidio.

—¿Y usted espera que ella le telefonee ahora? —preguntó Della.

—Si por una vez sigue al pie de la letra mis instrucciones, mantiene firme la cabeza y sabe cerrar la boca... Pero lo malo es que la interrogarán hasta hacerla vacilar y acabará por hacerse un lío.

—¿Y nosotros entramos en el cuadro? —quiso saber Della.

—Entramos en el cuadro. Nosotros...

Calló al repiquetear el teléfono y, tras hacerle una señal a Della para que tomase la conversación con taquigrafía, Mason levantó el aparato.

—Al habla Perry Mason —dijo.

—¿Es usted el abogado de Diana Douglas —preguntó una voz áspera—, empleada en la Compañía de Importaciones y Exportaciones Escobar?

—En efecto.

—Esta joven está arrestada y ha pedido poder comunicarse con usted. Bien, le hemos concedido el permiso.

—De acuerdo, que se ponga.

—Es una llamada con pago invertido —recordó la voz.

—Perfectamente.

Un momento más tarde se oyó la asustada voz de Diana por el teléfono.

—Señor Mason, no... no lo entiendo. Me han acusado... Dicen que yo... que yo...

—Cállese —le ordenó el abogado—. No hable y escuche, por favor.

—Sí, señor Mason.

—Piensan acusarla a usted del asesinato de Moray Cassel. Le ofrecerán llevarla ante un magistrado de San Francisco y después a

Los Angeles. Bien, yo quiero que la traigan aquí primero. Mantenga la boca cerrada. No le diga nada a nadie. Utilice sólo dos palabras: «Sin comentarios». Luego, añada: «No contestaré a ninguna pregunta. No haré ninguna declaración, excepto en presencia de mi abogado, Perry Mason». ¿Podrá acordarse de todo esto?

—Sí.

—¿Podrá cumplir mis instrucciones?

—Eso espero.

—Déjeme hablar con el oficial de servicio pidió Perry Mason.

Un momento después, la voz del oficial se hallaba resonando en la línea.

—Soy el abogado defensor de Diana Douglas —estableció Mason—. Acabo de ordenarle que no haga ninguna declaración excepto en mi presencia. No queremos que se celebre ninguna vista en San Francisco, sino delante de un magistrado del Condado de Los Ángeles. No haremos ninguna objeción a que esa joven sea trasladada desde San Francisco hasta Los Ángeles. Aparte de eso, no haremos ninguna estipulación, ninguna admisión, ninguna concesión, y como abogado defensor legal de la señorita Douglas, insisto en estar presente en todos sus interrogatorios. También quiero que se me notifique tan pronto como ella llegue a Los Ángeles.

—Si usted nos permite hablar con ella —replicó la voz del oficial—, tal vez logremos ponerlo todo en claro. No queremos llevarla a Los Ángeles a menos que exista una buena razón para ello. Si esa joven es capaz de dar una explicación clara de la evidencia circunstancial del caso, y por mi parte espero que así sea porque es una muchacha estupenda, que parece haber pasado por un sinfín de pruebas últimamente, la soltaremos al instante, se lo aseguro.

—Son ustedes muy amables —afirmó Mason—. Y es una conducta maravillosa a seguir. Sin embargo, existe el precedente de que hablar demasiado, sin estar delante un abogado, ha hecho que mucha gente fuese a parar a la cárcel. Para su información, le he ordenado a Diana Douglas que no hable, salvo en mi presencia. Y a usted le ordeno que no la interroguen a menos que yo me halle delante. No quiero que la interroguen nadie, a menos que yo esté a su lado. Estoy tomando esta conversación taquigráficamente para

que cualquier intento de obtener declaraciones de la señorita Douglas constituya una violación de sus derechos constitucionales. Creo que usted comprenderá la situación claramente.

—Bien, en su calidad de abogado suyo, ciertamente acaba de poner las cosas en claro —reconoció la voz.

—No he puesto nada en claro —objetó el abogado.

—¿Sabe cuándo echó a faltar su cliente su carta de crédito del Banco Americarta?

Mason se echó a reír ante el teléfono.

—¿Dónde está la gracia? —se amoscó el oficial.

—En usted —replicó Mason, colgando el aparato.

Capítulo 13

En la sala de visitas de la cárcel del condado, Diana contempló a Mason con unos ojos enrojecidos por las lágrimas.

—¿Ha tenido algún tropiezo con la policía? —quiso saber el abogado.

—Se han portado muy bien conmigo. Muy amables y considerados y... Oh, señor Mason, no haría ningún daño contarles todo lo ocurrido, ¿verdad?

—¿Qué?

—Bueno, respecto a haber encontrado el dinero y todo lo referente a Edgar y por qué puse el anuncio en el periódico y también...

—¿Y cuándo podría callar?

—Bueno, supongo que tendría que reservar algo. Usted podría ayudarme.

—Naturalmente —asintió Mason—, usted no querría hablar tanto como para abrir por sí misma la puerta de la cámara de gas. Tendría que callar antes de llegar allí, pero lo malo sería que ya no sabría cómo callar.

—Sí, supongo que tiene usted razón, pero han sido tan buenos y serviciales...

—Seguro —se burló Mason—, esto forma parte de su técnica. Con algunas mujeres son unos perfectos caballeros y hasta con ínfulas paternales. Luego, si esto no surte resultado, prueban la otra táctica. Se tornan duros y malhumorados, y empiezan a probar el tercer grado.

—Oh, ¿de veras? —exclamó Diana con voz desmayada.

—En los últimos años, los tribunales se oponen a esta táctica de la policía, y el resultado ha sido que ahora tratan de edificar sus

casos reuniendo la evidencia en vez de obligar a la persona acusada a incriminarse a sí misma. Pero si alguien quiere hablar, siempre están dispuestos a escucharle, y muchos individuos que han hablado han ido a parar directamente a una penitenciaría, y me refiero a gente inocente. No es posible prestar declaración sin conocer los hechos.

—¡Pero yo los conozco todos!

—¿De veras?

—Sí.

—¿Quién mató a Moray Cassel?

Diana parpadeó ante la pregunta.

—¿Usted? —insistió el abogado.

—¡Oh, no!

—Diana, tiene que ser sincera conmigo. Yo soy el único con quien puede mostrarse franca. Mi deber es procurarle una defensa, tanto si usted es inocente como si es culpable.

—Ya lo sé.

—Bien, usted tenía que reunirse conmigo en el avión de las seis y veintisiete minutos, aquel jueves por la tarde. Y no se presentó. Yo la vi al día siguiente, y usted me contó la historia de que le había seguido alguien de quien no consiguió zafarse, alguien que la asustó tanto, que usted recurrió a toda clase de evasivas y llegó tarde a coger el avión.

—Bien, sí, pero...

—En realidad, usted no pretendió jamás coger el avión. La historia que usted me contó respecto a ser seguida por alguien fue una mentira, para ocultar lo que había estado haciendo aquella tarde.

—Oh, señor Mason...

—Yo le manifesté anteriormente a usted que el chantajista se llamaba Moray Cassel. Le di la dirección. Y usted decidió que yo jamás consentiría en pagar los cinco mil dólares al chantajista y que no ayudaría a su hermano tal como usted deseaba. Y entonces, decidió actuar por su cuenta. Cogió un taxi y se largó a los apartamentos Tallmeyer, para ver a Moray Cassel. Mientras estaba usted allí sucedió algo. Usted abrió su bolso tal vez para sacar un revólver. Y en aquel momento, cayó al suelo la carta de crédito de

sus viajes, y allí se quedó sin que se diera usted cuenta.

—Pues...

—Más tarde, se marchó usted al aeropuerto. Quería adquirir un pasaje para San Francisco, abonándolo usted misma, siendo entonces cuando echó a faltar su carta de crédito por primera vez.

—Señor Mason, yo... —tartamudeó Diana, acongojada.

—La policía —prosiguió Mason impertérrito— sabe todo esto o lo supone, o bien está en posesión de cierta evidencia que apoya sus suposiciones.

La joven sacudió la cabeza.

—Sí, así es —remachó el abogado—. La policía es increíblemente lista. Usted no tiene idea de todo lo que es posible encontrar en una investigación. Hallarán al taxista que la condujo a usted a los apartamentos.

Diana respiró profundamente, dejando oír casi un sollozo.

—Oh, oh... —manifestó Mason—, esto duele, ¿eh? Tontuela, ¿quiere usted decir que tomó un taxi directamente hasta los apartamentos Tallmeyer sin tratar de encubrir sus huellas?

—Tenía mucha prisa —explicó ella—. Quería reunirme con usted y coger el avión. Y pensé que tenía tiempo bastante para hacer una visita breve al chantajista... y si... bueno, si... Pensaba servirme de mi propio criterio.

—En otras palabras, si creía que podía solucionarlo todo con la entrega de los cinco mil dólares en vez de meterlos en un banco y conseguir el cheque como depositaría, estaba dispuesta a pagar esa cantidad al extorsionista, y a hacer un trato con él para que dejara en paz para siempre a su hermano.

—Sí...

—¿Por qué no pagó el dinero?

—Porque él ya estaba muerto.

—Adelante —la animó Mason.

—Llegué al edificio. Se trata de uno de esos dedicados a apartamentos, tipo hotel, donde hay un portero junto al ascensor, pero estaba ocupado atendiendo un coche y pude deslizarme dentro sin ser vista. Subí al piso noveno y busqué la puerta del apartamento nueve, cero, seis. Llamé a la puerta.

La joven hizo una pausa para aclararse la garganta.

—No ocurrió nada, por lo que volví a llamar, y al ver que nadie acudía a abrir, probé el picaporte. No sé qué diablos se apoderó de mí, pero giré el picaporte, como digo, y la puerta se abrió sin más.

—Un momento —la interrumpió el abogado—, ¿llevaba usted guantes?

—Yo... no.

Mason suspiró y meneó la cabeza.

—Bien, continúe.

—Entré y no le vi al principio. No vi a nadie, y grité: «¿Hay alguien aquí?», y entré hasta el dormitorio. Entonces, le vi, tumbado de espaldas sobre la cama. ¡Oh, señor Mason, fue terrible, terrible! Todo estaba empapado en sangre y...

—¿Estaba muerto?

La joven inclinó la cabeza.

—¿Cómo lo sabe?

—Le cogí la mano y estaba helada.

—¿Qué hizo usted entonces?

—Eché a correr.

—No, no es cierto —objetó Mason—. Abrió usted el bolso. ¿Por qué lo hizo?

—No lo sé, señor Mason, yo sólo... Supongo que estaba llorando y quería sacar el pañuelo... Oh, no puedo explicarle lo que sentía... Estaba... estaba mareada...

—Es usted una maldita embustera —se enfadó Mason—. Y me entran deseos de agarrarla por los hombros y sacudirla hasta que vomite la verdad. ¿Por qué abrió usted el bolso?

—Ya se lo he dicho, le he dicho toda la verdad.

—Usted abrió el bolso para sacar una pistola o para meter una dentro. ¿Cuál es la verdad?

La joven miró al abogado con resentimiento.

—¡Siempre trata usted de contrainterrogarme! —se dolió.

—Porque usted siempre trata de engañarme —replicó Mason—. ¡La verdad!

—Recogí la pistola.

—Así es mejor. Bien, ¿por qué quiso recoger la pistola? Vamos, hable.

—Porque era la de Edgar.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo sé. Edgar poseía un revólver del calibre veintidós que llevaba siempre consigo cuando salía de caza, debido a las serpientes de cascabel y otros bichos por el estilo. Siempre tenía muy brillante la culata, o como se llame, y en la madera había una pequeña esquirla y...

—De acuerdo, siga —la alentó Mason, al ver que la joven vacilaba.

—Oh, señor Mason, era el revólver de Edgar. Lo comprendí al verlo. Edgar me había enseñado muchas veces a disparar. Si, yo he disparado centenares de veces con aquella arma.

—De modo, que cogió el revólver y lo guardó en su bolso, ¿eh?

Ella asintió.

—¿Qué más?

—Salí de puntillas del apartamento.

—¿Qué hizo con el revólver?

—Oh, no tema, señor Mason. Nadie lo encontrará. Puede estar seguro.

—No necesitan hallarlo —replicó Mason.

—¿Por qué?

—Todas las balas disparadas a través del cañón de una pistola —explicó Perry Mason—, tienen ciertas estrías peculiares, o arañazos hechos por algunas irregularidades de la pared interna del cañón. Si la bala que mató a Moray Cassel no quedó deformada por el choque contra un hueso, y si la policía logra enterarse del sitio donde su hermano solía practicar, encontrarán sus balas encajadas en un árbol o en una piedra, o lo que sea que usase como blanco. Y compararán las balas al microscopio... y averiguarán toda la verdad. Bueno, pueden averiguarla, *pueden* demostrar que la bala mortal fue disparada con el revólver de Edgar, sin siquiera haber encontrado el arma.

El semblante de Diana volvió a demostrar una expresión de desmayo.

—Sin embargo —continuó Mason—, con una bala de calibre tan pequeño la cosa no resulta tan fácil. Lo malo es que usted disparase centenares de veces. ¿Cuál era el blanco?

—Edgar tenía uno. Solía llevarlo en el coche. Lo guardaba en el

portaequipajes.

—¿Qué clase de blanco?

—Un blanco para dardos. Era un blanco viejo, fabricado con corcho grueso, o algo parecido, y lo utilizaba cuando tiraba al arco. Luego, después de disparar para divertirse, colocaba una chapa de madera más dura en el mismo blanco, y plantaba también unas marcas hechas de papel, por medio de un compás.

—¿Era un buen tirador?

—Maravilloso, y me enseñó a mí, motivo por el cual también soy una excelente tiradora.

—¿Siempre con el revólver de su hermano?

—Exactamente. Edgar tenía la manía de que todas las mujeres que le rodeaban supieran protegerse eficazmente. Y quería que yo fuese una tiradora experimentada.

—¿Posee usted un revólver propio?

—No.

—¿No ha tenido nunca ninguno?

—No.

—Bueno, dejemos esto bien sentado —propuso Mason—. Usted jamás ha hecho una solicitud para comprar un revólver. Tampoco nadie le ha regalado nunca ninguno.

La joven meneó la cabeza negativamente.

Mason guardó silencio unos instantes.

—Creo que no tiene que preocuparse mucho por el revólver, señor Mason —insistió ella—. No lo encontrarán jamás. ¿Quiere que le cuente lo que hice y así estará más tranquilo?

Mason sacudió la cabeza.

—Cállese y no me lo diga. Ni a mí ni a nadie.

—Pero si se lo cuento a usted, sería una confidencia, ¿verdad?

—Hay cosas que usted puede confiarme —replicó Mason—. Usted jamás ha hecho una solicitud para comprar un accesorio del crimen después del hecho. No quiero saber donde está el revólver. No quiero que nadie sepa dónde está. No quiero que hable nunca con nadie respecto al revólver ni a haber estado en aquel apartamento. Guarde un silencio absoluto. Diga que su abogado le impide prestar declaraciones por ahora, y que más adelante declarará toda la verdad completamente.

—Está bien.

—Y si alguien le pregunta cuándo podrá declarar, conteste que su abogado fijará la fecha adecuada.

—Callaré y le obedeceré en todo.

—¿Dónde guardaba Edgar el blanco que ha mencionado?

—No sé... Por el garaje.

—¿Poseía un garaje individual?

—Sí. El edificio donde vivía tenía garajes individuales en un garaje central del sótano.

—¿Y su coche?

—Quedó completamente abollado en el accidente, y se lo llevó la policía, según creo.

—¿Vio el coche después del choque?

—No.

—¿Miró dentro del portamaletas?

—No.

—¿Sabe si allí dentro estaba el blanco en cuestión?

—No.

—¿Podía estar?

—Sí.

Mason volvió a callar, reflexionando arduamente. Luego, bruscamente, se puso en pie.

—Bien, Diana, su futuro depende en gran parte de que sepa callar, y de un elemento de suerte.

—Oh...

—Usted se ha dedicado a desoír todos mis consejos, y a tratar de utilizar su criterio en vez del mío. Y ahora, se encuentra en un buen lío...

—Pero yo...

—Sí, tenía que ver a Cassel.

—Exactamente, tenía que ver a Cassel —repitió la joven—. ¿No lo entiende, señor Mason? No es posible correr riesgos con un chantajista. Usted dice que no hay que pagarles jamás, y esto es todo, pero usted no sabe lo peligroso que es hacer esto.

—¿De veras no lo sé?

—Yo no quería pelearme con ese tipo, ni que usted discutiese con él, perjudicando al pobre Edgar... Y, naturalmente, entonces yo

creía que Edgar se salvaría.

—Tal como usted lo planeó sí habría sido correr un peligro —arguyó el abogado—. No es posible librarse de un chantajista pagándole. Esto le torna sencillamente más exigente. Pospone el momento de otro pago durante unas semanas o unos meses, pero por fin siempre vuelve a presentar una petición. Considera a su víctima como una cuenta corriente, como si fuese un montón de acciones o un limón al que hay que exprimir hasta el final.

—Ya sé que los abogados siempre dicen esto —replicó la muchacha—, pero no es posible estar seguro de que sea siempre verdad. Usted no sabe lo que él quería. No sabe qué tenía que ver con Edgar. Tal vez fuese algo que... Bueno, algo de lo que le hubiera podido proteger.

—¿En qué sentido?

—Pagando, quizá Cassel me hubiese entregado los negativos de unas fotos y las mismas fotografía...

—Los negativos se duplican. Los retratos siempre se hacen con varias copias. Cuando se acepta la palabra de un chantajista, asegurando éste que va a entregar todas las pruebas, hay que confiar en la honradez del tipo, lo cual es el peor de todos los riesgos.

El abogado apretó un botón, indicando que la entrevista había terminado.

—¿Qué me ocurrirá? —quiso saber la joven.

—Depende de muchas cosas. Pero puedo decirle una: si empieza a hablar, si trata de explicar sus movimientos, si confía en la policía, acabará dentro de la cámara de gas, o pasará la mejor parte de su vida dentro de una cárcel.

—¿No es posible que me suelten por medio de una fianza o algo parecido?

Mason sacudió negativamente la cabeza.

Un carcelero abrió la puerta de la sala de conferencias.

—¿Terminaron? —preguntó.

—Sí, hemos terminado —repuso el abogado.

Luego, antes de desaparecer por la puerta, volvió la cabeza y agitó una mano para tranquilizar a Diana Douglas.

Capítulo 14

Al regresar al despacho, Mason llamó a Drake.

—¿Cómo está? —indagó Della Street.

Mason sacudió pesaroso la cabeza.

—¡La muy tonta!

—¿Qué ha hecho?

—Mentirme. Utilizó su criterio en lugar del mío. Probablemente dejó un rastro fácil para la policía, aunque todavía cree que tiene un cerebro privilegiado, que logrará sacarla con bien de todo.

En la puerta resonó la llamada especial de Paul Drake, y Mason le hizo una seña a Della.

La joven abrió la puerta.

—¿Qué pasa ahora? —inquirió Drake.

—Temo —replicó Mason— que se hayan terminado tus comidas en el restaurante, Paul. Creo que tendrás que volver a sentarte en tu despacho durante muchas horas y comer bocadillos, que te enviarán desde el quiosco de la esquina.

—¿Por qué?

—Por Diana Douglas.

—¿Qué ha hecho?

—No lo sé.

—En tal caso, no sé quién puede saberlo.

—Te diré lo que la policía cree que hizo —explicó Mason—. La policía piensa que ella estuvo en los apartamentos Tallmeyer el jueves por la tarde, que subió al noveno piso, que sostuvo una conferencia con Moray Cassel, que éste trataba de extorsionarla, o tal vez a su hermano...

—¿Le pagó? —interrumpió Paul Drake.

—La policía cree que ella pagó con un revólver del calibre

veintidós, disparando un cartucho de este mismo calibre.

—¿Han encontrado la bala? —preguntó Drake.

—Probablemente.

—¿Con estrías?

Mason se encogió de hombros.

—¿Cuántas veces? Bueno, ¿cuántos disparos?

—Uno, según tengo entendido. El tipo vivió algún tiempo, pero quedó inconsciente y no pudo moverse. Hubo hemorragia abundante.

—¿Cómo sabes que era un revólver calibre veintidós?

—Bueno, rectifico —replicó Mason—. La policía dice que era de calibre pequeño. Yo creo que posiblemente se refieren al calibre veintidós. Y la policía afirma que la señorita «Genio» abrió el bolso y sacó el revólver, al tiempo que inadvertidamente le caía al suelo su carta de crédito.

—¿Qué tiene la policía?

—Que tiene la policía.

—¿Y ella afirma que disparó en defensa propia?

—No afirma nada. Se limita a callar.

—¿La vio alguien entrar en el apartamento? —preguntó Drake.

—No lo sé. Pudo dejar un rastro fácil de seguir y demostrar. Sólo te cuento lo que la policía asegura en estos momentos. Y entre otras cosas, una es que le cayó la carta de crédito de su bolso sin darse cuenta.

—¿Huellas dactilares?

—No lo sé.

Drake contempló astutamente al abogado.

—¿Existe alguna posibilidad de que las hayan encontrado?

—Tal vez.

—¿Y tú quieres que yo lo averigüe?

—Quiero que averigües todo lo que puedas de este caso, Paul —asintió Mason—. Y particularmente, quiero que hagas averiguaciones respecto a la víctima, Moray Cassel.

—¿Costumbres, amigos, contactos...? —preguntó Paul Drake.

—Todo. Yo creo que aquel individuo era una especie de vividor de mujeres —opinó Mason—. Sí, que vivía de las mujeres, y que trataba de disimular su podredumbre con un aspecto exterior

impecable. Y necesito averiguar todo lo referente a su mujer.

—¿En singular? —precisó Drake.

—Digamos mujeres en plural. Porque ese tipo pudo tener más de una. Naturalmente, también quiero que averigües todo lo que sabe la policía, si es que me interesa para el caso.

—¿Cuándo quieres los informes?

—Al momento. Tan pronto como puedas conseguirlos.

—¿Precio? —preguntó Drake.

—Creo que lo pagará mi cliente, Paul, pero yo pagaré lo que sea, y si es necesario el total.

Paul Drake enarcó las cejas inquisitivamente.

—Este caso —trató de explicar el abogado—, se debe a que esa chica supo tocar mi punto débil. Y desde el principio yo le di un mal consejo.

—¡Olvídalo! —protestó Drake—. En tu vida has cometido un error legal.

—No cometí ningún error al aconsejarla sobre los términos legales del asunto —objetó Mason—, pero sí al permitir que se inmiscuyese en él. Además, no tuve en cuenta el hecho de que era una joven propensa a desoír los consejos de un abogado y a obrar por su cuenta. La perdí de vista durante el período más crítico del caso.

—¿Cuándo fue?

—Confidencialmente, te diré que con toda seguridad fue el momento en que asesinaron a Moray Cassel.

—Está bien —gruñó Paul Drake, poniéndose en pie—, te haré el descuento de costumbre y empezaré a trabajar al momento, Perry.

Capítulo 15

El juez Charles Jerome Elliott miró hacia la sala desde lo alto de su tarima.

—Estamos aquí para celebrar la vista preliminar del caso del Pueblo contra Diana Douglas, acusada del asesinato de Moray Cassel. La acusada se halla en la sala, siendo representada por su abogado defensor. ¿No es así?

Mason se puso en pie.

—Señoría, con la venia, yo represento a la acusada.

El juez Elliott asintió.

—¿Y la acusación? —preguntó.

Ralph Gurlock Floyd se puso en pie.

—Yo soy el ayudante del fiscal que presentará la acusación, señoría.

—Muy bien —concedió el juez Elliott—. Ahora deseo hacerles una declaración a ambos abogados. Sé que, en otras ocasiones, el abogado defensor de este caso ha efectuado espectaculares escenas en las vistas preliminares. Lo cual yo no apruebo en absoluto en tales casos.

El juez miró a Perry Mason y carraspeó significativamente.

—El objeto de una vista preliminar es descubrir si se cometió un crimen y si hay base razonable que relacione a un acusado con el delito. En cuyo caso, el acusado es entregado a un Tribunal Superior para que sea juzgado ante un jurado.

El juez Elliott hizo otra pausa, sin dejar de mirar a Perry Mason.

—Bien, caballeros, no deseo comprobar la veracidad de los testigos en este tribunal. Aceptaré la evidencia en su justo valor. Una vez establecido que se cometió un crimen y presentada la evidencia tendente a demostrar que la acusada se halla relacionada

con tal delito, este Tribunal dará orden de mantener detenida a la acusada, a pesar de todas las pruebas que puedan concurrir en su favor.

La mirada del juez se posó en Diana Douglas, sentada junto a Perry Mason.

—En otras palabras, no trataré de decidir el peso de la evidencia ni la preponderancia de la misma. Naturalmente, queda entendido que en caso de que la acusada pueda introducir una evidencia que destruya completamente el caso del señor fiscal, la situación será diferente. Pero, caballeros, hay que comprender que la oportunidad de que tal suceda es muy remota.

Y ahora que he aclarado la situación, puede empezar, señor fiscal. Plantee su caso.

Ralph Gurlock Floyd, un fiscal avezado en los tribunales, responsable de más veredictos de pena de muerte que ningún otro fiscal del estado, y muy orgulloso de ello, debía intuir que la acusación de aquella vista preliminar se hallaba por debajo de su dignidad. Pero, como había sido asignado por Hamilton Burger, el fiscal del distrito, como acusador del caso, estaba dispuesto a mostrarse implacable, vengativo y con el salvajismo tan característico en él en todas sus intervenciones legales.

Su primer testigo fue una doncella de los Apartamentos Tallmeyer.

—¿Conoció en vida a Moray Cassel? —le preguntó.

—Sí.

—¿Cuándo le vio vivo por última vez?

—El martes, día diez de este mes.

—¿A qué hora?

—Hacia las cuatro de la tarde.

—¿Cuándo volvió a verle?

—El domingo por la tarde, o sea el día quince.

—¿Estaba vivo?

—Estaba muerto.

—¿Qué hizo usted?

—Avisé al conserje del edificio, el cual llamó a la policía.

—Contrainterrogatorio —ofreció Floyd.

—No hay preguntas —rechazó Mason.

Fue llamado a continuación un oficial de policía, y después un ayudante del coroner. Se presentó un diagrama mostrando la postura del cadáver en la cama, tal como estaba a las nueve del domingo por la noche, día quince, cuando la policía llegó al apartamento, así como la situación de distintos muebles de la habitación.

Floyd llamó luego a William Ardley, el oficial de policía que estuvo en el apartamento buscando pistas de interés para el caso.

—¿Qué encontró?

—Una carta de crédito del Banco Americarta a nombre de Diana Douglas, de San Francisco.

—¿Qué hizo con la carta?

—La marqué para identificación, haciendo dos agujeros en cierto lugar elegido por mí.

—Le estoy enseñando una carta de crédito del Banco Americarta, y le pregunto si la ha visto antes.

—Es una carta de crédito idéntica a la otra.

—¿Está seguro?

—La carta es la misma, y los agujeros hechos con un alfiler están situados en el mismo lugar que los hice yo.

—Contrainterrogatorio —dijo el fiscal.

—No hay preguntas que hacer —repuso Mason con amabilidad.

Floyd contempló pensativamente al abogado defensor, y convocó al estrado de los testigos a un técnico en huellas dactilares, el cual declaró haber hallado unas cuantas huellas latentes en el apartamento. Algunas pertenecían al difunto. Y algunas eran de la doncella que limpiaba el apartamento dos veces por semana.

—¿Había más huellas? —se interesó Floyd.

—Otras que no pude identificar.

—¿Y otras que sí pudo?

—Sí, señor. Dos.

—¿Dónde estaban?

—Una en el espejo del armario del cuarto de baño. La otra en una mesilla de noche al lado de la cama donde yacía el cadáver.

—¿Determinó la identidad de dichas huellas?

—Sí, señor. Una pertenecía al dedo corazón de la mano derecha de la acusada. La otra al pulgar de la misma mano.

—¿Está seguro?

—Existen suficientes puntos de semejanza y otras diversas características poco corrientes.

—¿Había algo más en el cuarto de baño?

—Una toalla con manchas de sangre, una toalla húmeda que alguien pretendió lavar, con toda evidencia...

—¡Protesto la conclusión del testigo! —gritó Mason.

—Se admite la protesta —sentenció el juez.

—Una toalla manchada de sangre —repitió otra vez el testigo.

—¿La tiene aquí?

—Sí, señor.

—Muéstrela, por favor.

El testigo exhibió un paquete compuesto por una bolsa de papel sellada, y de la misma sacó una toalla con la inscripción «Apartamentos Tallmeyer» bordada en la esquina. La toalla estaba manchada con algo de color oxidado.

—Ofrecemos introducir esta toalla como prueba B de la evidencia del Pueblo.

—No hay objeción —asintió Mason.

—¿Fotografió usted las huellas dactilares latentes? —interrogó el fiscal.

—Sí.

—¿Quiere enseñar las fotos, por favor?

El testigo exhibió las fotos, que quedaron señaladas como evidencia. Luego, el fiscal introdujo toda una serie de fotografías, mostrando al difunto en la cama, con la almohada empapada en sangre, y goteando hasta el suelo, manchando la alfombra.

Acto seguido, el fiscal llamó como testigo a un forense, el cual declaró que había recuperado la bala mortal de la nuca del difunto; que la bala pertenecía a un tipo conocido como calibre veintidós, una bala de rifle largo; que había penetrado por la frente en una línea media a unos cinco centímetros más arriba de los ojos, y que se había producido una abundante hemorragia.

—¿Cuándo ocurrió la muerte? —preguntó el fiscal.

—En mi opinión, después de efectuar todas las pruebas pertinentes, la muerte tuvo lugar entre las dos de la tarde del jueves, día doce, y las cinco de la mañana del sábado, día catorce.

—¿Una muerte instantánea?

—No, no lo creo. Después del disparo sobrevino inmediatamente la pérdida del sentido, y probablemente el cuerpo no se movió. Pero a pesar de que la víctima estaba inconsciente, el corazón continuó enviando la sangre al cerebro, lo cual confirma la abundancia de la hemorragia. La muerte pudo tener lugar diez o quince minutos después del disparo, y también al cabo de una hora. Es imposible afirmarlo.

—¿Usted recuperó la bala?

—En efecto.

—¿Qué hizo con ella?

—La entregué al departamento de expertos en balística en presencia de dos testigos.

—¿Podría determinar el arma con que se disparó la bala?

—Por el momento, no con toda exactitud. Sabemos que fue disparada con un revólver, aunque sin poder precisar su marca, y sospechamos que se trata de uno con el cañón largo porque...

—¡Me opongo a conocer las sospechas del testigo! —exclamó Mason.

—Se admite la protesta —afirmó el juez—. Que el testigo se ciña a los hechos.

—Muy bien —sonrió Floyd triunfante—. Por el momento, que se retire este testigo, y en su lugar llamaré a la señora Smith.

La señora Smith era una joven muy bien ataviada, de unos treinta años.

—¿Cuál es su empleo?

—Estoy empleada en una de las ventanillas expendedoras de billetes para la United Airlines de la terminal de Los Ángeles.

—¿Estaba empleada allí el día doce de este mes, jueves?

—Sí.

—Le pido que mire a la acusada y nos diga si la ha visto antes.

—Efectivamente.

—¿Dónde?

—En la ventanilla donde trabajé la tarde del jueves, día doce.

—¿A qué hora?

—A las seis y cuarenta minutos exactamente.

—¿Habló con ella?

—Sí.

—¿Cuál fue la conversación?

—Se mostró ansiosa por saber si llegaba a tiempo de coger el avión de San Francisco, con salida a las seis y veintisiete, o si ya había despegado. Yo contesté que el avión había despegado con sólo cinco minutos de retraso, y que debía esperar aproximadamente una hora y veinte minutos para coger el de las ocho en punto.

—¿Qué hizo ella?

—Pidió pasaje para San Francisco.

—¿Y luego...? —interrogó Floyd sonriendo.

—Luego exhibió su bolso y me dijo: «Le pagaré con mi carta de crédito». Hurgó dentro del bolso y de repente lo bajó, sin dejarme verlo.

—¿De repente?

—De repente, a cosa hecha.

—¿Cuál fue la causa de tal acto?

—Que llevaba un revólver en el bolso.

—¿Qué clase de revólver?

—Uno de cañón largo y culata de madera.

—¿Está segura de que era un revólver?

—Sí.

—¿Qué más ocurrió?

—Que siguió rebuscando por el bolso, manteniéndolo siempre debajo del mostrador para que yo no pudiese ver su interior, y de pronto exclamó: «Oh, debo haber extraviado mi carta de crédito». Meditó un momento, y añadió: «¿No dejó para mí un pasaje pagado el señor Perry Mason, el abogado?».

—Continúe.

—Bien. Le contesté que el señor Mason había encargado dos billetes, cargándolos en su carta de crédito. Uno se lo había llevado él. Y había dejado el otro a nombre de una tal Diana Douglas. Al escuchar esto, el semblante de la joven mostró un profundo alivio y exclamó: «Yo soy Diana Douglas, deme el billete, por favor».

—¿Y usted se lo entregó?

—Sí.

—¿Qué más?

—Se marchó y yo traté de ver el bolso que llevaba. El revólver estropeaba su forma y...

—¡Me opongo a que la testigo declare que era el revólver lo que deformaba el bolso! —impugnó Mason.

El juez Elliott vaciló ligeramente.

—No se admite la protesta —decidió—. La testigo pudo ver si el bolso estaba deformado.

—El bolso estaba deformado por algún objeto que llevaba dentro del bolso, un objeto tan largo que la tela estaba tensa hasta el máximo.

Pero el juez mantuvo su decisión.

—Contrainterrogatorio —ofreció Floyd.

—¿Reconoció a la acusada en una «parada»? —preguntó el abogado defensor.

—No.

—¿No la había visto usted desde el momento en que hablaron en la ventanilla hasta hoy, aquí en la sala?

—Identifiqué su retrato.

—¿Pero no lo hizo en una «parada» de la policía, verdad?

La testigo afirmó:

—No. No era necesario, señor Mason. Después del modo como mi atención se fijó en la acusada, la habría reconocido en cualquier parte.

—Gracias, nada más.

Floyd presentó el testigo siguiente con aire victorioso. Era un individuo de mediana edad que trabajaba en el equipo encargado de limpiar los aviones de la Compañía United Airlines.

—¿Está familiarizado con el avión que salió de la terminal de Los Ángeles a las ocho de la noche del jueves, doce de este mes, y llegó a San Francisco aproximadamente una hora más tarde?

—Sí, señor.

—¿Limpió usted aquel avión?

—Sí.

—¿Encontró algo fuera de lo corriente?

—Sí.

—¿Qué era?

—Un revólver.

—¿Dónde lo halló?

—Estaba escondido en una abertura existente bajo un montón de toallas, en uno de los lavabos. Puedo afirmar que dichas toallas están colocadas en sus recipientes y se renuevan de cuando en cuando. En aquella ocasión, yo quería coger una de las conexiones de la cañería, y para ello aparté las toallas y metí la mano en la abertura situada detrás del montón de toallas. Entonces, palpé un objeto extraño y lo saqué. Vi que era un revólver.

—¿Trató de identificarlo?

—Se lo entregué a mi encargado.

—¿Y qué hizo con él?

—Avisó a la policía y, a petición de ésta, anotamos las estadísticas del arma.

—¿Cuáles eran?

—Se trataba de un revólver de calibre veintidós de acción simple, con un cañón de veinticinco centímetros y mango de madera. En el arma se veía grabada la inscripción: «Ruger veintidós, con seis», y el número uno, tres, nueve, cinco, siete, tres y el nombre del fabricante, Sturm: «Sturm, Ruger, Ruger», y Compañía de Southport, Connecticut. En el mango alguien había grabado las iniciales E. D.

—Le estoy enseñando un revólver y le pregunto si es el mismo que usted halló.

Floyd avanzó y le entregó el arma al testigo.

La mano de Diana Douglas apretó la pierna de Mason, y sus dedos se hundieron tanto que el abogado bajó subrepticamente su propia mano para soltarse.

Diana tenía el semblante desencajado, con los labios muy apretados, y su tez mostraba un color ceniciento.

El testigo estudió el revólver y asintió.

—Es el mismo revólver.

—¿Cuál era su estado cuando lo encontró?

—Estaba completamente cargado, salvo un cartucho que habían disparado.

—Se trata de un arma de acción simple, o sea que hay que amartillarla y apretar el gatillo. ¿No es un revólver que se amartille automáticamente?

—No, señor. Es lo que se llama un revólver de acción simple.

—Contrainterrogatorio.

—¿No sabe cuánto tiempo llevaba el revólver en aquel escondite? —preguntó Mason.

—No, señor. Sólo cuándo lo encontré, nada más.

—Gracias, no hay más preguntas.

Floyd presentó como evidencia el registro de ventas de la Compañía de Sacramento Sporting Dealers, demostrando que el revólver «Ruger» en cuestión había sido vendido cinco años antes a Edgar Douglas.

El testigo siguiente fue una mujer que se presentó como azafata del vuelo de las ocho de la tarde para San Francisco, del día doce, jueves. Se fijó en Diana, observó que era pasajera del vuelo, y reparó aquel día en la forma especial del bolso que llevaba la joven al subir al avión. Afirmó que Diana también llevaba una especie de neceser negro, y que cuando fue al lavabo, llevaba ambos artículos consigo, cosa que a la azafata le pareció algo raro. Aparte de esto, no obstante, no pudo aportar ninguna otra evidencia. No prestó más atención al bolso después de salir Diana del lavabo.

Luego, Floyd convocó a su mayor testigo, el experto en balística, el cual afirmó que la bala que había matado a Moray Cassel procedía del revólver registrado a nombre de Edgar Douglas.

Al experto siguió el conserje del edificio de apartamentos de San Francisco, el cual declaró que después del accidente de coche que dejó a Edgar Douglas inconsciente, debiendo ser llevado al hospital, su hermana, la acusada, recibió una llave del apartamento de su hermano, y entró y salió varias veces del mismo.

Floyd presentó después al portero de los Apartamentos Tallmeyer. Éste admitió no haber visto a la acusada entrar en el edificio, pero sí haberla visto salir. Se fijó en que llevaba una cartera negra y un bolso de tela, del mismo color. El bolso estaba tenso hasta el límite por algún objeto rígido que llevaba en su interior. El hombre se fijó especialmente en el bolso.

Floyd presentó un bolso que fue identificado como propiedad de la acusada, y le preguntó al portero si lo reconocía.

El portero contestó afirmativamente. O era el mismo bolso, o una copia exacta del mismo.

El juez Elliott consultó el reloj y se aclaró la garganta.

—Caballeros, se aproxima la hora del aplazamiento de la vista, y ciertamente creo que no hay necesidad de prolongarla. Indudablemente, existen pruebas de haberse cometido un crimen, y evidencia abundante de que la acusada está relacionada con el mismo. En realidad, este Tribunal está sorprendido por la cantidad de pruebas aducidas por la acusación.

—La acusación sabe —intervino Floyd— cuánta es la reputación del señor abogado defensor y desea no dejar ningún resquicio sin cubrir.

—En efecto, creo que no ha quedado ninguno —observó el juez Elliott, sonriendo—. Creo, caballeros, que podemos levantar la sesión, y dejar ya detenida a la acusada. Por tanto...

Mason se puso rápidamente de pie.

—Señoría —dijo con voz respetuosa pero firme—, la defensa desea presentar unos testigos.

—¿Por qué? —preguntó el juez.

—Porque está en su derecho.

—Usted tiene derecho a citar testigos, cierto. Pero este Tribunal no está destinado a juzgar la veracidad de los mismos. Este Tribunal no está calificado para sopesar la cuestión de la duda razonable. Y ciertamente, el abogado defensor no puede proclamar que no se ha establecido el caso *prima facie*.

—La cuestión de si se ha establecido un caso *prima facie* —discutió Mason— depende de la evidencia existente a la conclusión de un caso, y todo intento de decidir uno sin concederle a un acusado un día en el tribunal sería...

—Está bien, está bien —carraspeó el juez, con impaciencia—. Se reanudará la vista a las diez de mañana por la mañana. Sin embargo, deseo advertirle al señor abogado defensor que tenemos un calendario muy apretado, y que este Tribunal no quiere embarcarse en expediciones de pesca, ni en intentos de juzgar un caso por los méritos de una vista preliminar. El Tribunal advierte al defensor que no piensa sopesar la veracidad de los testigos, y que cualquier cuestión que se halle en conflicto con los hechos quedará determinada en favor de la acusación en lo que concierne a esta vista. Sin embargo, el Tribunal tratará de no hacer nada que impida

que la acusada obtenga un juicio ecuánime delante de un Tribunal Superior con jurado, en cuyo momento podrá plantearse la cuestión de la veracidad testifical y se aplicará la doctrina de la duda razonable.

Hizo una pausa y miró directamente a Perry Mason.

—Se trata simplemente de diferir la presentación de este caso a otro tribunal. ¿Lo entiende, señor Mason?

—Lo entiendo, señoría.

—Muy bien. Queda aplazada la vista hasta mañana por la mañana a las diez.

Mason colocó una mano tranquilizadora sobre el hombro de Diana.

—Mantenga erguida la cabeza, muchacha.

—¿Van a enviarme al Tribunal Supremo?

—Probablemente —asintió Mason—, pero antes de que el Tribunal dicte esa orden, quiero averiguar todo lo que pueda sobre este caso.

—¿Y qué sucederá cuando esté ante el Tribunal Superior?

—Será usted juzgada por un jurado. Y tendrá el beneficio de la duda razonable.

Mason se inclinó, añadiendo en voz más baja:

—¿Dónde cogió el revólver?

—Fue tal como le dije, señor Mason. Estaba en el suelo del apartamento, manchado de sangre, y me lo llevé al cuarto de baño y lo limpié, metiéndomelo luego en el bolso. Me costó bastante, y supongo que fue entonces cuando perdí la carta de crédito.

—¿Y ocultó el revólver en el avión?

—Sí, saqué las toallas y palpé en busca de un escondrijo, encontrando aquella pequeña abertura en la pared. Jamás pensé que encontrasen allí el arma.

—Dígame... respecto a las chicas de la oficina de San Francisco. ¿Sabe cuál pudo escribirme aquel mensaje?

—Pudo ser cualquiera.

—Estaba escrito en una máquina eléctrica.

—Todas las máquinas lo son.

—Bien —concluyó Mason—, mantenga erguida la cabeza. Nos veremos mañana por la mañana.

El abogado cogió su cartera y abandonó la sala del tribunal.

Capítulo 16

Perry Mason, Della Street y Paul Drake se hallaban reunidos en torno a una mesa del restaurante Italiano próximo a la sala del Tribunal, donde el propietario ya estaba acostumbrado a dedicar un comedor privado para el exclusivo uso del primero.

—Bien —gruñó Drake—, por lo visto el juez ya está decidido, por lo que he oído.

Mason asintió.

—Bueno, ¿qué averiguaste, Paul?

—Poca cosa —confesó el detective—. Sólo algunos retazos de información. No sé si te servirán. Como tú mismo dijiste, tu cliente es una terrible embustera.

—Lo es y no lo es —le corrigió Mason—. A mí me mintió porque quería salvar la reputación de su hermano. Pensó que estaba amenazado por algo, y que tenía la obligación de pagar cinco mil dólares para eliminar dicha amenaza. Y quiso llevar adelante tal acción.

—De acuerdo, Perry. Continúa.

Paul Drake sabía que el abogado siempre deseaba aclarar sus ideas, discutiendo un caso.

—Por tanto —siguió Mason—, actuó independientemente de mi consejo y quiso engañarme, pero cuando se encontró ante un callejón sin salida, creo que ya no quiso engañarme más. Al menos, existe la posibilidad de que ahora diga la verdad. Esto es algo que un abogado siempre le debe a su cliente. No importa cuántas veces le haya mentido en el pasado, el abogado siempre ha de tener fe en su defendido. Siempre tiene que creer que en el derrumbamiento final, el cliente dirá la verdad, y pondrá todas las cartas sobre la mesa.

—En este caso, ella no pude decir la verdad, Perry —objetó Drake—. Fue allí y trató de pactar con él. No lo consiguió y lo liquidó.

—¿Qué has descubierto? —insistió Mason, desviando el tema.

—Probablemente, Moray Cassel era un tipo raro. Llevaba una existencia muy misteriosa. Nadie sabe de dónde procedían sus ingresos, ni la cuantía de los mismos.

—Me lo figuraba, Paul.

—Averigüé esto: el individuo siempre iba armado. Llevaba un revólver del calibre treinta y ocho, de cañón corto, en una pistolera debajo de la axila. Sus trajes se los confeccionaba un sastre a medida, el mismo desde hace varios años, y dejaba siempre una especie de hueco bajo la axila izquierda a fin de que no pudiese notarse el bulto de la revolverá.

—¡El muy canalla! —masculló Mason.

Drake asintió.

—¿Llevaba también el arma encima cuando hallaron el cadáver?

—Seguramente —repuso Drake.

Mason entornó los párpados.

—Resulta interesante que la policía describiese la habitación, tomase fotografías del cadáver totalmente vestido en la cama con una bala en la cabeza, la sangre por la almohada y la alfombra, y nadie hablara del revólver.

—¿Se lo preguntaste a la policía? —sonrió Drake.

—No lo pregunté —contestó Mason sonriendo a su vez—. No pensé en interrogar a nadie respecto a un revólver en poder del muerto, aunque ciertamente hubiese debido preguntar qué se encontró en sus bolsillos, y respecto a todo lo más significativo del apartamento... ¿Qué sabes de la fuente de sus ingresos, Paul?

El detective sacudió tristemente la cabeza.

—Ese tipo tenía mucha pasta. Llevaba un cinto con dinero dentro. En el mismo fueron hallados cuatro billetes de mil dólares. También poseía una cartera de bolsillo repleta de billetes de cien. Y, por lo que se ve, no poseía cuenta corriente. Adquirió el «Cadillac» y lo pagó al contado.

—¿Mujeres?

—Algunas le visitaban de vez en cuando.

—¿La misma o diferentes?

—Diferentes.

—¿Qué sabes de la nota que hallé en la exposición de arte mejicano, en San Francisco?

—Fue escrita con máquina eléctrica —explicó Paul Drake—. Pero en aquella oficina todas las máquinas lo son. Sin embargo, por lo que hemos podido descubrir, la nota fue redactada en la máquina de Joyce Baffin.

»Para tu información, por si vale la pena, Joyce Baffin salió de la oficina a mediodía del jueves, doce, quejándose de un terrible dolor de cabeza. Sin embargo, volvió al despacho a la mañana siguiente, viernes. Joyce es una chica muy apreciada de todos los empleados de la casa, y tuvo mucha amistad con Edgar Douglas. En realidad el chico estaba enamorado de ella. Lo mismo que otros. Tal vez incluso Franklin Gage, que es viudo, y Homer Gage, que es un ave de rapiña, y tal vez deseó en algún tiempo estrechar sus relaciones con la guapa Joyce.

Mason, mientras tomaba un combinado, iba digiriendo la información.

—Tengo otros retazos de información —prosiguió Drake—. He malgastado bastante tiempo y dinero con la telefonista de los Apartamento Tallmeyer. Averigüé que Moray Cassel efectuó muchas llamadas a un número local. Y descubrí que se trataba del apartamento de una tal Irene Blodgett, de veintisiete años, rubia, de los Apartamentos Millsep, divorciada, empleada de día en la Compañía de Importaciones Underwood. De noche, actúa como chica libre, aunque nada espectacular. Es muy popular, callada y refinada...

»Tengo a varios agentes detrás de ella, pero si existe algo extraño no lo han descubierto todavía.

Paul Drake hizo una pausa para tomar un sorbo de su bebida.

—La única relación es que la Compañía Underwood mantiene o ha mantenido relaciones comerciales con la empresa Escobar.

—¿Tiene alguna idea, jefe? —intervino Della Street, mirando con fijeza a Mason.

—Sólo una —asintió el abogado—. Que en el momento de su muerte, Moray Cassel estaba de pie junto al lecho o sentado al

borde del mismo. Le dispararon un tiro en la frente por medio de un revólver muy grande, de cañón largo, del calibre veintidós, con mango de madera. Sí, el cañón —añadió pensativamente—, tenía veinticinco centímetros. Y el asesino tuvo que situarse frente por frente de su víctima.

—¿Y qué? —preguntó Drake—. ¿Qué hay de raro en eso? Diana Douglas llamó al apartamento. Tocando el timbre. Cassel le franqueó la entrada. La joven trató de pactar con él, pero el tipo se puso duro. Entonces, Diana comprendió que los chantajistas jamás sueltan a su presa. Que una vez han conseguido encontrar una víctima, la despluman constantemente hasta dejarla agotada. Diana estaba obsesionada por la idea de proteger a su hermano.

Mason sujetaba su vaso por el borde, contemplando el líquido a través del cristal, y dándole vueltas entre el pulgar y el índice.

—¿Estuviste en el apartamento de Cassel? —indagó.

—Seguro, después de haberlo abandonado la policía por completo. Habían espolvoreado todo el lugar buscando huellas dactilares, analizando las manchas de sangre, y todo lo demás.

—¿Te fijaste en el guardarropa del muerto? —quiso saber Mason—. ¿Era tan meticuloso con sus prendas de vestir como creo?

—Oh, sí —afirmó el detective—. Se trata de un mueble con muchos cajones.

Y todos llenos de camisas con las iniciales bordadas. Incluso tenía iniciales en su ropa interior, y todas las perchas del armario estaban llenas de trajes a medida.

—¿Hablaste con el sastre?

—Seguro. Y me contó que Cassel siempre pagaba al contado, que casi nunca llevaba un traje más de seis meses, y que era muy pesado. Naturalmente, también se refirió al hueco que dejaba en todos sus trajes para que pasara disimulado el bulto del revólver.

—Continúa. ¿Qué más?

—El sastre se mostró muy amable, afirmó que siempre estuvo seguro de que Cassel era un bandido, y que sabía que estafaba a Hacienda. Pero, claro está, todo esto no era asunto suyo y, por mi parte, estoy seguro de que al sastre le gustaba cobrar al contado. Perry, no me sorprendería que el sastre también eludiese el pago de los impuestos.

—¿Qué me dices de los abrigos? —se informó Mason—. ¿También son a medida?

—Todos... —repuso Drake. Luego, se corrigió—. Un momento, Perry, hay una excepción. Había un abrigo que evidentemente Cassel debía ponerse para sus expediciones de pesca de dinero, o tal vez cuando cargaba y descargaba bultos de su automóvil.

—¿Por qué?

—Oh, se trata de un abrigo de confección, y faltan las etiquetas del cuello y del bolsillo interior.

—Ya entiendo —rezongó Mason—. ¿Le estaba bien a la víctima?

—¿Cómo puedo saberlo? —gruñó Drake—. En la autopsia diseccionaron el cadáver. Pero yo no podía ir allí y probarle el abrigo al difunto... Seguramente, no se lo pondría hacía varios meses. Durante la semana del crimen hizo bastante calor. ¿Qué importa este abrigo en el caso, Perry?

El abogado tardó mucho en contestar, y cuando lo hizo fue para cambiar bruscamente de tema.

—¿Posees los teléfonos de la Compañía Escobar, de San Francisco?

Drake asintió.

—Vea si es posible telefonar desde aquí, Della —le ordenó a su secretaria.

La joven regresó con un teléfono que fue conectado a un enchufe del comedor. Luego, Mason utilizó su carta de crédito.

—Se trata de una llamada a crédito. Deseo hablar con el señor Franklin Gage, de San Francisco, a este número.

Mason cogió la libreta de Paul Drake y leyó en voz alta el número de la residencia personal de Franklin Gage.

—Se trata de una llamada personal. No quiero hablar con nadie más si él no está.

El abogado tamborileó con los dedos de la mano derecha en tanto sostenía el receptor junto a su oído.

—Ojalá haya suerte —comentó.

Un momento más tarde, le llegó a través del hilo la voz untuosa de Franklin Gage.

—Al habla Perry Mason, señor Gage. Supongo que estará usted interesado en el caso del Pueblo contra Diana Douglas, que

trabajaba para usted... bueno, en su empresa.

—Sí, en cierto sentido —repuso Gage cautelosamente—. Depende de lo que usted desee.

—¿Ya ha concluido el interventor la comprobación de la falta de fondos de su caja de caudales?

—Sí.

—¿Sabe ya cuánto dinero falta aproximadamente?

—En números redondos... unos diez mil dólares.

—¿Desearía usted hacer una cosa que impediría un error legal, señor Gage?

—¿Qué cosa?

—Quisiera que Joyce Baffin estuviese presente mañana por la mañana, cuando se reanude la vista del caso contra Diana Douglas.

—Naturalmente, si le paga usted el viaje de ida y vuelta —accedió Gage—. Le daremos permiso y...

—No se trata de esto —objetó el abogado—. Tal vez ella no quiera venir.

—En realidad, no podemos obligarla.

—¿Lleva mucho tiempo en su empleo?

—Sí, todas nuestras secretarias llevan bastante tiempo con nosotros. No podemos permitirnos el lujo de realizar muchos cambios en el personal, señor Mason. Nuestro negocio es muy especializado y siempre que hemos hallado a una joven competente, hemos procurado conservarla muchos años.

—El motivo de llamarle personalmente —manifestó Mason—, señor Gage, es que es tremendamente importante que Joyce Baffin asista a la vista. No sé cómo hacerle comprender la importancia capital de su presencia. Y quería pedirle que usted y su sobrino, el señor Homer Gage, vinieran a Los Ángeles para asistir también a la vista, que usted se pusiera personalmente en contacto con Joyce Baffin esta noche, y que le explicara la suma importancia de que venga aquí.

—¿Nosotros tres? —exclamó Franklin Gage sorprendido.

—Exactamente —asintió Mason—. Tengo motivos para creer que si usted se lo pide a esa joven, no podrá negarse. De lo contrario, tal vez esquivase venir. Y, si sólo la acompaña uno de ustedes, es posible que se muestre suspicaz. Pero si usted y su

sobrino se muestran dispuestos a venir, con el fin ostensible de ayudar a Diana...

—Si es culpable, no tiene derecho a ninguna ayuda —cortó ásperamente Franklin Gage.

—¿Y si no lo es? Usted ya ha tenido ocasión de estudiar a esa chica. Y de conocer su lealtad. ¿Cree que se trata del tipo de mujer dispuesta a cometer un asesinato?

—Bueno —replicó Gage con cautela—, nunca se sabe cómo reaccionaría una persona en un momento difícil, y ella siempre quiso proteger a su hermano, pero... ¿Cree que es tan importante, señor Mason?

—Mucho, señor Gage. En realidad, se trata de algo completamente vital.

Hubo un silencio al otro lado de la línea.

—Si hace exactamente lo que le he sugerido —continuó Mason—, creo que será posible eliminar ciertas preguntas que, en caso contrario, podrían promoverse en el tribunal.

—¿Qué clase de preguntas?

—Oh, respecto a la Compañía Escobar, a su clase de negocios, a la gran cantidad de dinero contante que se guarda en su caja fuerte, y en otros pequeños detalles que tal vez a usted no le guste que lleguen a oídos de sus competidores.

—Muy bien —aprobó Gage rápidamente—, si usted me asegura que todos esos detalles no serán presentados ante el tribunal como evidencia, señor Mason, y afirma que es vital nuestra presencia para la defensa de su cliente, Homer y yo haremos todo cuánto esté a nuestro alcance para inducir a Joyce Baffin a acompañarnos. Y creo que tendremos éxito en ello. ¿Dónde y cuándo hemos de reunirnos con usted?

—Tomen el avión de esta noche —explicó Mason—, a fin de llegar a tiempo. Vayan a un hotel. Y lo único que han de hacer es llamar a la Agencia de Detectives Drake, y Paul Drake les enviará un coche que mañana los conduzca al tribunal, a fin de que puedan entrar y estar debidamente acomodados.

—¿La Agencia de Detectives Drake? —repitió Gage.

—Eso es.

Perry Mason procedió a comunicar las señas y el teléfono de la

agencia.

—Muy bien, de acuerdo.

—¿Confío en ustedes? —insistió Mason.

—Le doy mi palabra —repuso Gage con dignidad.

—Para mí es suficiente —afirmó el abogado, colgando el aparato.

—Pero, ¿qué demonios...? —prorrumpió Paul Drake.

Mason cogió su vaso, lo apuró y sonrió.

—Creo que empiezo a ver claro —dijo—. La falta de sólo diez mil dólares...

—La cifra primitiva era de veinte mil —observó el detective.

—Recuerda, sin embargo —objetó Mason—, que cuando Franklin entró en el despacho contó que estaba realizando una operación, que por cierto se frustró, y que se había llevado consigo diez mil dólares, dinero que acababa de depositar en la caja.

—No lo entiendo —confesó Drake.

—Tal vez tendrás más suerte si esas personas acuden mañana a la vista —le consoló Mason.

—Pero tú has asegurado que no se hablaría para nada del modo de llevar su negocio.

—Creo que no será necesario, en efecto —asintió Mason—. Bien, tomemos otro combinado y luego pediremos una de esas comidas fabulosas que sirven en este restaurante italiano, y nos olvidaremos del caso por unas horas.

Capítulo 17

Ralph Gurlock Floyd se puso de pie con una especie de floreo cuando se convocó el caso del Pueblo contra Diana Douglas.

—Creo, señoría —dijo—, que la acusación no tiene por qué continuar con su caso.

—Ciertamente, opino lo mismo —dijo el juez Elliott—. En realidad, todo este asunto debió quedar zanjado ayer por la tarde. No existe una defensa.

—Al contrario, existe —exclamó Mason.

—Deseo repetir que este Tribunal no está interesado en expediciones de pesca, señor Mason. No quiero impedir que la acusada obtenga una defensa legítima, pero es virtualmente matemático que no tiene ninguna, y no puede haberla ante la sucesión de pruebas aducidas por los testigos en el día de ayer.

—Con la venia del Tribunal —replicó Mason—, me gustaría llamar a uno de los oficiales de policía, a fin de dirigirle un par de preguntas como contrainterrogatorio.

—¡Esto es irregular! —protestó Floyd—. Esta moción debió presentarse antes.

—Vamos, vamos —trató de apaciguarle el juez—, hay un hecho cierto. Que no pienso impedir que la acusada se beneficie de la oportunidad de que un testigo sea contrainterrogado por la defensa. Supongo, señor Mason, que existe algún significado especial en relación con su petición.

—Sí, señoría.

—LLame al testigo —ordenó el juez.

Mason convocó al oficial.

—Suba al estrado de los testigos —le indicó—. Recuerde que ya prestó juramento. Bien, usted identificó el bolso de tela que la

acusada tenía en su posesión cuando la taquillera de la compañía aérea vio, o creyó ver el revólver dentro del mismo, o sea el mismo bolso que la azafata observó en el avión.

—Exacto.

—Ustedes, en la policía, tenían el revólver y el bolso —continuó Mason—. ¿Trataron de meter el arma dentro de aquél?

El oficial sonrió compasivamente.

—Naturalmente. Y se ajusta tan estrechamente que la tela queda tensada hasta el máximo, deformando al bolso. Por esto resulta tan visible.

—Por favor, aquí tenemos el revólver y el bolso. Meta el primero dentro del segundo.

El alguacil entregó ambos objetos al oficial. Este cogió el bolso, lo abrió, insertó el morro del revólver y gradualmente lo fue metiendo dentro del bolso, en tanto iba explicando la operación.

—Fíjese como el cañón penetra y cómo es necesario retorcer la tela del bolso para que quepa también el mango, lo que naturalmente —añadió sonriendo triunfalmente y mirando al fiscal —, explica por qué la acusada perdió la carta de crédito, al querer sacar el revólver del bolso.

—Muy bien —asintió Mason—, ya ha metido el arma dentro del bolso.

—Sí, señor.

—¿Puede cerrarlo?

—Sí, aunque a duras penas —prosiguió el testigo—, y cuando se abre el bolso cualquiera puede divisar parte del arma... Exactamente, el mango de madera.

—Muy bien —aprobó Mason—. Bien, un revólver tiene dos superficies, una convexa y otra cóncava, ¿no es cierto?

—No sé a qué se refiere —gruñó el oficial.

—Un revólver está fabricado generalmente —explicó Mason—, según una curva, de modo que cuando se sostiene el arma por la culata en la mano, en posición de disparo, el cañón esté elevado para que la puntería no decaiga.

—Oh, ciertamente.

—Y, de igual modo, cuando se invierte el arma, la posición queda revertida. A esto llamo yo la posición cóncava.

—Comprendo.

—Entonces —prosiguió el abogado defensor—, usted ha metido ahora el revólver en el bolso en la posición cóncava. ¿Podría cambiarlo y dejarlo en posición convexa?

—No, queriendo cerrar el bolso —replicó el oficial—. Encaja demasiado apretadamente. En realidad, no sé si conseguiría meter el revólver en el bolso en la posición que usted llama convexa.

—Perfecto —repuso Mason—. Bien, usted ha tardado bastante en meter el arma en el bolso.

—Sí, viene muy justo —admitió el policía.

—Ahora, sáquelo —le pidió Mason—. Veamos cuánto tarda en conseguirlo.

—¿Cómo, cuánto tardo en conseguirlo?

Mason exhibió su reloj de pulsera y consultó la segunda del mismo.

—Sepamos exactamente cuántos segundos tarda en sacar el revólver del bolso.

—Oh, ya... Una prueba de velocidad, ¿eh? —rió el oficial.

Al momento, empezó frenéticamente a sacar el revólver, con lo que sólo consiguió que se atascase en la tela. Para sacarlo, fue necesario invertir el bolso y empujar el arma desde abajo.

—Cinco segundos —contó Mason.

El policía continuó forcejeando frenéticamente.

—Diez segundos... doce... Bien, ya está fuera. Ah, en una posición invertida. Ahora, si quisiera usted efectuar un disparo tendría que enderezar el revólver en su mano. Hágalo, por favor.

El oficial hizo girar rápidamente el revólver sobre su índice.

—Bien, se trata, como sabemos, de un revólver de acción simple —continuó Mason—. O sea que no puede ser amartillado y disparado apretando solamente el gatillo. Primero hay que hacer retroceder el martillo. Hágalo.

El testigo obedeció.

—¿Cree que podría hacer esta operación más de prisa? —sonrió Mason.

—Oh, seguro —afirmó el oficial—, ahora que sé de qué se trata. Usted quiere que yo gane un récord de velocidad.

—Bien, vuelva a meter el arma en el bolso, ciérrelo, ábralo,

vuelva a sacar el revólver, póngalo en posición de disparo, amartíllelo y apriete el gatillo. Empiece cuando yo le dé la señal, y veamos cuántos segundos transcurren hasta que suene el gatillo.

—Creo que no comprendo el alcance de esta prueba, señor defensor, aunque sea muy interesante —objetó el juez.

—Se trata simplemente de esto, señoría —explicó Mason cortésmente—. Moray Cassel, la víctima, fue muerto por un tiro en la frente. Moray Cassel llevaba un revólver en la funda, bajo la axila, en el momento de su muerte. Creo que era una inveterada costumbre suya.

El juez frunció el ceño.

—Y no es razonable suponer que estuvo completamente inactivo mientras la acusada hurgaba y luchaba con su bolso para sacar el revólver y...

—Entiendo —sonrió el juez—. Siga con la prueba, señor Mason. Floyd ya estaba de pie.

—¡Protesto, señoría! No es una prueba justa. No se lleva a cabo de acuerdo con las condiciones que existían en el momento del crimen. ¿Cómo sabemos que la acusada tenía el revólver en lo que el señor Mason denomina posición cóncava en su bolso cuando entró en el apartamento de Cassel? Pudo sacarlo antes de entrar, antes de que Cassel abriese la puerta. En cuyo caso debía llevar el revólver en su mano, listo para disparar.

—Sin embargo —intervino el juez, volviendo a fruncir el entrecejo—, es una hipótesis interesante y este tribunal no desea privar a la acusada de la oportunidad de demostrarla. Adelante, hagan la prueba y comprueben el tiempo.

El policía, sabiendo ya lo que se esperaba de él, forcejeó con furia inusitada y consiguió rebajar su propia marca en unos siete segundos.

—El tribunal ha contado seis segundos —estableció el juez Elliott, que había seguido la prueba con sumo interés.

—Entre seis y siete segundos, señoría —declaró Mason—, según mi reloj. Sin embargo, es una buena marca olímpica.

—¡Señoría! —protestó Floyd—. ¡Esta prueba es ridícula! La acusada llevaba el revólver fuera del bolso, amartillado y dispuesto a disparar antes de tocar el timbre, a fin de que Moray Cassel, al

abrir, estuviese ante el cañón.

—¿Y qué ocurrió entonces? —le preguntó Mason al fiscal.

—¡Usted no puede contrainterrogarme! —refunfuñó el aludido.

Mason sonrió fríamente.

—Deseo efectuar unas observaciones ante este tribunal. La idea de que la acusada llamó al timbre con el revólver ya amartillado y a punto, haría necesario que el difunto hubiese recibido la bala en el momento de abrir la puerta. En cambio, la víctima murió estando en el extremo final del apartamento, o bien de pie junto a la cama o bien sentado en el borde de la misma, y el disparo se efectuó desde cierta distancia, ya que en la frente no había señales de pólvora en torno a los bordes de la herida.

—Esto se discutirá a su debido tiempo —decidió el juez—. Usted ya ha logrado un buen tanto, señor Mason.

—La acusada debió encañonar a su víctima —rebatía Floyd—, obligándole a retroceder paso a paso.

—¿Con qué propósito? —quiso saber Mason.

—Para intimidarle —repuso Floyd—. ¿Quién más hubiese podido tener el arma del hermano...? ¡Oh, todo esto es absurdo, y no vale la pena perder tanto tiempo!

—Entonces, ¿por qué lo malgasta? —razonó Mason.

—¡No intente interrogarme! —se irritó el fiscal.

—Pido perdón al tribunal —se sometió Mason—. Sólo deseaba replicar a una teoría.

El juez Elliott no pudo disimular su sonrisa.

—Continúe con su defensa, señor Mason —dijo—. ¿Tiene que hacer más preguntas a este testigo en su interesante contrainterrogatorio?

—Una o dos más, señoría, con la venia —repuso Perry Mason.

Hizo una pausa, dio un paso al frente y se enfrentó con el policía.

—¿Registró cuidadosamente el apartamento?

—Sí, junto con otros compañeros míos.

—¿Verificaron el armario del difunto?

—Ciertamente —sonrió el testigo.

—¿Estaba muy lleno?

—Efectivamente. Estaba repleto.

—¿Se fijó en si las prendas eran de corte, o sea a medida, o de confección?

—Las prendas exteriores, sí, señor. Todas eran de corte. Y quizá también la ropa interior, o al menos, todas las camisetas y los... bueno, lo demás, todo tenía las iniciales del difunto.

Hubo risas en la sala que el juez acalló con su maza.

—¿Y entre la colección de prendas de vestir, no había ni una sola hecha de confección?

—Oh, no, señor.

—¿Ninguna?

—Ningu... Un momento. Había un abrigo que no parecía hecho a medida. No llevaba ninguna etiqueta.

—¿Se fijó en aquel abrigo, en sus medidas? ¿No observó si se ajustaba a la estatura y corpulencia de la víctima?

—Bueno... no se lo probamos, si se refiere a esto —rezongó el policía.

—¿Cuánto tiempo tardaría traer ese abrigo ante este tribunal? —inquirió Perry Mason.

—¡Su señoría! —Floyd estaba de pie y congestionado, como el hombre que ha agotado su paciencia escuchando sandeces—. ¡Esto es absurdo, ridículo! No sé nada de ese abrigo. Supongo que debe estar en el despacho del coroner... Este tribunal ha establecido claramente que no deseaba animar ninguna expedición de pesca, y si esto no es una expedición de pesca, mis pupilas son azules.

Las pupilas del fiscal eran de un negro azabache.

El juez Elliott empezó a sacudir la cabeza, luego frunció el ceño hasta juntar las cejas y miró pensativamente a Perry Mason.

—¿Puede darnos una explicación, señor Mason? —preguntó.

—Sí, señoría —replicó el abogado—. Me gustaría que trajesen ese abrigo al tribunal, porque creo que se trata de una pieza vital del caso. Aún deseo formularle unas preguntas a otro testigo y habrá terminado mi contrainterrogatorio. Luego, empezaré a resumir el caso de la acusada. Habrá aún otro testigo, señoría, y será Stella Grimes, detective particular. Antes de que haya concluido su testimonio, supongo que el abrigo estará ya en la sala. También he citado al sastre de Moray Cassel, que confeccionó todos los trajes del difunto, el cual declarará que él no hizo ese abrigo, y

que no se ajusta a las medidas de la víctima.

—De acuerdo —asintió el juez—, termine con el conainterrogatorio de este testigo, si procede, y el tribunal estima conveniente dar los pasos necesarios para que el citado abrigo sea traído a la sala. Si ésta es una expedición de pesca, ciertamente el cebo no es habitual.

El juez Elliott sonrió aviesamente y añadió:

—Adelante, señor Mason.

—Usted estuvo presente en el laboratorio —prosiguió el abogado—, cuando probaron y examinaron el revólver hallado en el avión.

—Sí.

—¿En busca de huellas dactilares, no?

—Sí.

—¿Hallaron algunas?

—Ninguna identificable. Señor Mason, debe quedar bien sentado, que digan lo que digan las novelas, hallar una huella dactilar en una pistola (bueno, una huella dactilar identificable fuera de toda duda), no sólo es la excepción sino que sólo se da un número muy exiguo de casos.

—Entiendo —asintió Mason—. ¿Sometieron el arma a otras pruebas?

—¿A pruebas balísticas?

—No, análisis de sangre.

El testigo vaciló antes de contestar.

—Sí, hubo análisis de sangre. Son unos análisis muy sensitivos que demuestran la sangre latente, aunque no pueda clasificarse.

—¿El análisis por la bencedina?

—Es uno de ellos.

—¿Se efectuó con este revólver?

—Sí.

—¿Con qué resultado?

El testigo volvió a vacilar, eligiendo cuidadosamente sus palabras.

—Hubo diversas reacciones. Evidentemente, el revólver estuvo manchado de sangre en toda su superficie. Probablemente estuvo expuesto a una concentración de sangre, y alguien trató luego de

limpiarlo apresuradamente con agua o un trapo mojado.

—Y con esto termina mi contrainterrogatorio —dijo Perry Mason.

—¿Alguna pregunta en redirecto? —inquirió el juez, mirando a Floyd.

—Ciertamente, no —fue la respuesta del fiscal—. Consideramos que todos esos extremos son ajenos al caso.

—Bien, ¿desea seguir su defensa, señor Mason?

—Sí, llamaré a mi primer testigo, la señorita Stella Grimes.

La joven detective avanzó por el pasillo, hasta el estrado, donde declaró su nombre, su edad, su empleo y su residencia.

—¿Cuándo conoció a la acusada de este caso? —preguntó le Mason.

—Era de noche. El señor Drake y yo estábamos en un taxi. Ambos llevábamos gafas negras. El señor Drake había insertado un anuncio en un periódico sugiriendo que la persona que tenía que efectuar cierto pago podía hacérselo a una persona que estaría en cierto sitio dentro de un taxi.

—¿Habló entonces con la acusada?

—No. La joven pasó dos o tres veces por delante del taxi, pero no dio señales de reconocimiento, ni indicios de querer dar un mensaje.

—¿Cuándo volvió a verla?

—Al día siguiente.

—¿Dónde?

—En el hotel Willatson.

—¿En qué habitación?

—En la siete, seis, siete.

—¿Qué sucedió allí?

—Se me ordenó quedarme en la habitación, pasando por su verdadera ocupante.

—¿Y la verdadera ocupante del cuarto era la acusada?

—Exactamente.

—¿Y qué hizo ella?

—Alquiló otra habitación del mismo piso. En realidad, fue usted quien alquiló la habitación y condujo a ella a la acusada.

—¿Qué más?

—Llamaron a la puerta y el difunto nos visitó.

—Por el difunto, supongo que se refiere usted a Moray Cassel.

—Sí.

—¿Cuál fue la conversación?

—Resultó claro que esperaba el pago de cierto dinero, de manos de un hombre, y cuando vio que había dos personas en la habitación se mostró suspicaz y pensó que se trataba de una trampa.

—¿Y qué hizo usted?

—Actué de acuerdo con una señal que usted me hizo, señor Mason. Fingí ser una amiguita suya que le visitaba con propósitos... afectuosos.

Hubo murmullos y risas en la sala, y hasta el juez dejó ver su dentadura.

—Le di un beso casual —continuó la testigo—, y me marché, pero de acuerdo con sus instrucciones mudas, alquilé un taxi y vigilé la entrada del hotel, a fin de poder seguir al señor Cassel hasta su apartamento.

—Continúe, señorita Grimes, por favor.

—Le entregué a usted un informe, dándole el número de matrícula del «Cadillac» del difunto, y sus señas.

—¿Y luego...?

—Luego volví a ocupar la habitación del hotel, esperando que alguien se pusiese en contacto conmigo, tratando de conseguir el dinero del chantaje.

—¿Vio usted el bolso de la acusada cuando ésta estuvo en la habitación?

—Sí.

—¿El mismo bolso presentado como evidencia y que ahora yo le entrego?

—O el mismo bolso u otro semejante.

—Bien —prosiguió Mason—, ahora meto el revólver con el que se supone que se disparó la bala mortal dentro de este bolso y le pregunto si en su opinión, estaba el arma dentro del bolso cuando lo vio usted en su habitación.

—No, absolutamente, no. No pudo estar dentro del bolso, de lo contrario habría observado la deformación de la tela.

—Contrainterrogatorio —ofreció Mason.

Floyd se puso en pie.

—La acusada pudo tener el revólver escondido en otro sitio, en su maleta, o incluso en su persona, y meterlo dentro del bolso en otra ocasión.

—El señor Mason cogió la maleta de la acusada —declaró Stella Grimes—, a fin de poder sacarla del hotel en forma inadvertida. Y la acusada se quedó sólo con el bolso y una especie de neceser negro.

—¿No pudo estar en el neceser el revólver?

—No.

—¿Por qué?

—Porque el neceser estaba lleno de dinero con que pagar al extorsionista.

—¿Cuánto dinero?

—No lo conté, pero había mucho dinero. El neceser estaba lleno.

Floyd vaciló un momento.

—Bien nada más.

—Con la venia del tribunal —exclamó Mason—, creo que le están entregando un abrigo al alguacil de la sala. Supongo que se trata del abrigo del señor Cassel, el que no se ajusta a sus medidas.

—¡Nadie sabe que no se ajuste a sus medidas! —gritó Floyd encolerizado.

—Pronto lo sabremos —replicó Mason—. Señor Ballard, ¿quiere aproximarse y prestar juramento?

Ballard, un tipo bajito y regordete, de unos cuarenta años, se acercó al estrado de los testigos, moviéndose con sorprendente agilidad en un hombre de su gordura.

Dio su nombre, dirección, ocupación, edad, y al final volvióse hacia Perry Mason.

—¿Conoció en vida a Moray Cassel?

—Sí.

—¿Desde cuándo?

—Hace unos siete años.

—¿En qué trabaja usted?

—Soy sastre de corte.

—¿Confeccionaba los trajes del señor Cassel?

—Sí.

—¿Cuántos hizo?

—Diantre, no lo sé. No solía llevar un traje más de seis meses, y tengo entendido que poseía un guardarropa muy surtido. Yo le entregué literalmente varias docenas de trajes.

—¿Tenía archivadas sus medidas?

—Ciertamente, de este modo no tenía que tomarle las medidas cada vez que venía. Él elegía la tela, decía lo que deseaba, y yo le tenía el traje a punto para la primera prueba al cabo de unos días.

—Le enseño ahora un abrigo, que marco como prueba número uno de la defensa, para su identificación. ¿Lo confeccionó usted?

El testigo palpó la tela y examinó la prenda.

—No, en absoluto.

—¿Pudo llevar Moray Cassel este abrigo?

El testigo sacó una cinta métrica del bolsillo y efectuó diversas mediciones.

—Moray Cassel se habría encontrado perdido dentro de este abrigo —declaró al fin.

—Contrainterrogatorio —dijo Mason.

—No tengo ninguna pregunta que formularle al testigo respecto a ese abrigo —rezongó Floyd.

—En vista de que este abrigo, que ha quedado marcado como prueba número uno de la defensa —continuó Mason—, fue encontrado por la acusación en el armario del apartamento del difunto Moray Cassel, pido que sea introducido como prueba número uno en favor de la acusada.

—¡Protesto a ella por irrelevante, incompetente e improcedente! —saltó el fiscal.

—También me inclino a pensar igual —meditó el juez Elliott—, a menos que el abogado defensor pueda relacionar el abrigo con este caso. El tribunal quisiera su teoría del mismo, señor Mason.

—Antes de presentar mi teoría del caso, señoría —objetó el abogado—, me gustaría que una persona se probase este abrigo. En la sala hay dos testigos a los que me propongo convocar. Y pienso que los dos se prestarán gustosamente a la prueba. Señor Franklin Gage, por favor, ¿quiere avanzar y probarse este abrigo?

El aludido vaciló, pero se puso en pie, avanzó, cogió el sobretodo, lo miró, lo estudió y se lo puso. Al instante se observó

claramente que las mangas eran demasiado cortas y el abrigo quedaba demasiado lleno.

—No le sienta bien —reprobó Mason—. Señor Homer Gage, ¿quiere venir, por favor, y probarse también este abrigo?

—¡No veo ninguna razón para hacerlo! —gruñó Homer.

Mason le miró con manifiesta sorpresa.

—¿Existe algún motivo para negarse?

Homer Gage vaciló un momento.

—Está bien —dijo después—, parece de mi talla, pero nunca había visto esta prenda.

Avanzó y se puso el abrigo. Al instante quedó bien evidente que se ajustaba perfectamente a su corpulencia.

—Bien, señoría —prosiguió Mason—, ahora presentaré ante el tribunal mi teoría sobre este abrigo... Muchas gracias, señor Homer. Ya puede quitárselo.

Homer se despojó de la prenda como si le ahogase.

Mason la dobló y se la colgó del brazo derecho.

—Señoría, si una persona se acerca a un hombre que está armado y es peligroso, y desea estar absolutamente seguro de poder dominarle, necesariamente debe llevar un arma en la mano, si es un revólver, amartillado y a punto de disparar.

Mason hizo una pausa y sonrió en dirección al fiscal.

—La mejor forma de lograrlo sin ser detectada su estratagema es llevar un abrigo doblado en el brazo derecho, bajo el cual puede disimularse la pistola que empuña la mano. Señor alguacil, ¿quiere tener la amabilidad de entregarme el revólver de este caso...? Gracias. Ahora, ilustraré ante el tribunal mi teoría.

Mason volvió a colocarse debidamente el abrigo al brazo, y sostuvo la mano que empuñaba el revólver oculta entre los pliegues de la prenda.

—Con la venia del tribunal, expondré mi teoría. Yo opino que una joven que era amiga de una muchacha que trabajaba con Moray Cassel, se vio de repente en una condición que generalmente se conoce con el nombre de «embrollo». Creo, asimismo, que uno de los jefes de la Compañía Escobar era el responsable de tal condición. Lo llamaremos X.

El juez parecía estar altamente sorprendido por las derivaciones

del caso.

—Moray Cassel era un chantajista tremendamente listo. Se enteró de lo que ocurría, y del nombre del jefe de esa Compañía. No estaba seguro de todos los hechos, pero vio la oportunidad de conseguir unos dólares. Creo que la joven no tuvo arte ni parte en la extorsión.

Mason hizo una pausa para aclararse la garganta.

—La muchacha se trasladó a otro estado para tener el bebé. Pero un amigo de Cassel se enteró de todos los hechos del caso y posiblemente también se enteró de que la joven empleaba un número clave para comunicarse con su amante. Seguramente, la correspondencia iba dirigida al número treinta y seis, veinticuatro, treinta y seis... que eran las medidas físicas de la joven implicada en el caso.

»Bien, Moray Cassel se decidió a obtener una buena suma de dinero por el medio más rápido y sencillo. Le escribió una carta al mencionado señor X de la Compañía Escobar, seguramente indicando que si treinta y seis, veinticuatro, treinta y seis quería eludir una demanda de paternidad, era necesario que entregase cinco mil dólares en moneda corriente. Probablemente, añadió que estaba emparentado con la joven.

»El señor X estaba casado y no podía permitir que se supiera lo del niño. Su matrimonio no era feliz y sabía que su esposa cursaría una demanda de divorcio, exigiendo una pensión importante si lograba demostrar la base legítima de un infidelidad.

»Por tanto, el señor X acudió a Edgar Douglas y le convenció, mediante una retribución financiera, para que fingiese ser el responsable del estado de aquella joven; también le ordenó que fuese a Los Ángeles y le abonase el dinero a Moray Cassel. Y a tal efecto, le entregó a Edgar Douglas cinco mil dólares en efectivo, que era la suma exigida por el chantajista.

»Ocurrió, sin embargo, que cuando Edgar se disponía a conducir su coche a una estación de servicio para repostar de gasolina, chocó con otro turismo, quedando inconsciente, estado en que continuó hasta la hora de su fallecimiento.

»Sabido el señor X que Moray Cassel estaba impaciente, no trató ya de buscar a nadie más. Cogió otros cinco mil dólares de la

caja, y también un revólver que en realidad, aunque probablemente él no lo supiese en aquel momento, le pertenecía a Edgar Douglas. Y se marchó a Los Ángeles, diciéndose que para efectuar el pago tenía que estar seguro de que el chantajista no volvería a exigirle más dinero. Si no conseguía obtener esta seguridad, estaba decidido a liquidar al extorsionista.

»Bien, se dirigió al apartamento de Moray Cassel. Sostuvieron una conversación. El señor X era hombre de mundo, y conocía a un chantajista redomado cuando le echaba la vista encima, y Moray Cassel, por su parte, era un pillo que conocía a una víctima propiciatoria, a quien extraerle hasta el último centavo, cuando se enfrentaba con una.

»Pues bien, con toda tranquilidad, el señor X eliminó a Moray Cassel del mundo de los vivos, dejó el revólver en el suelo, en medio de un charco de sangre, y regresó a San Francisco.

»La acusada penetró en el apartamento poco después, halló un revólver que reconoció perteneciente a su hermano, y lo cogió, apresurándose a quitarle las manchas de sangre. Luego, lo secó, se lo metió en el bolso y volvió a San Francisco.

El juez Elliott se inclinó hacia delante.

—¿Cómo logró apoderarse el señor X del arma que pertenecía a Edgar Douglas?

Mason levantó la vista hasta Joyce Baffin.

—Edgar Douglas estaba loco por las pistolas y la protección que podían proporcionar a las mujeres. Quería que todas las jóvenes por las que se interesaba supiesen disparar, y por ello las adiestraba a todas en la práctica del tiro al blanco. Supongo que el señor X probablemente tenía cierta influencia sobre la joven a quien Edgar Douglas le enseñó últimamente a usar un revólver. Pudo ver el arma en el apartamento de la muchacha y... ¿Desea declarar, señorita Baffin?

Fue Homer Gage quien se puso en pie.

—¡Todo el mundo está contra mí! —gritó desesperadamente, huyendo hacia la salida.

El juez Elliott escrutó el semblante de Joyce Baffin, y luego miró hacia donde corría Homer Gage.

—¡Agentes! —exclamó—. ¡Detengan a ese hombre! ¡Que no se

escape! Este tribunal aplaza la sesión, y sugiere que el señor fiscal a cargo de este caso se beneficie de esta media hora de descanso... debiendo tener presente, claro está, que hay que advertir a todos los implicados en el caso respecto a los derechos constitucionales en concordancia con las recientes decisiones del Tribunal Supremo de Estados Unidos.

»La sesión queda aplazada durante media hora.

Capítulo 18

Perry Mason, Della Street, Paul Drake, Franklin Gage y Diana Douglas, con los ojos aún enrojecidos y el semblante macilento, estaban reunidos en el comedorcito privado del restaurante de Giovanni.

—¿Cómo diablos llegó a imaginarse todo este enredo? —preguntó Diana.

—Sumé dos y dos y hallé que había otros dos por sumar —sonrió Mason—. La falta de diez mil dólares en la caja de la Compañía Escobar indicaba que podía tratarse de la retirada de dos cantidades iguales de cinco mil dólares cada una. Muerto Edgar, no había necesidad de explicar la primera cantidad. Se denunciaría al joven como culpable del desfalco, y lo mismo era colgarle el sambenito por cinco mil como por diez mil. En realidad, no creo, señor Gage, que su sobrino se hubiese delatado jamás a no ser por su presencia en la sala.

—Para mí fue un golpe tremendo —confesó Franklin Gage—. No tenía la menor idea... ninguna en absoluto de lo que ocurría a mi alrededor.

—Naturalmente —asintió Mason—, llevando el asunto tal como lo hice, Ralph Gurlock Floyd deseaba terminar el asunto cuanto antes. No deseaba ser retratado en la prensa como acusador de una persona inocente. Por tanto, se prestó de buen grado a llegar a un pacto con su sobrino, para que éste se acusara voluntariamente de asesinato en segundo grado, y todo el mundo quedó contento.

—Sé que mi hermano no tuvo nada que ver con esta joven —intercaló Diana—, porque... bueno, por todo lo que usted dijo, y por lo mucho que yo le conocía, señor Mason.

—Pero yo no podía fiarme de esto —opuso el abogado—. Tenía

que actuar muy de prisa y no me atrevía a compartir su fe en su hermano, sin la prueba del abrigo.

Mason decidió añadir algunas otras explicaciones.

—Por lo visto, Homer Gage estaba en una situación que seguramente le habría costado su posición, su prestigio social, y una gran cantidad mensual como pensión alimenticia de su esposa. Moray Cassel se enteró del asunto y decidió aprovecharse, pero no estaba completamente seguro de cuál era su hombre. Sabía, claro, que se trataba de uno de los jefes de la Compañía Escobar, que la mujer del caso se alababa de unas medidas físicas perfectas, y que el sujeto se dirigía a ella con la dirección clave: «Treinta y seis, veinticuatro, treinta y seis». Y entonces, Cassel utilizó la misma clave para hacer morder el anzuelo a su víctima.

»Y —añadió Mason sonriendo—, Diana quiso concordar con esta descripción.

La joven se ruborizó intensamente.

—Hice lo que pude sin exagerar...

—Entonces —prosiguió Mason—, Homer Gage hizo un trato con Edgar, y el muchacho iba a tomar sobre sí toda la responsabilidad. Debía presentarse como el culpable de la paternidad, declarar que carecía de fondos, aparte de los cinco mil dólares, que había robado en la caja de la Compañía donde trabajaba, y que estaba deseoso de restituir la citada cantidad antes de que hubiera una comprobación de fondos.

»De esta forma, probablemente Moray Cassel se hubiese conformado con un solo pago. Naturalmente, si Moray Cassel sospechaba en algún momento que su verdadera víctima era un hombre acaudalado, continuaría exigiendo más dinero. Y por esto hubo Homer de eliminar a Moray Cassel.

»Cuando Edgar sufrió el accidente y no se habló de los cinco mil dólares que Homer le había dado al chico, lo único que tuvo que hacer fue coger otra cantidad igual, largarse a Los Ángeles para entrevistarse con el chantajista, y saber con qué clase de tipo trataba. Intentaba, eso sí, efectuar el pago si podía librarse con uno solo. Y también intentaba matar, si era necesario.

»Llevaba consigo el abrigo colgado del brazo, y temió que se fijasen demasiado en él si en un día tan caluroso le vieran con una

prenda tan gruesa, a pesar de haberle quitado las etiquetas, pues ya había planeado todos los detalles. De modo que cuando acabó de disparar, colgó simplemente el abrigo en el armario del difunto y arrojó al suelo la pistola de Edgar.

—¿Pero qué ha sido de los cinco mil dólares que mi sobrino le entregó a Edgar Douglas? —inquirió Franklin.

—Diana los recuperó —explicó Mason—, pensando que el chantaje se relacionaba directamente con su hermano, y por esto vino a Los Ángeles a pagar, pero siguiendo mi consejo, depositó el dinero en un banco de San Francisco, a cambio de un cheque pagadero a la depositaria, que era la propia Diana.

Franklin Gage meditó unos instantes, y repuso al fin:

—Creo que en estas circunstancias, lo mejor que puedes hacer, Diana, es endosar ese cheque a nombre del señor Mason, como pago de sus honorarios.

Hubo un momento de silencio, y Paul Drake tocó el timbre.

—Bueno, amigos, creo que ha llegado el momento de hacer otro brindis —propuso.

Diana Douglas le dirigió una sonrisa a Perry Mason.

—Usted ya tiene el cheque.

Y Franklin, exhibiendo una pluma estilográfica de su bolsillo, agregó:

—Y yo tengo la pluma.



ERLE STANLEY GARDNER (17 de julio de 1889, Malden, Massachusetts - 11 de marzo de 1970) fue un abogado y escritor estadounidense. Autor de novelas policíacas, que publicó bajo su propio nombre, y también usando los pseudónimos A. A. Fair, Kyle Corning, Charles M. Green, Carleton Kendrake, Charles J. Kenny, Les Tillray, y Robert Parr.

Sus novelas destacan por su acción y sus ingeniosas revelaciones legales transformando la vida de la abogacía en una apasionante profesión. Así nacieron más de cien relatos policíacos con la diferencia innovadora con relación a las historias de la época, de que sus protagonistas eran atrevidos e inteligentes abogados y no solamente policías y ladrones. La característica que hizo a Gardner

notorio en el medio, es que, a pesar de pertenecer al género policíaco, el héroe de sus novelas no era un policía ni un detective, sino un abogado o un fiscal.

Sin duda alguna su personaje más conocido fue Perry Mason, el cual apareció en más de ochenta novelas e historias cortas. Perry Mason no solo demostraba la inocencia de su cliente, sino que acababa desenmascarando al verdadero culpable. Mason siempre ganó los casos en los que intervino, excepto uno (El caso de la mecanógrafa aterrorizada).

Además de las novelas de Perry Mason, Gardner escribió bajo el pseudónimo A. A. Fair, varias novelas con los detectives Bertha Cool y Donald Lam; además de escribir una serie de novelas sobre el fiscal Doug Selby, y su enemigo Alphonse Baker Carr. En esta última serie, era evidente el contrapunto a la serie de Perry Mason, pues los papeles del investigador infalible y su eterno rival eran invertidos entre el fiscal y el abogado de las novelas.

Notas

[1] En Norteamérica, el precinto de policía tiene características y atribuciones similares a las comisarías en España. (N. del T.) < <

[2] Es la identificación hecha por los testigos de un caso delictivo efectuada en un precinto, de un individuo puesto en fila con otros varios. Sin embargo, este medio de identificación es bastante dudoso en la mayoría de los casos. (N. del T.) < <